

LA  
ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA

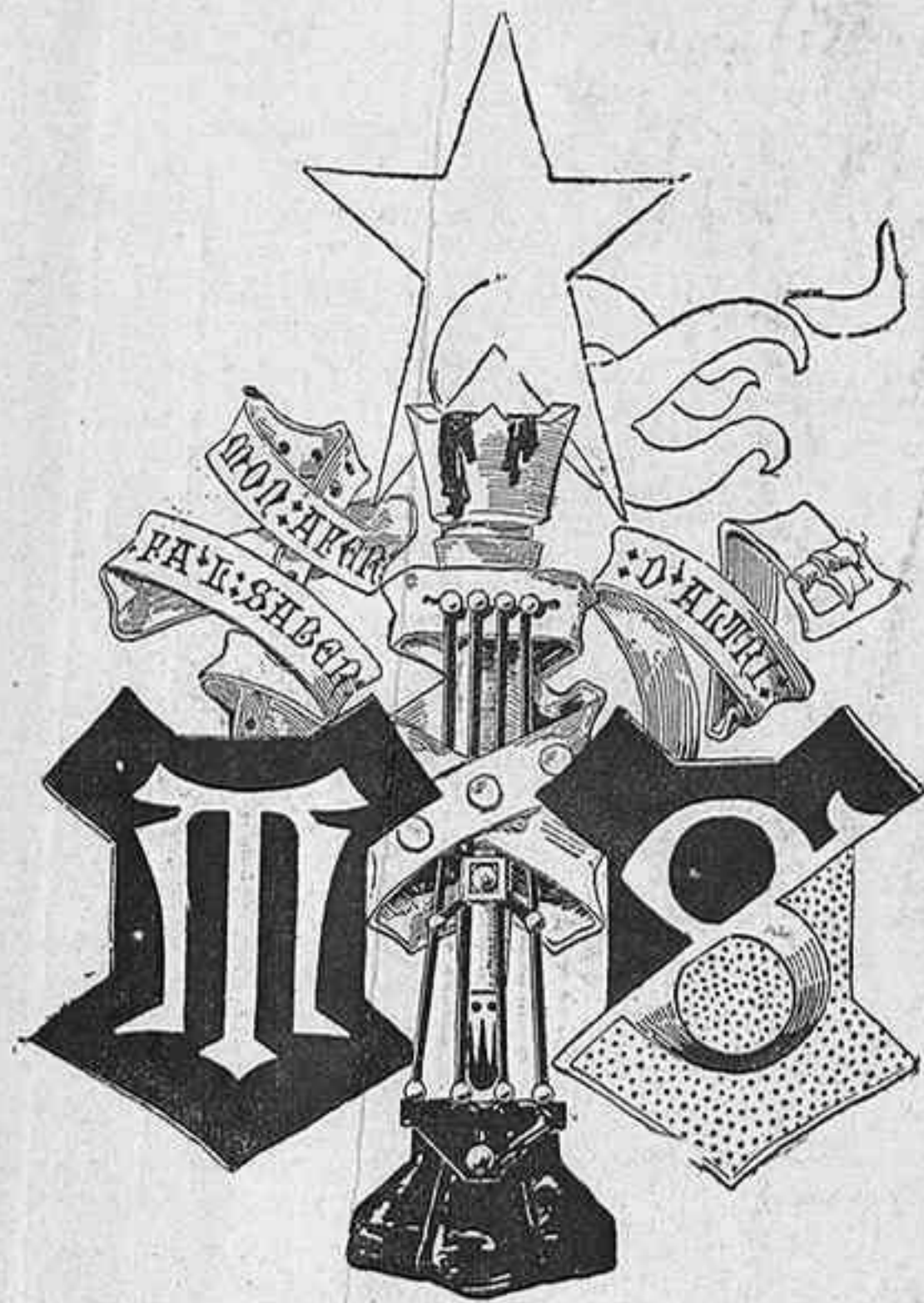
PERIÓDICO SEMANAL DE LITERATURA, ARTES Y CIENCIAS

REDACTADO POR LOS MÁS NOTABLES ESCRITORES NACIONALES

PROFUSAMENTE ADORNADO CON UNA

MAGNÍFICA COLECCIÓN DE GRABADOS

DEBIDOS A LOS PRIMEROS ARTISTAS NACIONALES Y EXTRANJEROS



TOMO XVI.—AÑO 1897

BARCELONA

MONTANER Y SIMÓN, EDITORES

CALLE DE ARAGÓN, NÚMEROS 309 Y 311

1897



# ÍNDICE

DE LOS ARTÍCULOS CONTENIDOS EN EL TOMO XVI DE LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA

- Rinconete y Cortadillo, novela original de Miguel de Cervantes Saavedra, páginas 1 á 32.  
La vida contemporánea. Año más, por Emilia Pardo Bazán, 34.  
Figuras contemporáneas. La emperatriz Eugenia, por Ruy Blas, 35.  
El «Señorito.» Cuento del día de Reyes, por A. Larrubiera, 36.  
Amor de criolla. Narración paraguaya, por P. Sañudo Aufrán, 38.  
Nuestros grabados, 39.  
Miscelánea. Problema de ajedrez, 42.  
La ondina de Bretaña, novela por Pedro Maé, con ilustraciones de Vicente Cutanda, 43.  
Las mujeres en la Exposición de la Real Academia de Londres, 46.  
Murmuraciones europeas, por Castelar, 50.  
El Dr. D. Gaspar Rodríguez Francia, dictador del Paraguay, por M. A. S., 51.  
Bretón de los Herreros, por A. Sánchez Pérez, 52.  
Antes de tiempo, por Antonio de Valbuena, 52.  
Pompeya—Japón—Madrid, por Eduardo de Palacio, 55.  
Nuestros grabados. Miscelánea. Problema de ajedrez, 58.  
La ondina de Bretaña, novela (continuación), 59.  
Diploma y medalla de la Exposición universal de Chicago de 1893, 62.  
Los primeros trabajos de la Exposición universal de París de 1900, por E. de P., 62.  
Un viaje fructuoso, 62.  
Camilo Saint-Saëns, 64.  
La vida contemporánea. Tribulaciones, por Emilia Pardo Bazán, 66.  
D. Antonio Cánovas del Castillo, por Teodoro Baró, 67.  
El centenario del compositor Carlos Löwe, por Juan Fastenrath, 70.  
El basilisco, por P. Gómez Candela, 70.  
Nuestros grabados. Miscelánea. Problema de ajedrez. Concurso internacional de problemas de ajedrez, 74.  
La ondina de Bretaña, novela (continuación), 75.  
Templos monolíticos de Lalibela (Abisinia), por G. Richou, 78.  
Murmuraciones europeas, por Castelar, 82.  
José Miguel Carrera, por la baronesa de Wilson, 83.  
Así se escribe la historia (Recuerdos del motín de Aranjuez), por Angel R. Chaves, 86.  
Nuestros grabados, 87.  
Miscelánea. Problema de ajedrez, 90.  
La ondina de Bretaña, novela (continuación), 91.  
La mujer en la exposición de Bellas Artes del Salón París, por A. García Llansó, 95.  
La vida contemporánea. De ayer á hoy, por Emilia Pardo Bazán, 98.  
Emilio Castelar, por Kasabal, 99.  
Eso, por Eduardo de Palacio, 102.  
Nuestros grabados, 103.  
Problema de ajedrez, 106.  
La ondina de Bretaña, novela (continuación), 107.  
Procedimiento del Dr. Calot para corregir las jorobas, 110.  
Islas Filipinas, 110.  
Murmuraciones europeas, por Castelar, 114.  
Manuel Rodríguez (el háscar de la Muerte), por la baronesa de Wilson, 115.  
Una noche de Carnaval, por A. Danvila Jaldero, 116.  
Cómo se llega, por Alejandro Larrubiera, 118.  
Nuestros grabados. Problema de ajedrez, 122.  
La ondina de Bretaña, novela (continuación), 123.  
Vargas y Machuca, por F. Moreno Godino, 126.  
La vida contemporánea. El teléfono á domicilio, por Emilia Pardo Bazán, 130.  
Luis González Bravo, por F. Moreno Godino, 131.  
El ratón de teatro, por José Zahonero, 132.  
La mala suerte, por P. Gómez Candela, 134.  
Crónicas parisienses. Tres etapas, por Juan B. Enseñat, 134.  
Nuestros grabados, 135.  
Miscelánea. Problema de ajedrez, 138.  
La ondina de Bretaña, novela (continuación), 139.  
Sección científica.—Sobretudo salvavidas, por G. Mareschal. La Biblioteca de Menelik, 142.  
Murmuraciones europeas, por Castelar, 146.  
Bernardino Rivadavia, por Ignacio Luis Socías, 147.  
La máscara negra, por E. Marquina, 150.  
Nuestros grabados, 151.  
Miscelánea. Problema de ajedrez, 154.  
La ondina de Bretaña, novela (continuación), 155.  
La calle de Reaumur en París. Temple de acero, 158.  
La vida contemporánea. Máscaras de teatro y calle, por Emilia Pardo Bazán, 162.  
El general Martínez Campos, por Teodoro Baró, 163.  
La panacea, por Eduardo Zamacois, 166.  
Nuestros grabados. Problema de ajedrez, 170.  
La ondina de Bretaña, novela (continuación), 171.  
Sección científica.—El microfonógrafo Dussand, por Jorge F. Jaubert, 174.  
Monumento erigido en Roma á Marcos Minghetti, 176.  
Murmuraciones europeas, por Castelar, 178.  
José Antonio Sucre, por la baronesa de Wilson, 179.  
Crónica parisiense. Los bailes excéntricos, por Juan B. Enseñat, 182.  
Nuestros grabados. Miscelánea. Problema de ajedrez, 186.  
La ondina de Bretaña, novela (continuación), 187.  
El general argentino D. Alberto Capdevila, 190.  
Carnaval de 1897. La estudiantina universitaria de Barcelona, 190.  
La vida contemporánea. Las subastas, por Emilia Pardo Bazán, 194.  
Cándido Necedad, por Eduardo Zamora Caballero, 195.  
Bien acordado, por A. Sánchez Pérez, 195.  
Crónicas parisienses. El «Moulin Rouge», por Juan B. Enseñat, 198.  
Nuestros grabados, 199.  
Miscelánea. Problema de ajedrez, 202.  
La ondina de Bretaña, novela (continuación), 203.  
Relojes curiosos antiguos y modernos, 206.  
Murmuraciones europeas, por Castelar, 210.  
Arturo Prat, por la baronesa de Wilson, 211.  
Cómo se van, por A. de Riquer, traducción de M. Aranda y Sanjuán, 214.  
Nuestros grabados, 215.  
Problema de ajedrez, 218.  
La ondina de Bretaña, novela (continuación), 219.  
En alta mar, cuadro de Juan Planella y Rodríguez, 222.  
Bombardeo de la Canea por las escuadras de las grandes potencias, 222.  
Aparatos mecánicos de gimnasia médica, por Daniel Bellet, 222.  
La vida contemporánea. Cuaresma, por Emilia Pardo Bazán, 226.  
D. Juan Mañé y Flaquer, por Teodoro Baró, 227.  
Nuestros grabados, 231.  
Miscelánea. Problema de ajedrez, 234.  
La ondina de Bretaña, novela (continuación), 235.  
Sección científica.—Choque de trenes en los Estados Unidos. Gemelos para aumentar el relieve de los objetos. Locomotora eléctrica Hillmann, 238 y 239.  
Murmuraciones europeas, por Castelar, 242.  
El Supremo Dolor, por S. Trulló y Plana, 242.  
El «Sol de los Andes», por P. Sañudo Aufrán, 243.  
Me alegro, por A. Sánchez Pérez, 247.  
De arribada, por Rafael Ochoa, 247.  
Pues señor..., por Alejandro Larrubiera, 250.  
Nuestros grabados, 250.  
Exposición Llovera. Barcelona, por A. García Llansó, 254.  
La vida contemporánea. Devocionarios y rosarios, por Emilia Pardo Bazán, 258.  
Francisco Pi y Margall, por A. Sánchez Pérez, 259.  
El turno de Pepe (Tipos madrileños), por M. Ossorio y Bernard, 262.  
Nuestros grabados, 263.  
Problema de ajedrez, 266.  
La ondina de Bretaña, novela (continuación), 267.  
Sección científica.—Aparatos de salvamento.—Lámpara incandescente de M. Brenot, 270.  
Murmuraciones europeas, por Castelar, 274.  
María Guerrero, por José Echegaray, 275.  
La romería de la Cara de Dios en Madrid. Recuerdo de Viernes Santo, por A. Danvila Jaldero, 275.  
Nuestros grabados, 279.  
Miscelánea. Problema de ajedrez, 282.  
La ondina de Bretaña, novela (conclusión), 283.  
La superstición y la criminalidad entre los rusos, 285.  
Orfebrería de la antigua Roma, 285.  
La vida contemporánea. Season, por Emilia Pardo Bazán, 290.  
Pérez Escrich, por Felipe Pérez y González, 291.  
Un voto en contra, por A. Sánchez Pérez, 292.  
El alcalde de Mostoles, por Teodoro Baró, 293.  
Nuestros grabados. Problema de ajedrez, 298.  
Isabel, la de los cabellos de oro, novela de Eugenia Marlitt, 299.  
El ferrocarril transiberiano, 302.  
Murmuraciones europeas, por Castelar, 306.  
Doña Emilia Pardo Bazán, por Kasabal, 307.  
Fiestas españolas en Buenos Aires, por J. S., 308.  
Los siete pelos del diablo (cuento tradicional), por Ricardo Palma, 310.  
Nuestros grabados, 311.  
Miscelánea. Problema de ajedrez, 314.  
Isabel, la de los cabellos de oro, novela (continuación), 315.  
Sección científica.—Clínica ortopédica en Berlín, 318.  
La vida contemporánea, por Emilia Pardo Bazán, 322.  
Armida Parsi Pettinella, por A., 323.  
Costumbres matritenses. Las mañanas del Retiro, por A. Danvila Jaldero, 323.  
El piano mecánico, por Augusto Jerez Perchet, 326.  
Cuarteto nocturno, por Eduardo de Palacio, 327.  
Nuestros grabados. Problema de ajedrez, 330.  
Isabel, la de los cabellos de oro, novela (continuación), 331.  
El incendio del bazar de la Caridad en París, 334.  
Arqueta regalada á D. Juan Mañé y Flaquer, 336.  
Murmuraciones europeas, por Castelar, 338.  
La cueva de Menga, por F. de Paula Valladar, 340.  
¿Habla usted de mi pleito?, por A. Sánchez Pérez, 342.  
Nuestros grabados, 343.  
Miscelánea. Problema de ajedrez, 346.  
Isabel, la de los cabellos de oro, novela (continuación), 347.  
Sección científica.—Al Polo Norte en globo, 350.  
La vida contemporánea. ¿Cual los mazos del batán?, por Emilia Pardo Bazán, 354.  
José de la Luz Caballero, por la baronesa de Wilson, 355.  
La castellana de Medialdía. Leyenda, por Alejandro Larrubiera, 355.  
Una boda, por E. Zamacois, 356.  
Exposiciones de Bellas Artes en París, por R. D., 357.  
Nuestros grabados. Miscelánea. Problema de ajedrez, 362.  
Isabel, la de los cabellos de oro, novela (continuación), 363.  
Un teatro con dos plateas en Nueva York, 366.  
Utilización de las cataratas del Niágara, 367.  
Murmuraciones europeas, por Castelar, 370.  
Federico Balart, por Ricardo J. Catarinen, 371.  
Los premios Nobel, por A. Sánchez Pérez, 372.  
¡Buena compra! (Memorias de un literato), por P. Gómez Candela, 374.  
Nuestros grabados, 375.  
Miscelánea. Problema de ajedrez, 378.  
Isabel, la de los cabellos de oro, novela (continuación), 379.  
Ascensor fijo ó móvil, 382.  
El juego del foot-ball, 382.  
El telégrafo eléctrico sin alambres, 383.  
La vida contemporánea. Coches y ciencia, por Emilia Pardo Bazán, 386.  
José Villegas y Cordero, por R. Balsa de la Vega, 387.  
El milagro al revés, por Antonio Valbuena, 388.  
Guerra de Filipinas, por X., 390.  
Crónica parisiense. En el bosque de Bolonia, por Juan B. Enseñat, 390.  
Nuestros grabados, 391.  
Miscelánea. Problema de ajedrez, 394.  
Isabel, la de los cabellos de oro, novela (continuación), 395.  
La canonización de San Antonio María Zaccaria y de San Pedro Fourier, 398.  
Murmuraciones europeas, por Castelar, 402.  
Francisco Morazán, general centro-americano, por la baronesa de Wilson, 403.  
Crónica parisiense. Modas, por Juan B. Enseñat, 406.  
Nuestros grabados, 407.  
Miscelánea. Problema de ajedrez, 410.  
Isabel, la de los cabellos de oro, novela (continuación), 411.  
La industria del frío, por José Rodríguez Mourello, 414.  
La visibilidad de los colores, 414.  
Pesca por medio de la luz eléctrica, 415.  
La vida contemporánea. Influencias, por Emilia Pardo Bazán, 418.  
El marqués de Molins, por Eduardo Zamora y Caballero, 419.  
Los rivales, por Agustín Marcos, 422.  
Homero y Compañía, por Eduardo de Palacio, 422.  
Nuestros grabados, 423.  
Miscelánea. Problema de ajedrez, 426.  
Isabel, la de los cabellos de oro, novela (continuación), 427.  
El jubileo de la reina Victoria de Inglaterra, 430.  
Murmuraciones europeas, por Castelar, 434.  
Mariano Benlliure, por R. Balsa de la Vega, 435.  
Las dudas de Epifanio, por M. Ossorio y Bernard, 436.  
Costumbres andaluzas. Acoso, derribo y tintera, por José Gestoso y Pérez, 438.  
Nuestros grabados. Miscelánea. Problema de ajedrez, 442.  
Las fiestas del jubileo de la reina Victoria en Londres, 444.  
La vida contemporánea, por Emilia Pardo Bazán, 450.  
D. José Echegaray, por Kasabal, 451.  
Supersticiones populares. Los apóstoles del agua en Madrid, por A. Danvila Jaldero, 452.  
La inquisidora, por José Zahonero, 454.  
Nuestros grabados. Miscelánea. Problema de ajedrez, 458.  
Isabel, la de los cabellos de oro, novela (continuación), 459.  
La exposición industrial en Barcelona., por A. García Llansó, 463.  
Murmuraciones europeas, por Castelar, 466.  
El doctor Letamendi, por L. Comenge, 467.  
Cuentas galanas, por José Juan Cadenas, 470.  
Perros y gatos, por Eduardo de Palacio, 470.  
Nuestros grabados. Miscelánea. Problema de ajedrez, 474.  
Isabel, la de los cabellos de oro, novela (continuación), 475.  
Islas Filipinas. En el río Pagsanján (provincia de la Laguna), 478.  
Carta á la novia, cuadro de L. E. Baile, 479.  
Puente colosal en Mungsten (Alemania), 479.  
La vida contemporánea. Jubileo, por Emilia Pardo Bazán, 482.  
Pensamientos, por Antonio Rubinstein, 482.  
D. Marcelo de Azcárraga, por Jenaro Alas, 483.  
La Coralito, por A. Danvila Jaldero, 483.  
La hada de los ojos verdes, por A. Larrubiera, 486.  
Nuestros grabados, 486.  
Miscelánea. Problema de ajedrez, 490.  
Isabel, la de los cabellos de oro, novela (continuación), 491.  
Sección científica.—El microbio de la fiebre amarilla descubierto en Montevideo por el profesor José Sanarelli. Navegación rápida, 494.  
Murmuraciones europeas, por Castelar, 498.  
Antonio Vico, por Eusebio Blasco, 499.  
Esperanza. Leyenda venezolana, por P. Sañudo Aufrán, 499.  
El infierno, por Luis Calvo Revilla, 502.  
Nuestros grabados. Problema de ajedrez, 503 y 506.  
Isabel, la de los cabellos de oro, novela (continuación), 507.  
El crucero Alfonso XIII y los cazatorpederos Terror y Furor, 511.  
El general Stewart S. Woodford, 511.  
La vida contemporánea. Cabos sueltos, por Emilia Pardo Bazán, 514.  
Pensamientos, por Antonio Rubinstein, 514.  
El príncipe de Bismarck, por Juan Fastenrath, 515.  
La tartana, por Manuel Amor Meilán, 516.  
Una tribu de aschantis en Barcelona, 518.  
Nuestros grabados, 522.  
Problema de ajedrez, 522.  
Isabel, la de los cabellos de oro, novela (continuación), 523.  
Un viaje de placer. En el café del Parque de Barcelona, 526.  
Murmuraciones europeas, por Castelar, 530.  
Sarah Bernhardt, por Ruy Blas, 531.  
Castigo del mal hablar (Cuento de dos siglos ha), por Angel R. Chaves, 532.  
El mono (cuentos de salonceillo), por P. Gómez Candela, 534.  
Nuestros grabados, 535.  
Miscelánea. Problema de ajedrez, 538.  
Isabel, la de los cabellos de oro, novela (continuación), 539.  
Sección científica.—El «Trabajador submarino.» La seda reemplazada por el algodón. La hora decimal. Las cometas y los pronósticos del tiempo, 542 y 543.  
La vida contemporánea. Tragedia, por Emilia Pardo Bazán, 546.  
Pensamientos, por Antonio Rubinstein, 546.  
Joaquín Dicenta, por José Juan Cadenas, 547.  
En las esquinas. Escenas de la vida argentina, por Francisco Pi y Suñer, 548.  
Nuestros grabados, 550.  
Miscelánea. Problema de ajedrez, 554.  
Isabel, la de los cabellos de oro, novela (continuación), 555.  
Exposición universal de artes é industrias en Estocolmo. Honolulu, capital de las islas Hawai, 559.  
Murmuraciones europeas, por Castelar, 562.  
Casimiro Sainz, por R. Balsa de la Vega, 563.  
La buena muerte, por Alberto Díaz de la Quintana, 564.  
Nuestros grabados, 567.  
Miscelánea. Problema de ajedrez, 570.  
Isabel, la de los cabellos de oro, novela (continuación), 571.  
El centenario de la defensa de Santa Cruz de Tenerife en 1797, por A. García Llansó, 574.  
La vida contemporánea. El silencio, por Emilia Pardo Bazán, 578.  
José de San Martín, general argentino, por la baronesa de Wilson, 579.  
Mi cuarto á espadas, por A. Sánchez Pérez, 580.  
¡Si se volviera á nacer!, por Carlos Ossorio y Gallardo, 582.  
Nuestros grabados. Problema de ajedrez, 586.  
Isabel, la de los cabellos de oro, novela (continuación), 587.  
Sección científica.—Al Polo Norte en globo. Expedición Andrée.—Fotografía de iluminaciones y relámpagos, 590 y 591.  
Murmuraciones europeas, por Castelar, 594.  
José Benlliure, por R. Balsa de la Vega, 595.  
Carta de Cuba, por Manuel Amor Meilán, 596.  
Los desposorios, por Manuel Amor Meilán, 598.  
Nuestros grabados. Miscelánea. Problema de ajedrez, 602.  
Isabel, la de los cabellos de oro, novela (continuación), 603.  
Sección científica.—El puente Mirabeau en París. Perfeccionamientos introducidos en la navegación marítima, 606.  
La vida contemporánea. Otoñal, por Emilia Pardo Bazán, 610.  
Pensamientos, por Antonio Rubinstein, 610.  
Eusebio Blasco, por José Juan Cadenas, 611.  
Las minas de oro en Alaska, por Julio Broutá, 612.

- Nuestros grabados, 615.  
 Miscelánea. Problema de ajedrez, 618.  
 Isabel, la de los cabellos de oro, novela (continuación), 619.  
 La insurrección en la India inglesa, 622.  
 Murmuraciones europeas, por Castelar, 626.  
 Manuel Belgrano, por la baronesa de Wilson, 627.  
 El caballero que hace el oso, por Juan Buscón, 627.  
 El centenario del natalicio de Donizetti en Bér-gamo, 629.  
 Cachito de cielo (novela corta), por A. Larru-biera, 630.  
 Nuestros grabados. Problema de ajedrez, 634.  
 Isabel, la de los cabellos de oro, novela (conclu-sión), 635.  
 Sección científica.—Métodos e instrumentos de la astrofotografía. Nuevo globo militar cau-tivo. El tiempo pronosticado por las abejas, 637, 638 y 639.  
 La vida contemporánea. Recuerdo, por Emilia Pardo Bazán, 642.  
 D. Segismundo Moret, por Teodoro Baró, 643.  
 Los golpes, por M. J. Quintana, 644.  
 Playas mundanas, por Juan B. Enseñat, 645.  
 Nuestros grabados, 647.  
 Miscelánea. Problema de ajedrez, 650.  
 Mi tío Juan, novela, 651.  
 Murmuraciones europeas, por Castelar, 658.  
 Vital Aza, por José Juan Cadenas, 659.  
 La gran desdicha, por Eusebio Blasco, 662.  
 Nuestros grabados. Miscelánea. Problema de ajedrez, 666.  
 Mi tío Juan, novela (continuación), 667.  
 La vida contemporánea. Lo incurable, por Emi-lia Pardo Bazán, 674.  
 Pensamientos, por Antonio Rubinstein, 674.  
 D. Práxedes M. Sagasta, por Teodoro Baró, 675.  
 Playas mundanas, por Juan B. Enseñat, 676.  
 Nuestros grabados, 679.  
 Miscelánea. Problema de ajedrez, 682.  
 Mi tío Juan, novela (continuación), 683.  
 Murmuraciones europeas, por Castelar, 690.  
 Juan Manuel Rosas, dictador argentino, por la baronesa de Wilson, 691.  
 Expedición belga al polo Antártico, 692.  
 Apuntes del natural. Manolillo el ciego, por J. Gestoso, 692.  
 Desde la corte, Interview con el rey de Siam, por Gabriel R. España, 694.  
 Nuestros grabados. Miscelánea. Problema de ajedrez, 698.  
 Mi tío Juan, novela (continuación), 699.  
 La vida contemporánea. Reyes forasteros y cos-tumbres nacionales, por Emilia Pardo Bazán, 706.  
 Alberto Aguilera, por G. R. España, 707.  
 Nuestros grabados, 710.  
 Miscelánea. Problema de ajedrez, 714.  
 Mi tío Juan, novela (continuación), 715.  
 Murmuraciones europeas, por Castelar, 722.  
 Excmo. Sr. D. Juan Nicasio Gallego, por José María Sbarbi, 723.  
 Transporte de una casa en San Francisco de Cali-fornia, 724.  
 Perlas y bombones, por Manuel Amor Meilán, 724.  
 El Favorito, por P. Gómez Candela, 726.  
 Nuestros grabados. Problema de ajedrez, 730.  
 Mi tío Juan, novela (continuación), 731.  
 Motor de petróleo sistema Loyal, 736.  
 La vida contemporánea, por Emilia Pardo Bazán, 738.  
 Pensamientos, por Antonio Rubinstein, 738.  
 Campoamor, por V. González Serrano, 739.  
 Cuadros populares. La boda del Sr. Martín, por Carlos Frontaura, 740.  
 Desde la corte. La exposición nacional de in-dustrias modernas, por Gabriel R. España, 742.  
 Nuestros grabados. Miscelánea. Problema de aje-drez, 746.  
 Mi tío Juan, novela (continuación), 747.  
 Adelina Patti en 1852, 752.  
 Murmuraciones europeas, por Castelar, 754.  
 D. Francisco Silvea, por Teodoro Baró, 755.  
 Cuadros populares. La boda del Sr. Martín (con-clusión), por Carlos Frontaura, 756.  
 Nuestros grabados, 759.  
 Miscelánea. Problema de ajedrez, 762.  
 Mi tío Juan, novela (continuación), 763.  
 La vida contemporánea. Recuerdos de un destri-pador, por Emilia Pardo Bazán, 770.  
 José María Pereda, por F. Moreno Godino, 771.  
 El pintor Arnaldo Böcklin, por A., 772.  
 Corte de cuentas, por Eduardo de Palacio, 772.  
 Inundaciones de Valencia, 774.  
 Regreso del general Weyler á España, 775.  
 Nuestros grabados. Miscelánea. Problema de aje-drez, 778.  
 Mi tío Juan, novela (continuación), 779.  
 Adolfo Ferrari, 783.  
 Murmuraciones europeas, por Castelar, 786.  
 Pensamientos, por Antonio Rubinstein, 786.  
 José López Silva, por José Juan Cadenas, 787.  
 Un desafío aplazado, por Ricardo Palma, 790.  
 Nuestros grabados. Miscelánea. Problema de aje-drez, 794.  
 Mi tío Juan, novela (continuación), 795.  
 El general D. Ignacio Andrade, 799.  
 Eduardo Hagerup Grieg, 800.  
 La vida contemporánea. Niños y fieras, por Emilia Pardo Bazán, 802.  
 La entrada de San Fernando en Sevilla, por J. Gestoso y Pérez, 803.  
 El Cenerentolo, por Eduardo de Palacio, 804.  
 ¿Quién no corre!..., por Carlos Ossosio y Gallardo, 806.  
 Nuestros grabados, 807.  
 Problema de ajedrez, 810.  
 Mi tío Juan, novela (continuación), 811.  
 Sección científica.—El planeta Marte. El mayor meteorito del mundo, 814.  
 La vida contemporánea. La nochebuena del car-pintero, por Emilia Pardo Bazán, 818.  
 La reina regente, por Kasabal, 819.  
 La nochebuena de los niños, por Juan B. Ense-ñat, 820.  
 Una feria en un pueblo de Andalucía, por J. Ges-toso y Pérez, 822.  
 Nuestros grabados, 826.  
 Problema de ajedrez, 826.  
 Mi tío Juan, novela (continuación), 827.  
 Sección científica.—El Turbina, por G., 830.  
 Murmuraciones europeas, por Emilio Castelar, 834.  
 Doña Isabel de Borbón, por Kasabal, 835.  
 ¿Qué Nochebuena!, por Eusebio Blasco, 836.  
 Una feria en un pueblo de Andalucía, por José Gestoso y Pérez, 838.  
 Nuestros grabados, 839.  
 Miscelánea, 842.  
 Mi tío Juan, novela (conclusión), 843.  
 D. Miguel López de Legazpi. Angel La Agricul-tura, estatuas de Aniceto Marinas, 846.

# ÍNDICE

## DE LOS GRABADOS CONTENIDOS EN EL TOMO XVI DE LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA

- Orlas cromotipográficas que ilustran la novela de Cervantes *Rinconete y Cortadillo*, páginas 1 á 32.  
 Islas Filipinas. Vistas reproducidas de fotografías. Vendedoras de cacao en Pasay, Manila. Moji-ganga de una corrida de toros en Ilo-Ilo, 33 y 39.  
 La ex emperatriz Eugenia, 35.  
 Florecilla campestre, escultura de Miguel Blay, 36.  
 Recuerdo del día de Reyes, dibujo de A. Fores-tier, 37.  
 Por cuestión de novio, cuadro de E. de Blaas, 40 y 41.  
 Niño romano, escultura de Francisco Viciano.  
 Mlle. Fernanda Lorey. Luis Felipe, duque de Braganza, 42.  
 Busto de niño, obra de Miss Edith A. Bell. Pietro Cossi, escultura de Miss F. Isabel Swan. Dies Natis, cuadro de Miss Margarita Wake. La primera lección, cuadro de Mistris J. W. Grey. Busto en relieve de G. Clark, obra de Miss Flo-rence H. Steele. Busto en relieve, obra de Miss Frances A. Dudley-Rolls, 46.  
 Un marino, cuadro de Virginia Demont-Breton, 48.  
 Una visión, bajo relieve de Jorge Frampton, 48.  
 Capullo, dibujo de Luis Marold, 49.  
 Retrato del Dr. Gaspar Rodríguez Francia, 51.  
 Madonna, cuadro de Pablo Barthel, 53.  
 Guerra de Cuba. Fuerte de Hoyos Colorado (Ha-bana). Plateado ahorrado por Máximo Gómez en la hacienda «Jamaica» (dos grabados), 54.  
 Rezando el rosario, cuadro de José Benlliure, 55.  
 Santiago de Cuba. Vistas reproducidas de fotogra-fías, 56 y 57.  
 Monumento á Juan Leclair, 58.  
 Excmo. Sr. D. Venancio González. El Dr. Adolfo Deucher (dos retratos), 58.  
 Diploma y medalla concedidos á los expositores premiados en la Exposición de Chicago del año 1892-93, 62.  
 El eminente compositor Saint-Saëns, 64.  
 Madrid de noche. Un colmado, dibujo de N. Mén-dez Bringa, 65.  
 Excmo. Sr. D. Antonio Cánovas del Castillo, 67.  
 Anacreonte, estatua de Adolfo Apolloni, 68.  
 Decoraciones de la ópera *Sansón y Dalila*, dibujo de Passos, 69.  
 Guerra de Cuba. Tropas de regreso del forraje. Avance y toma de posiciones por las compañías de la columna Francés, 71.  
 El descanso del santero, dibujo de J. García Ra-mos, 72.  
 Bajo el puente de Triana, dibujo de M. García Rodríguez, 73.  
 El idilio de Siegfriedo, programa, 74.  
 La princesa de Caraman-Chimay. El tzigano Ja-ney Rigo, 74.  
 Templos monolíticos de Lalibela, 78.  
 Un lance de honor, cuadro de Timoteo Pampla-na, 79.  
 Capitalistas, cuadro de Luis Graner, 80.  
 Las dos infancias, dibujo á la pluma de José Pa-sos, 71.  
 Retrato de José Migue! Carrera, 83.  
 Islas Filipinas. Tipos, costumbres y vistas repro-ducidos de fotografías, 84.  
 Guerra de Cuba. Vistas y escenas reproducidas de fotografías. Construcción de un barracón de palma y guano para tropas en Viñales. Camino de Pinar del Río á Viñales. Paso del Chorrerón, 85 y 87.  
 A la memoria del hijo, cuadro de C. Rettig, 88.  
 Triste antesala, cuadro de Gonzalo Bilbao, 89.  
 El capitán A. M. Boisragon. El capitán A. J. Ma-ling. El mayor P. W. G. Crawford, 90.  
 La casa de Ju-Ju en Gwato, junto á Benin. Una mujer crucificada en Benin en honor al dios de la Lluvia, 90.  
 La mujer en la Exposición de Bellas Artes del Salón Parés, grupo de diez y seis grabados, 94.  
 Momento de descanso, grabado en madera, 96.  
 Declaración de amor, cuadro de Alejo Volton, 97.  
 D. Emilio Castelar, 99.  
 Vistas de la República de Costa Rica, 100.  
 Islas Filipinas. Vistas reproducidas de fotogra-fías, 101.  
 Guerra de Cuba. Sargento de Sigüenza en el com-bate de Ceja del Toro y defensa del convoy de Viñales. La cura de un marino herido del caño-nero Vigía, 103.  
 Los dos hermanos, cuadro de Alfredo Schwarz, 104.  
 Regreso de las vendimiadoras, cuadro de J. Salin-as, 105.  
 Mr. Guillermo Digby. El hambre en la India. Grupo de indígenas hambrientos. El conde de Murawieff. El cardenal San Felice de Acquavella (cuatro grabados), 106.  
 Procedimiento del Dr. Calot para corregir las jo-robadas (tres grabados), 110.  
 Frontal de San Jorge de la capilla de la Audien-cia de Barcelona, reproducción al óleo por la Srita D.<sup>a</sup> Juana Soler, 112.  
 Una noche de Carnaval, dibujo de N. Méndez Bringa, 113.  
 Manuel Rodríguez (el báscar de la Muerte), 115.  
 Islas Filipinas. Cementerio protestante en Ilo-Ilo. Entre los manglares de la costa. Mapa de una parte de la provincia de Cavite. Batería de dos cañones emplazada en el baluarte de Porta Vaga (cuatro grabados), 117 y 119.  
 Las damas romanas entregan al Senado sus jo-yas para el sostenimiento del ejército que ha de combatir á Anibal, cuadro de G. Sciuti, 120 y 121.  
 Interior del vagón capilla del ferrocarril transi-beriano, 122.  
 S. A. Doña María Luisa Fernanda, duquesa de Montpensier, 122.  
 Un grabado de B. Gili y Roig que representa una escena de Carnaval é ilustra el artículo *Vargas y Machuca*, de F. Moreno Godino, 26.  
 La guerra de Cuba. Segunda compañía del primer batallón del regimiento de Soria, 128.  
 Fiesta de Carnaval. ¡Al... asalto!, cuadro de Alois H. Schram, 129.  
 Luis González Bravo, 131.  
 Islas Filipinas. Una calzada. Baño en las vertien-tes de Ulián y Tagbacán (dos grabados), 133.  
 El conde de Turín, hijo de Amadeo de Saboya. Doña María de las Mercedes, princesa de As-turias (dos retratos), 134.  
 La modista. La cortesana. La barrendera, tres di-bujos de S. Azpiazu, 135.  
 Una vuelta de vals, cuadro de E. Motzaigne, 136.  
 La muerte del torero, cuadro de Andrés Parladé, 137.  
 Proyecto de monumento-panteón de catalanes ilustres, obra de D. Pablo Salvat y Espasa, 138.  
 Coqueta, cuadro de Pedro Saénz, 138.  
 Mr. F. W. Kuhl con su sobretodo salvavidas (dos grabados), 142.  
 Amor de madre, escultura de Roberto Barwald, 142.  
 Monumento á Lamartine, obra de Authelain y Chamouard, 144.  
 Mater Purissima, escultura de A. Apolloni, 145.  
 Bernardino Rivadavia, 147.  
 Guerra de Filipinas. Vista de Cavite. Porta Vaga. Fosos alabrados y trincheras delante de Por-ta Vaga. Real Fuerza de San Felipe, cuartel de artillería (cuatro grabados), 148 y 149.  
 Islas Filipinas. Mujeres moras de Joló pilando palay. El datto Pian, jefe de la ranchería de Magibon (Joló) con su familia y séquito (dos grabados), 151.  
 La visita de año nuevo, cuadro de S. Sánchez Barbudo, 152.  
 Fiesta de familia en Andalucía, cuadro de P. Salinas, 153.  
 El coronel D. Mannel Albergoti, 154.  
 Monumento á Colón en el parque Speckenbuttel de Lehe, 154.  
 Vistas de la calle de Reaumur en París (tres gra-bados), 158 y 159.  
 La heredera, cuadro de McLure Hamilton, 160.  
 ¡Arruinado!, dibujo de René Reinicke, 161.  
 El general Martínez de Campos, 163.  
 El príncipe Jorge de Grecia, 164.  
 Mapa de la isla de Creta, 164.  
 Insurrectos de Creta encendiendo una hoguera-señal en las montañas, dibujo de R. Catón Woodville, 165.  
 Guerra de Cuba. Santiago de Cuba. Un bobio en la manigua. Brigada de transportes de San Luis. Sección de artillería dispuesta á salir á operaciones (tres grabados), 167.  
 Después del baile de máscaras, cuadro de A. Eddler, 168 y 169.  
 El sacerdote Papamalekos. Mandekos, jefes de los insurrectos de Creta (dos retratos), 170.  
 D. Luis Madrazo. D. Salvador Ordóñez (dos re-tratos), 170.  
 El microfonógrafo Dussaud (tres grabados), 174.  
 Lámpara eléctrica, obra de F. W. A. S. Rensom, 174.  
 Monumento erigido en Roma á Marcos Ming-heti, 176.  
 Primavera, cuadro de José Llovera, 177.  
 José Antonio Sucre, 179.  
 Guerra de Filipinas. Cavite (cuatro grabados), 180 y 181.  
 Los bailes excéntricos. Una asidua concurrente. En el baile de la *Rosière*. La salida del baile, tres dibujos de S. Azpiazu, 182 y 183.  
 En la hamaea. En el bosque, cuadros de F. Mas-riera, 184.  
 Algabañas camino de Sevilla, cuadro de J. Gar-cía Ramos, 185.  
 En el camerino, cuadro de Manuel Cusi, 186.  
 En la playa, cuadro de Dionisio Baixeras, 186.  
 El general argentino D. Alberto Capdevila, 190.  
 Carnaval de 1897. La estudiantina universitaria de Barcelona, 190.  
 En la playa de Biarritz, dibujo de N. Méndez Bringa, 192.  
 Retrato de Van Dyck, pintado por él mismo, 193.  
 Cándido Necedal, 195.  
 Vistas de Filipinas (grupo de ocho grabados), 196.  
 Palacio de Malacañán en Manila. Trinchera gran-de en Dahalicán (dos grabados), 197.  
 El «Mollin Rouge.» Vista exterior. El dinamo-metro. Un rigodón, tres dibujos de S. Azpiazu, 198 y 199.  
 La desposada de Abydos, cuadro de D. Morelli, 200.  
 Genoveva de Brabante, cuadro de W. Rauder, 201.  
 D. José M.<sup>a</sup> de la Vega, brigadier mexicano. Don Luis Carballeda, general mexicano. El general Porfirio Díaz, presidente de la República Mexi-cana (tres retratos), 202.  
 D. Elias Rogent, ilustre arquitecto barcelonés, 202.  
 Relojes curiosos antiguos y modernos (cuatro gra-bados), 206 y 207.  
 La viuda en el campo, cuadro de F. Masriera, 208.  
 Primavera, cuadro de F. Fabbi, 209.  
 Arturo Prat, marino chileno, 211.  
 Vistas de Filipinas (dos láminas con diez y seis grabados), 211 y 213.  
 Mariona, dibujos de Alejandro de Riquer, 214.  
 La despedida del novio, cuadro de J. Agrasot, 215.  
 En la fuente, cuadro de Mariano Barbasán, 215.  
 Olimpia Maldachini, cuñada del papa Inocen-cio X, entregando al cardenal Camilo degli Astalli el decreto de su destitución y destierro, cuadro de G. Sanctis, 216 y 217.  
 Eusebio Planas, dibujante barcelonés, 218.  
 El coronel Vasos, 218.  
 Esperando, cuadro de Timoteo Pamplona, 218.  
 En alta mar, cuadro de Juan Planella y Rodrí-guez, 222.  
 Insurrección de Creta. Bombardeo del campamento cretense de la Canea por las escuadras de las grandes potencias, 222.  
 Aparatos mecánicos de gimnasia médica (tres grabados), 224.  
 Humana angustia, cuadro de G. Rochegrosse, 225.  
 D. Juan Mañé y Flaquer, 227.  
 Guerra de Filipinas. Cavite y Vivienda de indi-genas en los alrededores del pueblo de Calam-ba (cuatro grabados), 228 y 229.  
 Primavera, cuadro de Doña Visitación Ubach, 231.  
 Bordadora, cuadro de Carlos Gampenrieder, 231.  
 Christos victor, cuadro de Fernando Brutt, 232 y 233.  
 Aguador granadino, cuadro de Juan García Ra-mos, 234.  
 Desdenes, cuadro de Andrés Parladé, 234.  
 Choque premeditado de trenes en los Estados Unidos. Locomotora eléctrica Heilmann. Ge-melos para apreciar el relieve de los objetos distantes (cinco grabados), 238.  
 El general Ulises Heurnaux, presidente de la Re-pública Dominicana, 240.  
 Eccehomo, escultura de Rafael Atché, 241.  
 Madonna, cuadro de Enrique Serra, 243.  
 El sermón de la montaña, cuadro de Moreno Carbonero, 244.  
 Bienaventurados los que lloran porque ellos se-rán consolados, cuadro de Willy Spatz, 245.  
 Amor sublime, cuadro de Guillermo Rauber, 247.  
 De arribada, dibujo de Alejandro de Riquer, 247.  
 La última palabra de Jesucristo en la cruz, cua-dro de Juan Brunet, 248 y 249.  
 Sitio donde, según la tradición, fué apedreado San Esteban, 251.  
 La casa de Simón el cortidor en Jafa, donde es-tuvo hospedado San Pedro, 251.  
 María Magdalena junto al cadáver de Jesucristo, grupo escultórico de Filippo Caffiarello, 252.  
 Venite adoremus, cuadro de Arcadio Mas y Font-devila, 253.  
 Mercedes Rigalt, eminente pianista, 254.



Basilica del Pilar (Zaragoza), cuadro de J. Garnelo, 657.  
 Vital Aza, 659.  
 Concurso de fotografías de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA. El Vado en el Monasterio de Piedra. Trascoro de la catedral de Avila. La piedra de los Lobos en Constitución (Chile). Cabalgata en Constitución. Interior del puerto de Barcelona. En el bosque (seis grabados), 660, 661 y 662.  
 Barcelona. Colocación de la primera piedra de los monumentos a Federico Soler y a D. Francisco de P. Rius y Taulet (dos grabados), 663.  
 Absuelta, cuadro de Fernando Brutt, 664 y 665.  
 Corona ofrecida por el ejército de Filipinas para los funerales del Sr. Cánovas del Castillo, 666.  
 La modelo, cuadro de Pedro Sáenz, 671.  
 Ferrocarril aéreo en el dique de Devil, 672.  
 Ocios de cuartel, cuadro de Joaquín Agrasot, 673.  
 Excmo. Sr. D. Práxedes Mateo Sagasta, 675.  
 Playas mundanas. La playa de Dieppe. La playa de Arcachón (dos grabados), 676.  
 Maniobras del ejército alemán (dos grabados), 677.  
 El eminente Dr. D. Felipe Solá, 678.  
 Madrid. Recuerdo de la última crisis, 678.  
 Guerra de Filipinas. Una *lantaca*. Vista parcial del arsenal de Cavite (dos grabados), 679.  
 Un rincón del bosque, cuadro de Jose M.<sup>a</sup> Marqués, 680.  
 La hora del desayuno, cuadro de Miralles Darmanin, 680.  
 Sevilla. Entrada a la huerta y jardines del Alcázar, dibujo de Manuel García Rodríguez, 681.  
 Estatua antigua encontrada en Elche, 682.  
 Bandera katipunense cogida a los insurrectos de Filipinas, 682.  
 Jota mayenseña, cuadro de Timoteo Pamplona, 687.  
 La primera etapa, cuadro de Joaquín Agrasot, 688.  
 El tapete verde. El juego de los caballitos, dibujo de Oscar Wilson, 689.  
 Juan Manuel Rosas, 691.  
 El capitán A. de Gerlache, jefe de la expedición al polo Antártico. El buque *Bélgica* que conduce la expedición. Utensilios de los expedicionarios (tres grabados), 692.  
 El charlatán, cuadro de Gerardo Dow, 693.  
 Chulalongkorn, rey de Siam y su mujer favorita. Interior de la sala de audiencia en el palacio del rey de Siam (tres grabados), 695.  
 Castigada, cuadro de Fruphema, 696.  
 Manolillo el ciego, dibujo de García y Ramos, 697.  
 Pagoda siamesa, 698.  
 Observatorio construido sobre el Etna y vista del cráter central del volcán, 703.  
 Laboratorio subterráneo del Museo de Historia Natural de París (dos grabados), 704.  
 En el palacio Barberini de Roma, cuadro de J. Gallegos, 705.  
 Excmo. Sr. D. Alberto Aguilera y Velasco, 707.  
 Dar de comer al hambriero, cuadro de Leghe Suthers, 708.  
 En el Transvaal. El paso de un vado. El presidente Kruger viajando con su escolta. Grupo de

boers ejercitándose en el manejo del rifle. Campanas de la catedral de San Pedro de Pietermaritzburgo (cuatro grabados), 709.  
 Las cuatro estaciones, dibujo de A. de Riquer, 710.  
 El pintor inglés Sir John Gilbert, 711.  
 Mr. Gladstone en Birnam, 711.  
 Jesucristo curando al paralítico, cuadro de Eduardo Gebhardt, 712 y 713.  
 Buenos Aires. Manifestación de duelo con motivo de la muerte del Sr. Cánovas del Castillo, 714.  
 D. Juan Lindolfo Cuevas, 714.  
 Fotografías de efluvios digitales, 720.  
 ¡Hijo mío de mi alma!, cuadro de Herminia Lan-kota, 721.  
 Excmo. Sr. D. Juan Nicasio Gallego, 723.  
 Transporte de una casa en San Francisco de California (dos grabados), 724.  
 Islas Filipinas. Arsenal de Cavite. Capilla situada frente a la casa comandancia. Orillas del río Pasig. Un paisaje del río de San Pedrillo (dos grabados), 725.  
 Un puesto de castañas, dibujo de S. Azpiazu, 726.  
 El Valor, estatua de José Alcoverro, 727.  
 Lirio del campo, cuadro de F. Sans Castaño, 727.  
 Escolta de hombres de color del general Weyler en Cuba, 727.  
 El Renacimiento, estatua en en mármol de Héctor Ximenes, 728.  
 El avaro, cuadro de Ernesto Zimmermann, 729.  
 Los concertistas catalanes J. Malats y Juan Manén (dos retratos), 730.  
 D. Fernando Acevedo y Espinosa, capitán de infantería, 730.  
 Alejandro Zaimis, nuevo presidente del Consejo de ministros de Grecia, 735.  
 Motor de petróleo sistema Loyal (dos grabados), 736.  
 La muerte de Ofelia, busto en mármol, modelado por D. Crenacoste, 737.  
 D. Ramón de Campoamor, 739.  
 Dos dibujos de Huertas que ilustran el artículo *Cuadros populares*, de Carlos Frontaura, 740 y 741.  
 Ricardo Strauss, 742.  
 Comisión ejecutiva de la Exposición nacional de industrias modernas. Telas finas de fabricación catalana. Sala destinada a industrias diversas. Decorado para edificios y habitaciones. Instalaciones de industriales de Tarrasa. Sección de hilados, tejidos, vestidos y accesorios. Instalación del Museo Naval (siete grabados), 742 y 743.  
 Himno religioso, cuadro de Woldemar Friedrich, 744.  
 Ganimedes arrebatado al empiro por un águila, cuadro de Frank Kirchbach, 745.  
 Evangelina Cisneros, insurrecta cubana, 746.  
 Monumento que la Transatlántica dedica a sus empleados que perecieron en la explosión del *Cabo Machichaco*, 746.  
 Adelina Patti en 1852, 752.  
 El céfiro y las flores, composición de F. Miralles, 753.

D. Francisco Silvela, 755.  
 Dos dibujos de Huertas que ilustran el artículo *Cuadros populares*, de Carlos Frontaura, 756 y 757.  
 Tejedoras del Albaicín. - Sevilla. Fiesta en una venta, cuadros de Ricardo Brugada, 759.  
 Santander. Puente de Ganzo. - Paisaje montaños. Una portalada, dibujos de Mariano Pedrero, 760.  
 Los domingos en Madrid. En la fuente de la Teja, dibujo de Méndez Bringa, 761.  
 La vela quitasol (tres grabados), 762.  
 Ellas, dibujo de Mauricio Greiffenhagen, 767.  
 Recuerdo de Madrid, dibujo inédito de Perea, 768.  
 Derecho de pontazgo, cuadro de O. Lingner, 769.  
 Excmo. Sr. D. Jacinto M.<sup>a</sup> Cervera, obispo de Mallorca, 770.  
 José María de Pereda, 771.  
 Medalla de jubileo de Arnaldo Böcklin, 772.  
 El centauro en la herrería, cuadro de A. Böcklin, 773.  
 Inundaciones de Valencia. Plaza de San Francisco. Puente de San José. Puente del Real (tres grabados), 774 y 775.  
 Llegada del general Weyler a Barcelona (dos grabados), 775.  
 La barca de Caronte, cuadro de José Bealliuere y Gil, 776.  
 El paso de una procesión en Sevilla, cuadro de José Llovera, 777.  
 Elena Theodorini. Erina Borlinetto. Concetta Bordaiba (tres retratos), 778.  
 Rodolfo Ferrari, 783.  
 Instalación de Hermenegildo Miralles en la Exposición de industrias modernas de Madrid, 784.  
 Buen cocinero, cuadro de P. Bergeret, 785.  
 José López Silva, 787.  
 Guerra de Cuba. Una finca arruinada. Guardia de un tren. Guerrilla cubana. Caballería en operaciones. Un fuerte español en el campo. Preparando las hamacas para pernoctar. Batallón de infantería peninsular. Tipos de soldados. Campamento de insurrectos. Insurrectos en un platanar. Insurrectos saqueando un poblado. Guerrilla española (doce grabados), 788 y 789.  
 Un rincón de Granada, cuadro de Ricardo Brugada, 790.  
 Entrada del dique flotante en el puerto de la Habana, 791.  
 Llegada del general Blanco a la Habana, 791.  
 Comida de boda en Andalucía, cuadro de P. Salinas, 792.  
 Presagio feliz, cuadro de A. Schram, 793.  
 Pequeño Palacio de Bellas Artes que se construye en los Campos Eliseos de París y plano del mismo, 794.  
 Maria Durand, centenaria que vive hoy en Auberville, 794.  
 El general D. Ignacio Andrade, 799.  
 Eduardo Hagerup Grieg, 800.  
 Flor de invierno, cuadro de Eduardo Gelli, 801.

Entrada de San Fernando en Sevilla, composición de Andrés Parladé, 803.  
 Violetas de Roma, cuadro de Carlos Pellicer, 804.  
 Sevilla. Un embarcadero en el Guadalquivir, dibujo de Manuel García Rodríguez, 804.  
 La guerra de Cuba. Columnas en Pinar del Río (dos grabados), 805.  
 Un jefe indio, cuadro de Antonio Fabrés, 806.  
 Flor de lys, fotografía de Miss Frances B. Johnston, 807.  
 Escena final de la ópera *Carmen*, cuadro de Manuel Cabral Aguado y Bejarano, 807.  
 Monte Carlo, dibujo de F. Gómez Soler, 808.  
 En el balcón, cuadro de José Llovera, 809.  
 Gran Palacio de Bellas Artes en los campos Eliseos de París y plano del mismo (dos grabados), 810.  
 El planeta Marte (cuatro grabados), 814.  
 El mayor meteorito del mundo, 814.  
 La herida del general Mitre, cuadro de Vicente Nicolau Cotanda, 816.  
 ¡Felicidades!, cuadro de N. Méndez Bringa, 817.  
 S. M. la reina regente de España Doña María Cristina, 819.  
 ¡Ole por las buenas mozas!, cuadro de José Llovera, 820.  
 La nochebuena de los niños. En la calle. En los salones, dos dibujos de N. Méndez Bringa, 821.  
 Una feria en un pueblo de Andalucía, tres dibujos de S. Azpiazu, 822 y 823.  
 Visión de Nochebuena, cuadro al temple de José Mentessi, 824 y 825.  
 Bicicleta para diez personas, 826.  
 Busto en relieve de Antonio Rubinstein, obra de Teodoro Bausch, 826.  
 Antiguo sarcófago cristiano encontrado en las catacumbas de Siracusa, 826.  
 El *Turbinia* (tres grabados), 830.  
 Batalla de Treviño, cuadro de Víctor Morelli, 832.  
 Facsímil de un dibujo de Van Dyck, 833.  
 S. M. la Reina Doña Isabel II, 835.  
 El nacimiento del Redentor, relieve de Viriato Rull, 836.  
 La Paz, grupo escultórico de Gustavo Eberlein, 837.  
 Una feria en un pueblo de Andalucía, tres dibujos de S. Azpiazu, 838 y 839.  
 La siesta, cuadro de Francisco Masriera, 840.  
 Recuerdo de Venecia, cuadro de Arcadio Mas y Fontdevila, 840.  
 De la Huerta, cuadro de Joaquín Agrasot, 841.  
 El eminente novelista francés Alfonso Daudet, 842.  
 La quinta de Champrosay, residencia de verano de Alfonso Daudet, 842.  
 Gibraltar. Demolición de la antigua torre del reloj, 842.  
 D. Miguel López de Legazpi. Angel. La Agricultura, estatuas de Aniceto Marinas, 846.  
 Paisaje de Granada, cuadro de Diego Marín, 847.  
 Camino del cortijo, cuadro de José Garnelo, 848.

La Ilustración Artística

Cervantes

Rinconete

y

Cortadillo

1897.



A. Se. Riquen

# HISTORIA DEL ARTE

ARQUITECTURA, ESCULTURA Y PINTURA, ORNAMENTACIÓN, TRAJE, MUEBLE, TEJIDOS, METALISTERIA, CERÁMICA, VIDRIOS

*Esta obra, cuya edición es una de las más lujosas de cuantas ha publicado nuestra casa editorial, se recomienda á todos los amantes de las Bellas Artes y de las artes suntuarias, tanto por su interesante texto, cuanto por su esmeradísima ilustración*

**HISTORIA DE LA PINTURA Y ESCULTURA** en todas las épocas y escuelas, con noticias biográficas de los artistas más ilustres desde la antigüedad hasta nuestros días, por D. JOAQUIN FONTANALS DEL CASTILLO. — Queda terminada esta importante sección de nuestra obra, la cual forma un tomo de 952 páginas con 1.157 grabados intercalados en el texto y tirados en negro ó en color, y 49 láminas sueltas, algunas de ellas preciosas cromolitografías. Así unos como otras son reproducciones, ya existentes en los museos principales de Europa ó ya en los templos, palacios y establecimientos artísticos, de las obras maestras de los más famosos pintores y escultores de todas las épocas y de todos los países, y en su totalidad tomadas de fotografías que las dan el carácter de la más perfecta autenticidad y que hacen de esta sección la colección más completa, escogida y fidedigna de dicha clase de obras que pueda apetecerse. El tomo de la HISTORIA DE LA PINTURA Y ESCULTURA, que se puede adquirir con independencia de los demás de que consta la obra, cuesta setenta y cinco pesetas, lujosamente encuadernado, con la facilidad de pagar su importe en plazos mensuales.

**HISTORIA GENERAL DEL TRAJE.** — Forma dos tomos, que constan de 300 páginas de texto y de doscientas cuarenta bellísimas cromolitografías, las cuales contienen millares de figuras, en las que se puede apreciar la indumentaria desde las épocas más primitivas hasta nuestros días, las prendas del traje, toscas y rudimentarias en un principio, elegantes, lujosas y aun complicadas en épocas recientes, y lo mismo las usadas en remotos países que las vestidas por los que siguen los refinamientos de la moda. Constituyen, por tanto, el más copioso manantial de donde pueden sacar datos el pintor, el artista dramático, el escultor, el historiador, sin recelo de incurrir en error alguno, pues todas las figuras, así como los accesorios que las acompañan en punto á armas, utensilios domésticos, etc., están sacados de documentos, esculturas y monumentos rigurosamente auténticos, y por consiguiente ninguno de ellos se debe al capricho ó á la imaginación del autor, el celebrado FEDERICO HOTTENROTH, que es una verdadera competencia en el asunto. Los dos tomos de la HISTORIA DEL TRAJE se venden, artísticamente encuadernados, al precio de ciento quince pesetas, que asimismo pueden ser pagadas en plazos mensuales.

**HISTORIA DEL MUEBLE. TEJIDO, BORDADO Y TAPIZ, METALISTERÍA, CERÁMICA Y VIDRIOS.** — Se halla en publicación esta interesante parte de nuestro libro, que, como las anteriores, va ilustrada con numerosos y perfectos grabados que representan los mejores tipos de los muebles, tejidos, bordados y tapices, objetos de metal, de loza, porcelana y vidrio de todas las épocas. En breve quedará terminado el tomo que la constituye, y entonces podremos anunciar su precio.

**LA ORNAMENTACIÓN.** — Estudio analítico de los elementos que la integran y sintético de sus diferentes evoluciones á través de los principales estilos, por D. FEDERICO CAJAL Y PUEYO, ilustrada con 115 láminas tiradas aparte y variedad de grabados intercalados en el texto.

**HISTORIA DE LA ARQUITECTURA.** — Van publicados de esta sección 93 pliegos. Suspendida por espacio de algún tiempo esta parte de la HISTORIA DEL ARTE por causas completamente ajenas á nuestra voluntad, muy en breve proseguiremos su publicación, pues hemos conseguido allanar las dificultades que á ello se oponían.

Se admiten suscripciones por cuadernos semanales, al precio de seis reales uno, remitiéndose prospectos á quien lo solicitare.



**UNGUENTO ROJO MÉRÉ**  
CURACION RÁPIDA Y SEGURA DE LAS  
Cojeras • Alcance • Esguinces • Agriones  
Infiltraciones y Derrames articulares  
Corvazas • Sobrehuesos y Esparavanes  
Los efectos de este medicamento pueden graduarse a voluntad, sin que ocasione la caída del pelo ni deje cicatrices indelebiles; sus resultados beneficiosos se estendien á todos los animales.

**BLACK MIXTURE MÉRÉ**  
BALSAMO CICATRIZANTE  
Para toda clase de Heridas y Mataruras de los Animales.  
EN TODAS LAS DROGUERIAS

**CEREBRINA**  
REMEDIO SEGURO CONTRA LAS  
**JAQUECAS y NEURALGIAS**  
Suprime los Cólicos periódicos  
E FOURNIER Farm<sup>a</sup>. 114, Rue de Provence, 11 PARIS  
En MADRID, Melchor GARCIA, y todas farmacias.  
Desconfiar de las Imitaciones.



**AVISO Á LAS SEÑORAS**  
**EL ANIOL** DE LOS  
**JORET y HOMOLLE**  
CURA  
LOS DOLORES, REÍARDOS,  
SUPPRESSIONES DE LOS  
MENSTRUOS  
FABRIANT 150 R. RIVOLI  
PARIS  
Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

MEDICACION TÓNICA  
**PILDORAS y JARABE**  
DE  
**BLANCARD**  
Con ioduro de Hierro inalterable

**ANEMIA**  
**COLORES PÁLIDOS**  
**RAQUITISMO**  
**ESCRÓFULOS**  
**TUMORES BLANCOS**  
etc., etc.

Exijase la firma y el sello de garantía.

**PARIS**  
40, rue Bonaparte, 40

**LA SAGRADA BIBLIA**  
EDICIÓN ILUSTRADA  
á 10 céntimos de peseta la entrega de 16 páginas  
Se envían prospectos á quien los solicite dirigiéndose á los Sres. Montaner y Simón, editores

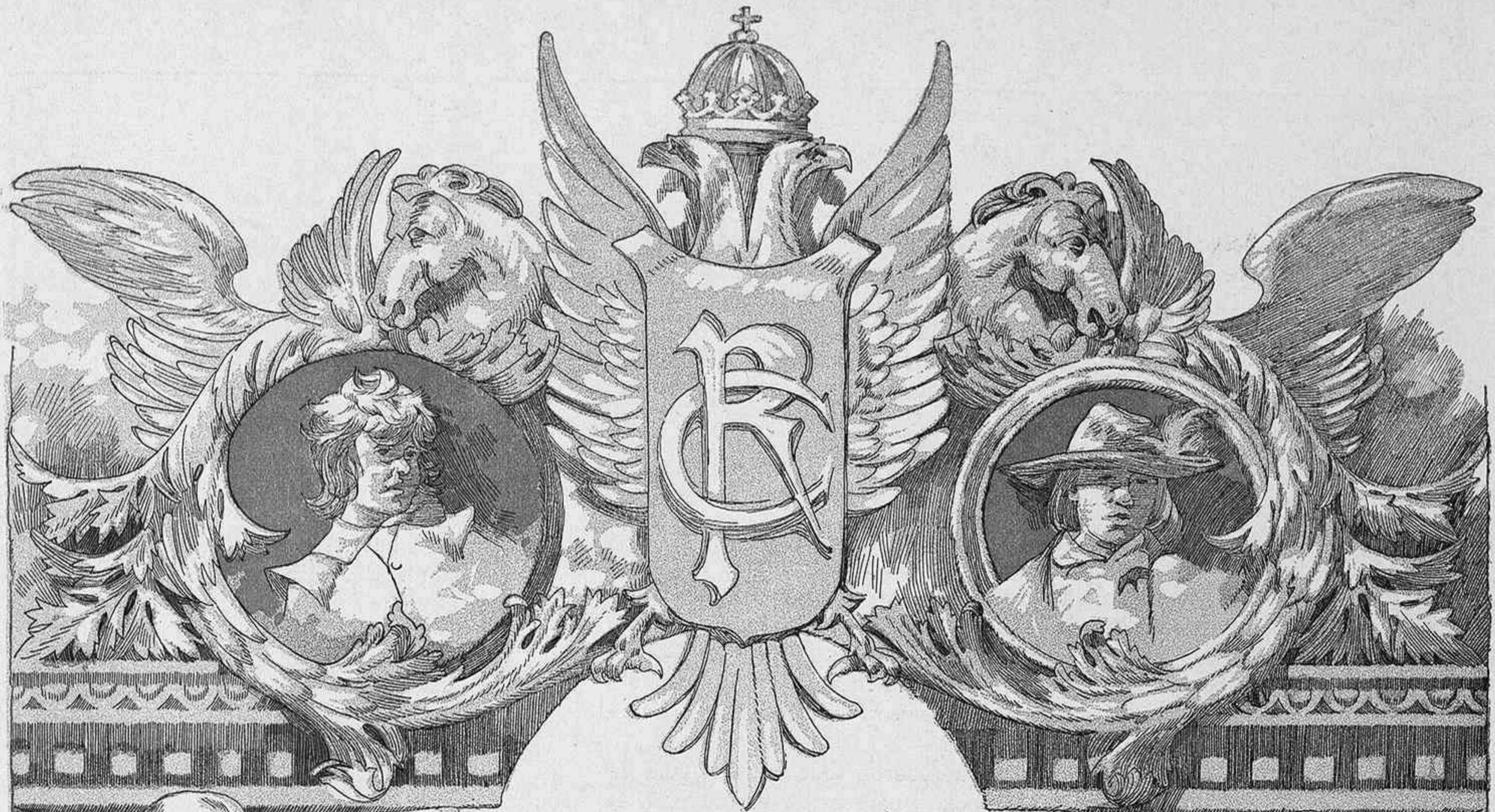
**REMEDIO de ABISINIA EXIBARD**  
En Polvos y Cigarrillos  
Alivia y Cura CATARRO,  
BRONQUITIS,  
OPRESIÓN  
**ASMA**  
y toda afección  
Espasmódica  
de las vías respiratorias.  
25 años de éxito, Med. Oro y Plata  
J. PHARR y C<sup>o</sup>, Vicos, 102, R. Richelieu, Paris



**PATE ÉPILATOIRE DUSSEY**

destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. 50 Años de Éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparación. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empleese el PILLORE DUSSEY, 1, rue J.-J. Rousseau, Paris.





# La Ilustración Artística

AÑO XVI. BARCELONA 4 DE ENERO DE 1897. NÚM. 784

## RINCONETE Y CORTADILLO

POR

MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA

**E**N la venta del Molinillo, que está puesta en los fines de los famosos campos de Alcudia, como vamos de Castilla á la Andalucía, un día de los calorosos del verano se hallaron en ella acaso dos muchachos de hasta edad de catorce á quince años el uno, y el otro no pasaba de diez y siete: ambos de buena gracia, pero muy descosidos, rotos y maltratados; capa no la tenían, los calzones eran de lienzo, y las medias de carne; bien es verdad que lo enmendaban los zapatos, porque los del uno eran alpargates tan traídos como llevados, y los del otro picados y sin suelas, de manera que más le servían de cormas, que de zapatos: traía el uno montera verde de cazador, el otro un sombrero sin toquilla, bajo de copa y ancho de falda: á la espalda y ceñida por los pechos traía uno una camisa de color de camuza, encerrada y recogida toda en una manga: el otro venía escueto y sin alforjas, puesto que en el seno se le parecía un gran bulto, que á lo que después pareció, era un cuello de los que llaman valonas almidonadas, almidonado con grasa, y tan deshilado de roto, que todo parecía hilachas: venían en él envueltos y guardados unos naipes de figura ovada, porque de ejercitarlos, se les habían gastado las puntas, y porque durasen más, se las cercenaron y los dejaron de aquel talle: estaban los dos quemados del sol, las uñas caireladas, y las manos no muy limpias: el uno tenía una media espada, y el otro un cuchillo de cachas amarillas, que los suelen llamar vaqueros.

Saliéronse los dos á sestear en un portal ó cobertizo que delante de la venta se hace, y sentándose frontero el uno del otro, el que parecía de más edad dijo al más pequeño:

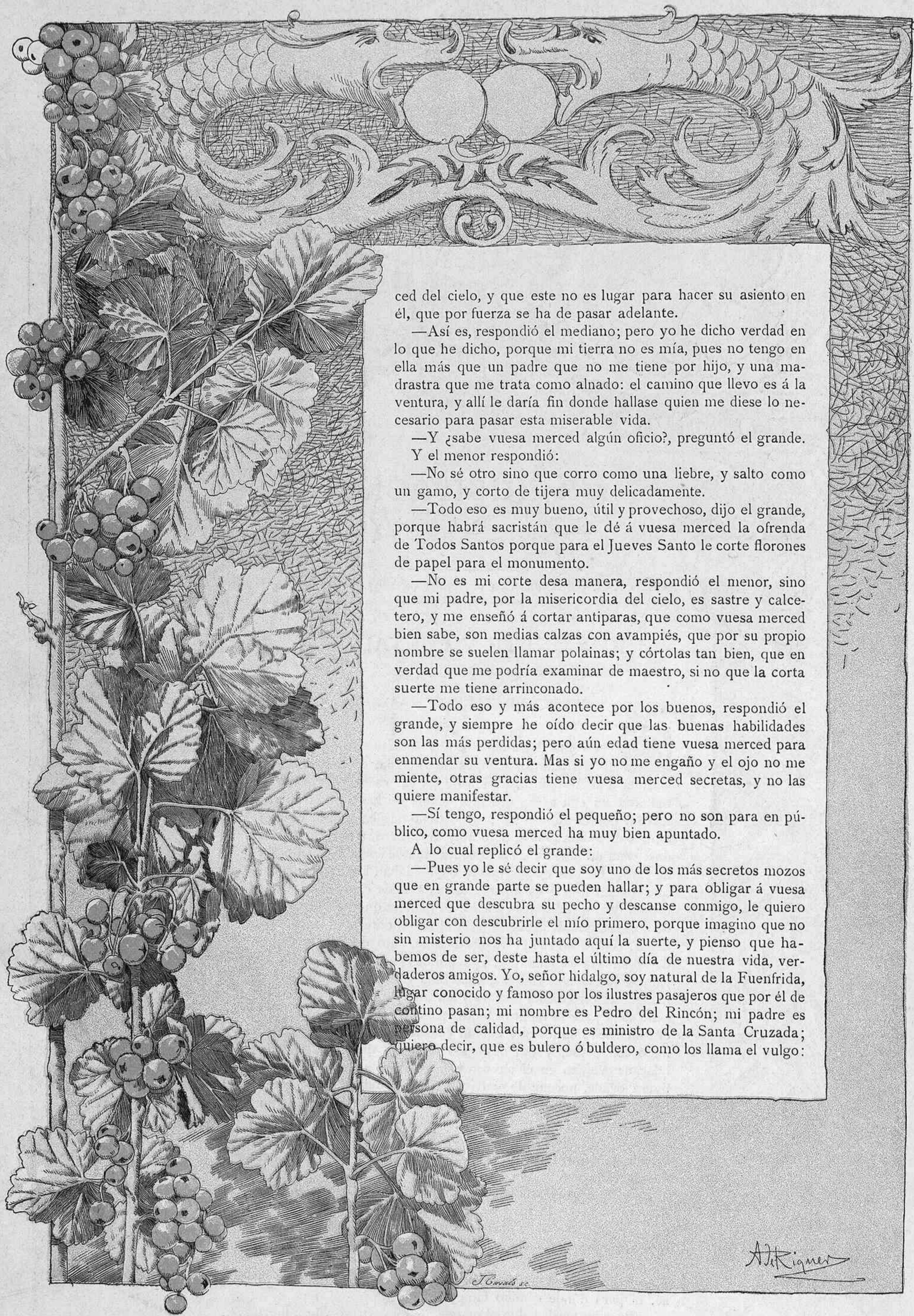
—¿De qué tierra es vuesa merced, señor gentilhombré, y para dónde bueno camina?

—Mi tierra, señor caballero, respondió el preguntado, no la sé, ni para dónde camino tampoco.

—Pues en verdad, dijo el mayor, que no parece vuesa mer-



A. Riqueros



ced del cielo, y que este no es lugar para hacer su asiento en él, que por fuerza se ha de pasar adelante.

—Así es, respondió el mediano; pero yo he dicho verdad en lo que he dicho, porque mi tierra no es mía, pues no tengo en ella más que un padre que no me tiene por hijo, y una madrastra que me trata como ahnado: el camino que llevo es á la ventura, y allí le daría fin donde hallase quien me diese lo necesario para pasar esta miserable vida.

—Y ¿sabe vuesa merced algún oficio?, preguntó el grande. Y el menor respondió:

—No sé otro sino que corro como una liebre, y salto como un gamo, y corto de tijera muy delicadamente.

—Todo eso es muy bueno, útil y provechoso, dijo el grande, porque habrá sacristán que le dé á vuesa merced la ofrenda de Todos Santos porque para el Jueves Santo le corte florones de papel para el monumento.

—No es mi corte desa manera, respondió el menor, sino que mi padre, por la misericordia del cielo, es sastre y calcetero, y me enseñó á cortar antiparas, que como vuesa merced bien sabe, son medias calzas con avampiés, que por su propio nombre se suelen llamar polainas; y córtolas tan bien, que en verdad que me podría examinar de maestro, si no que la corta suerte me tiene arrinconado.

—Todo eso y más acontece por los buenos, respondió el grande, y siempre he oído decir que las buenas habilidades son las más perdidas; pero aún edad tiene vuesa merced para enmendar su ventura. Mas si yo no me engaño y el ojo no me miente, otras gracias tiene vuesa merced secretas, y no las quiere manifestar.

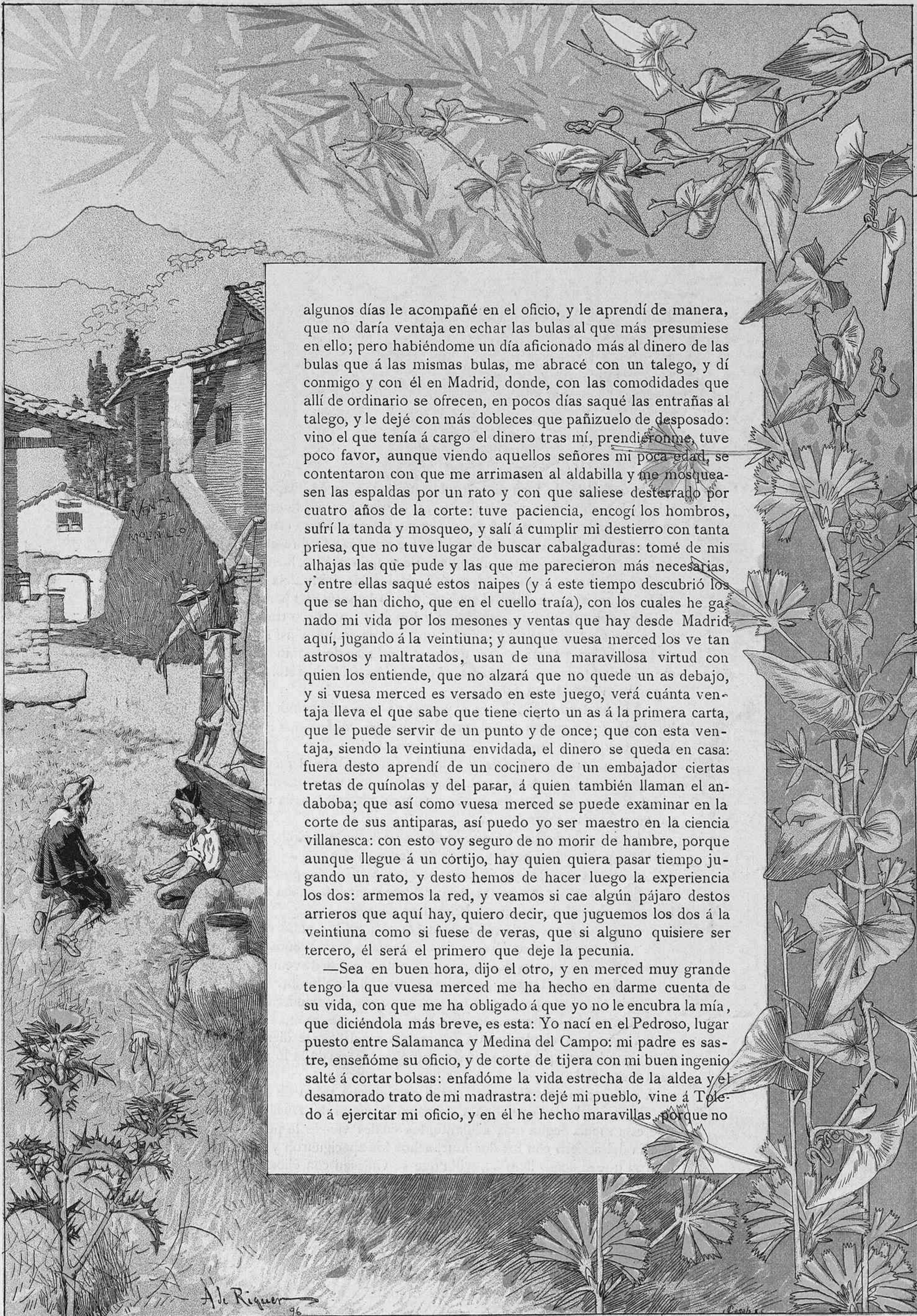
—Sí tengo, respondió el pequeño; pero no son para en público, como vuesa merced ha muy bien apuntado.

A lo cual replicó el grande:

—Pues yo le sé decir que soy uno de los más secretos mozos que en grande parte se pueden hallar; y para obligar á vuesa merced que descubra su pecho y descanse conmigo, le quiero obligar con descubrirle el mío primero, porque imagino que no sin misterio nos ha juntado aquí la suerte, y pienso que habemos de ser, deste hasta el último día de nuestra vida, verdaderos amigos. Yo, señor hidalgo, soy natural de la Fuenfrida, lugar conocido y famoso por los ilustres pasajeros que por él de continuo pasan; mi nombre es Pedro del Rincón; mi padre es persona de calidad, porque es ministro de la Santa Cruzada; quiero decir, que es bulero ó buldero, como los llama el vulgo:

J. G. B. 80

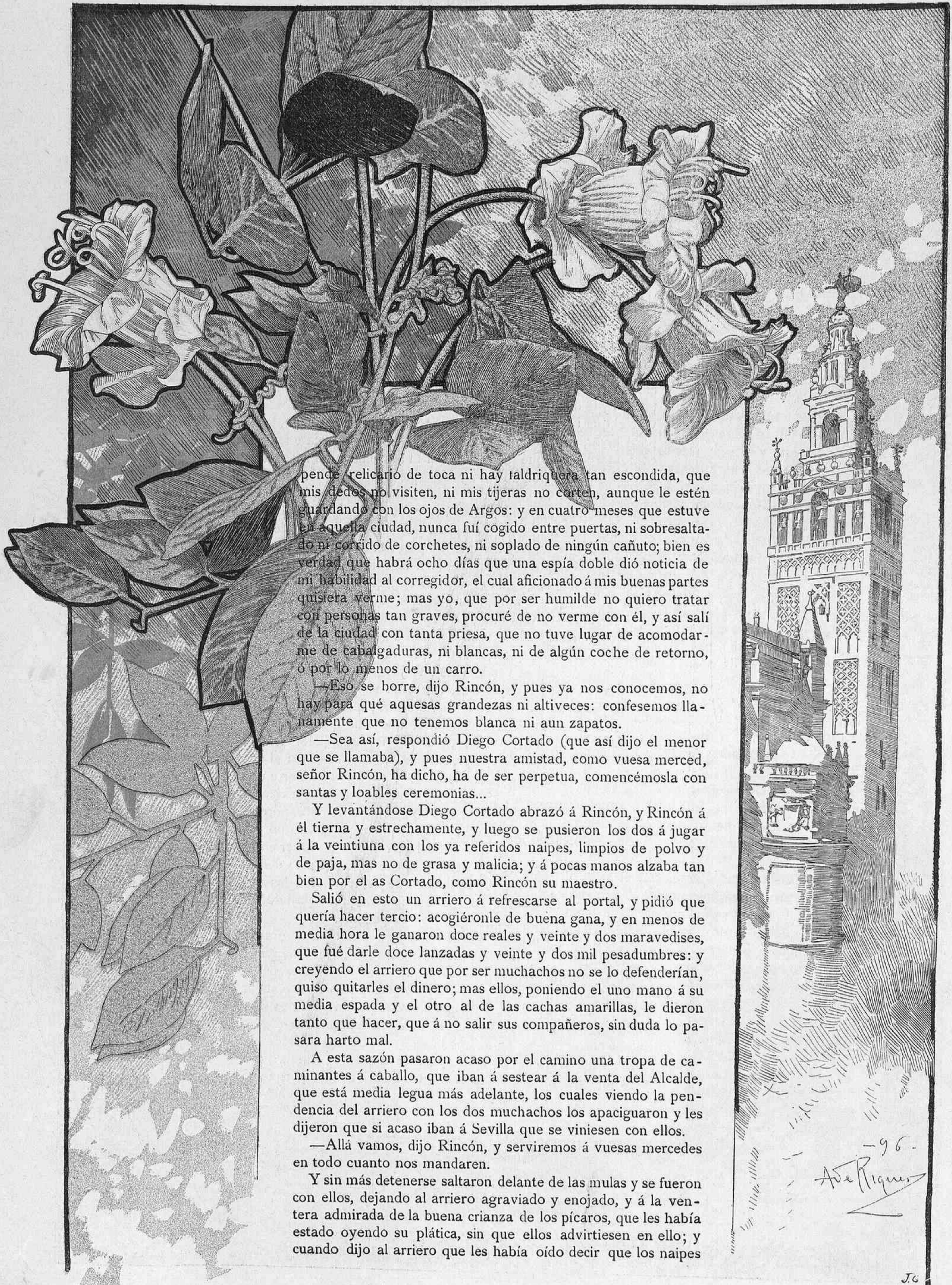
A. Riquier



algunos días le acompañé en el oficio, y le aprendí de manera, que no daría ventaja en echar las bulas al que más presumiese en ello; pero habiéndome un día aficionado más al dinero de las bulas que á las mismas bulas, me abracé con un talego, y dí conmigo y con él en Madrid, donde, con las comodidades que allí de ordinario se ofrecen, en pocos días saqué las entrañas al talego, y le dejé con más dobleces que pañizuelo de desposado: vino el que tenía á cargo el dinero tras mí, prendieronme, tuve poco favor, aunque viendo aquellos señores mi poca edad, se contentaron con que me arrimasen al aldabilla y me mosqueasen las espaldas por un rato y con que saliese desterrado por cuatro años de la corte: tuve paciencia, encogí los hombros, sufrí la tanda y mosqueo, y salí á cumplir mi destierro con tanta priesa, que no tuve lugar de buscar cabalgaduras: tomé de mis alhajas las que pude y las que me parecieron más necesarias, y entre ellas saqué estos naipes (y á este tiempo descubrió los que se han dicho, que en el cuello traía), con los cuales he ganado mi vida por los mesones y ventas que hay desde Madrid aquí, jugando á la veintiuna; y aunque vuesa merced los ve tan astrosos y maltratados, usan de una maravillosa virtud con quien los entiende, que no alzaré que no quede un as debajo, y si vuesa merced es versado en este juego, verá cuánta ventaja lleva el que sabe que tiene cierto un as á la primera carta, que le puede servir de un punto y de once; que con esta ventaja, siendo la veintiuna envidada, el dinero se queda en casa: fuera desto aprendí de un cocinero de un embajador ciertas tretas de quínolas y del parar, á quien también llaman el andaboba; que así como vuesa merced se puede examinar en la corte de sus antiparas, así puedo yo ser maestro en la ciencia villanesca: con esto voy seguro de no morir de hambre, porque aunque llegue á un córtijo, hay quien quiera pasar tiempo jugando un rato, y desto hemos de hacer luego la experiencia los dos: armemos la red, y veamos si cae algún pájaro destos arrieros que aquí hay, quiero decir, que juguemos los dos á la veintiuna como si fuese de veras, que si alguno quisiere ser tercero, él será el primero que deje la pecunia.

—Sea en buen hora, dijo el otro, y en merced muy grande tengo la que vuesa merced me ha hecho en darme cuenta de su vida, con que me ha obligado á que yo no le encubra la mía, que diciéndola más breve, es esta: Yo nací en el Pedroso, lugar puesto entre Salamanca y Medina del Campo: mi padre es sastre, enseñóme su oficio, y de corte de tijera con mi buen ingenio salté á cortar bolsas: enfadóme la vida estrecha de la aldea y el desamorado trato de mi madrastra: dejé mi pueblo, vine á Toledo á ejercitar mi oficio, y en él he hecho maravillas, porque no

Alc. Riquer 96



pende relicario de toca ni hay taldriquera tan escondida, que mis dedos no visiten, ni mis tijeras no corten, aunque le estén guardando con los ojos de Argos: y en cuatro meses que estuve en aquella ciudad, nunca fuí cogido entre puertas, ni sobresaltado ni corrido de corchetes, ni soplado de ningún cañuto; bien es verdad que habrá ocho días que una espía doble dió noticia de mi habilidad al corregidor, el cual aficionado á mis buenas partes quisiera verme; mas yo, que por ser humilde no quiero tratar con personas tan graves, procuré de no verme con él, y así salí de la ciudad con tanta prisa, que no tuve lugar de acomodarme de cabalgaduras, ni blancas, ni de algún coche de retorno, ó por lo menos de un carro.

—Eso se horre, dijo Rincón, y pues ya nos conocemos, no hay para qué aquesas grandezas ni altiveces: confesemos llanamente que no tenemos blanca ni aun zapatos.

—Sea así, respondió Diego Cortado (que así dijo el menor que se llamaba), y pues nuestra amistad, como vuesa merced, señor Rincón, ha dicho, ha de ser perpetua, comencémosla con santas y loables ceremonias...

Y levantándose Diego Cortado abrazó á Rincón, y Rincón á él tierna y estrechamente, y luego se pusieron los dos á jugar á la veintiuna con los ya referidos naipes, limpios de polvo y de paja, mas no de grasa y malicia; y á pocas manos alzaba tan bien por el as Cortado, como Rincón su maestro.

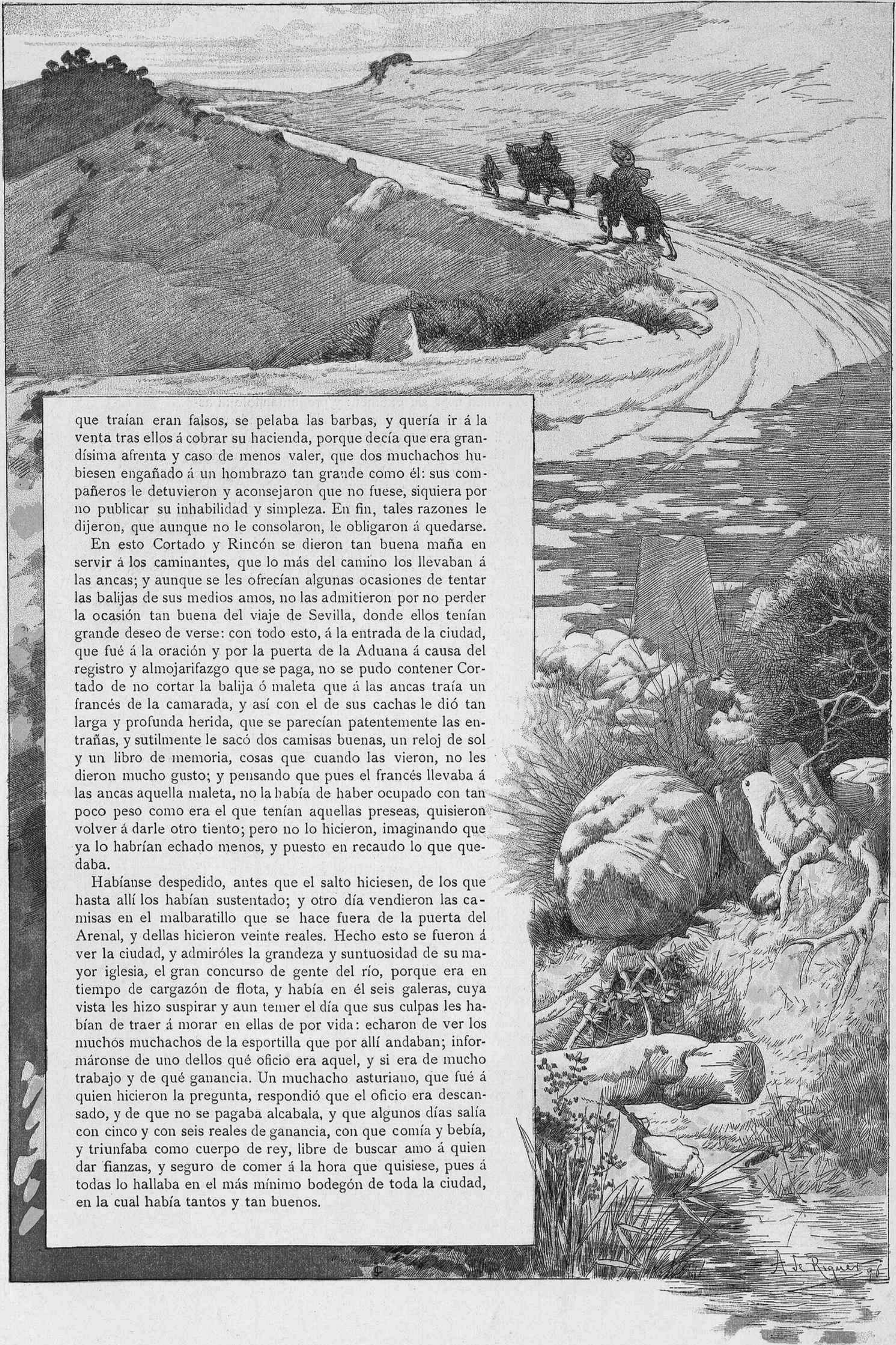
Salió en esto un arriero á refrescarse al portal, y pidió que quería hacer tercio: acogiéronle de buena gana, y en menos de media hora le ganaron doce reales y veinte y dos maravedises, que fué darle doce lanzadas y veinte y dos mil pesadumbres: y creyendo el arriero que por ser muchachos no se lo defenderían, quiso quitarles el dinero; mas ellos, poniendo el uno mano á su media espada y el otro al de las cachas amarillas, le dieron tanto que hacer, que á no salir sus compañeros, sin duda lo pasara harto mal.

A esta sazón pasaron acaso por el camino una tropa de caminantes á caballo, que iban á sestear á la venta del Alcalde, que está media legua más adelante, los cuales viendo la pendencia del arriero con los dos muchachos los apaciguaron y les dijeron que si acaso iban á Sevilla que se viniesen con ellos.

—Allá vamos, dijo Rincón, y serviremos á vuestas mercedes en todo cuanto nos mandaren.

Y sin más detenerse saltaron delante de las mulas y se fueron con ellos, dejando al arriero agraviado y enojado, y á la ventera admirada de la buena crianza de los pícaros, que les había estado oyendo su plática, sin que ellos advirtiesen en ello; y cuando dijo al arriero que les había oído decir que los naipes

-96-  
Ave Riquies

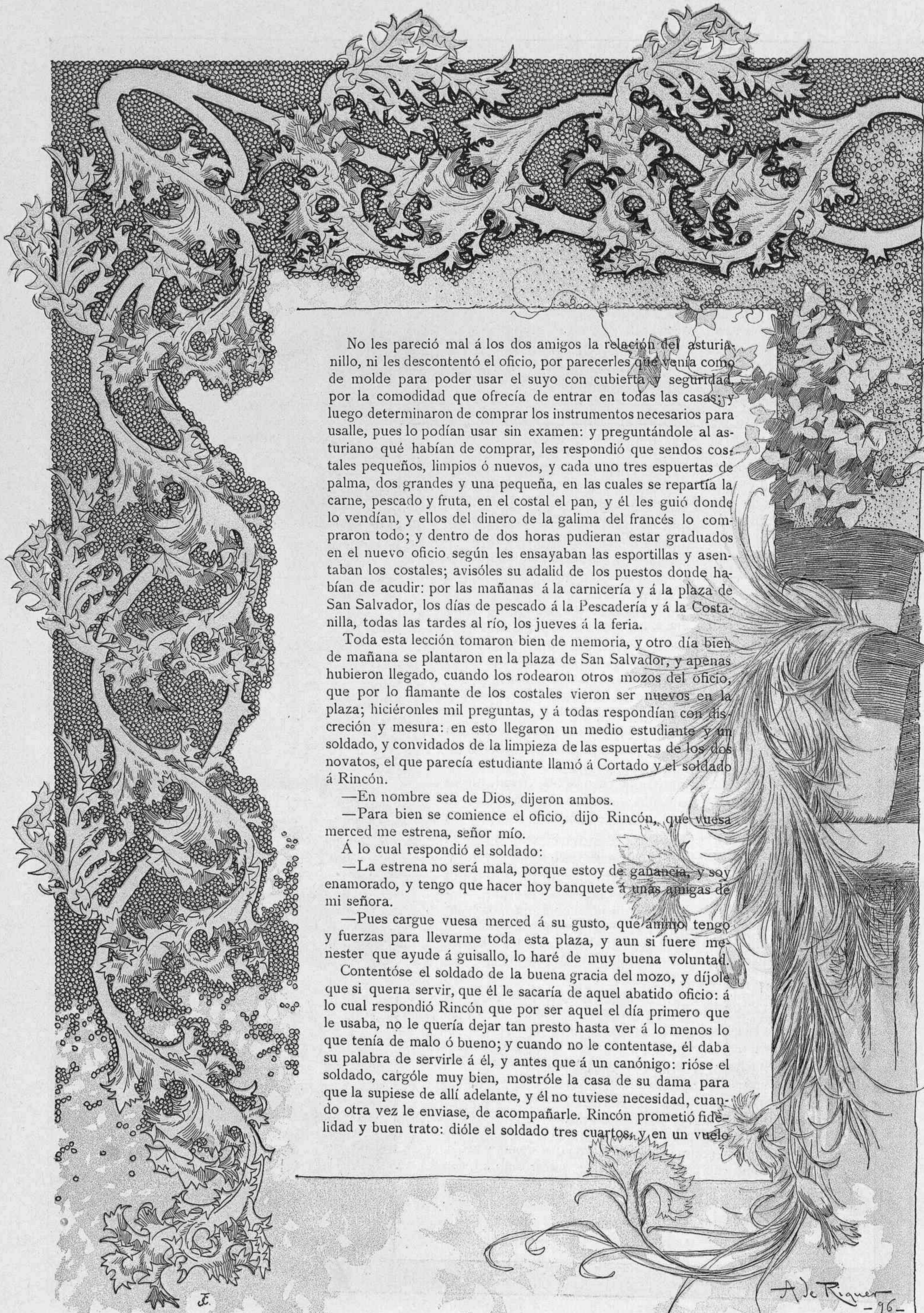


que traían eran falsos, se pelaba las barbas, y quería ir á la venta tras ellos á cobrar su hacienda, porque decía que era grandísima afrenta y caso de menos valer, que dos muchachos hubiesen engañado á un hombrazo tan grande como él: sus compañeros le detuvieron y aconsejaron que no fuese, siquiera por no publicar su inhabilidad y simpleza. En fin, tales razones le dijeron, que aunque no le consolaron, le obligaron á quedarse.

En esto Cortado y Rincón se dieron tan buena maña en servir á los caminantes, que lo más del camino los llevaban á las ancas; y aunque se les ofrecían algunas ocasiones de tentar las balijas de sus medios amos, no las admitieron por no perder la ocasión tan buena del viaje de Sevilla, donde ellos tenían grande deseo de verse: con todo esto, á la entrada de la ciudad, que fué á la oración y por la puerta de la Aduana á causa del registro y almojarifazgo que se paga, no se pudo contener Cortado de no cortar la balija ó maleta que á las ancas traía un francés de la camarada, y así con el de sus cachas le dió tan larga y profunda herida, que se parecían patentemente las entrañas, y sutilmente le sacó dos camisas buenas, un reloj de sol y un libro de memoria, cosas que cuando las vieron, no les dieron mucho gusto; y pensando que pues el francés llevaba á las ancas aquella maleta, no la había de haber ocupado con tan poco peso como era el que tenían aquellas preseas, quisieron volver á darle otro tiento; pero no lo hicieron, imaginando que ya lo habrían echado menos, y puesto en recaudo lo que quedaba.

Habíanse despedido, antes que el salto hiciesen, de los que hasta allí los habían sustentado; y otro día vendieron las camisas en el malbaratillo que se hace fuera de la puerta del Arenal, y dellas hicieron veinte reales. Hecho esto se fueron á ver la ciudad, y admiróles la grandeza y suntuosidad de su mayor iglesia, el gran concurso de gente del río, porque era en tiempo de cargazón de flota, y había en él seis galeras, cuya vista les hizo suspirar y aun temer el día que sus culpas les habían de traer á morar en ellas de por vida: echaron de ver los muchos muchachos de la esportilla que por allí andaban; informáronse de uno dellos qué oficio era aquel, y si era de mucho trabajo y de qué ganancia. Un muchacho asturiano, que fué á quien hicieron la pregunta, respondió que el oficio era descansado, y de que no se pagaba alcabala, y que algunos días salía con cinco y con seis reales de ganancia, con que comía y bebía, y triunfaba como cuerpo de rey, libre de buscar amo á quien dar fianzas, y seguro de comer á la hora que quisiese, pues á todas lo hallaba en el más mínimo bodegón de toda la ciudad, en la cual había tantos y tan buenos.

A. de Riquer 96



No les pareció mal á los dos amigos la relación del asturiano, ni les descontentó el oficio, por parecerles que venía como de molde para poder usar el suyo con cubierta y seguridad por la comodidad que ofrecía de entrar en todas las casas; y luego determinaron de comprar los instrumentos necesarios para usalle, pues lo podían usar sin examen: y preguntándole al asturiano qué habían de comprar, les respondió que sendos costales pequeños, limpios ó nuevos, y cada uno tres espuertas de palma, dos grandes y una pequeña, en las cuales se repartía la carne, pescado y fruta, en el costal el pan, y él les guió donde lo vendían, y ellos del dinero de la galima del francés lo compraron todo; y dentro de dos horas pudieran estar graduados en el nuevo oficio según les ensayaban las esportillas y asentaban los costales; avisóles su adalid de los puestos donde habían de acudir: por las mañanas á la carnicería y á la plaza de San Salvador, los días de pescado á la Pescadería y á la Costanilla, todas las tardes al río, los jueves á la feria.

Toda esta lección tomaron bien de memoria, y otro día bien de mañana se plantaron en la plaza de San Salvador, y apenas hubieron llegado, cuando los rodearon otros mozos del oficio, que por lo flamante de los costales vieron ser nuevos en la plaza; hicieronles mil preguntas, y á todas respondían con discreción y mesura: en esto llegaron un medio estudiante y un soldado, y convidados de la limpieza de las espuertas de los dos novatos, el que parecía estudiante llamó á Cortado y el soldado á Rincón.

—En nombre sea de Dios, dijeron ambos.

—Para bien se comience el oficio, dijo Rincón, que vuesa merced me estrena, señor mío.

Á lo cual respondió el soldado:

—La estrena no será mala, porque estoy de ganancia, y soy enamorado, y tengo que hacer hoy banquete á unas amigas de mi señora.

—Pues cargue vuesa merced á su gusto, que á mi tengo y fuerzas para llevarme toda esta plaza, y aun si fuere menester que ayude á guisallo, lo haré de muy buena voluntad.

Contentóse el soldado de la buena gracia del mozo, y díjole que si quería servir, que él le sacaría de aquel abatido oficio: á lo cual respondió Rincón que por ser aquel el día primero que le usaba, no le quería dejar tan presto hasta ver á lo menos lo que tenía de malo ó bueno; y cuando no le contentase, él daba su palabra de servirle á él, y antes que á un canónigo: rióse el soldado, cargóle muy bien, mostróle la casa de su dama para que la supiese de allí adelante, y él no tuviese necesidad, cuando otra vez le enviase, de acompañarle. Rincón prometió fidelidad y buen trato: dióle el soldado tres cuartos, y en un vuelo

volvió á la plaza por no perder coyuntura; porque también desta diligencia les advirtió el asturiano, y de que cuando llevasen pescado menudo, conviene á saber, albures, ó sardinas, ó acedías, bien podían tomar algunas, y hacerlas la salva siquiera para el gasto de aquel día; pero que esto había de ser con toda sagacidad y advertimiento, porque no se perdiese el crédito, que era lo que más importaba en aquel ejercicio.

Por presto que volvió Rincón, ya halló en el mismo puesto á Cortado. Llegóse Cortado á Rincón, y preguntóle que cómo le había ido. Rincón abrió la mano, y mostróle los tres cuartos. Cortado entró la suya en el seno, y sacó una bolsilla que mostraba haber sido de ámbar en los pasados tiempos; venía algo hinchada, y dijo:

—Con esta me pagó su reverencia del estudiante y con dos cuartos más; tomadla vos, Rincón, por lo que puede suceder.

Y habiéndosela ya dado secretamente, veis aquí do vuelve el estudiante trasudando y turbado de muerte, y viendo á Cortado le dijo si acaso había visto una bolsa de tales y tales señas, que con quince escudos de oro en oro, y con tres reales de á dos, y tantos maravedís en cuartos y en ochavos le faltaba, y que le dijese si la había tomado en el entretanto que con él había andado comprando. A lo cual con extraño disimulo, sin alterarse ni mudarse en nada, respondió Cortado:

—Lo que yo sabré decir desa bolsa es que no debe de estar perdida, si ya no es que vuesa merced la puso á mal recaudo.

—Eso es ello, pecador de mí, respondió el estudiante, que la debí de poner á mal recaudo, pues me la hurtaron.

—Lo mismo digo yo, dijo Cortado; pero para todo hay remedio, si no es para la muerte, y el que vuesa merced podrá tomar es lo primero y principal tener paciencia, que de menos nos hizo Dios, y un día viene tras otro día, y donde las dan las toman, y podría ser que con el tiempo el que llevó la bolsa se viniese á arrepentir y se la volviese á vuestra merced sahumada.

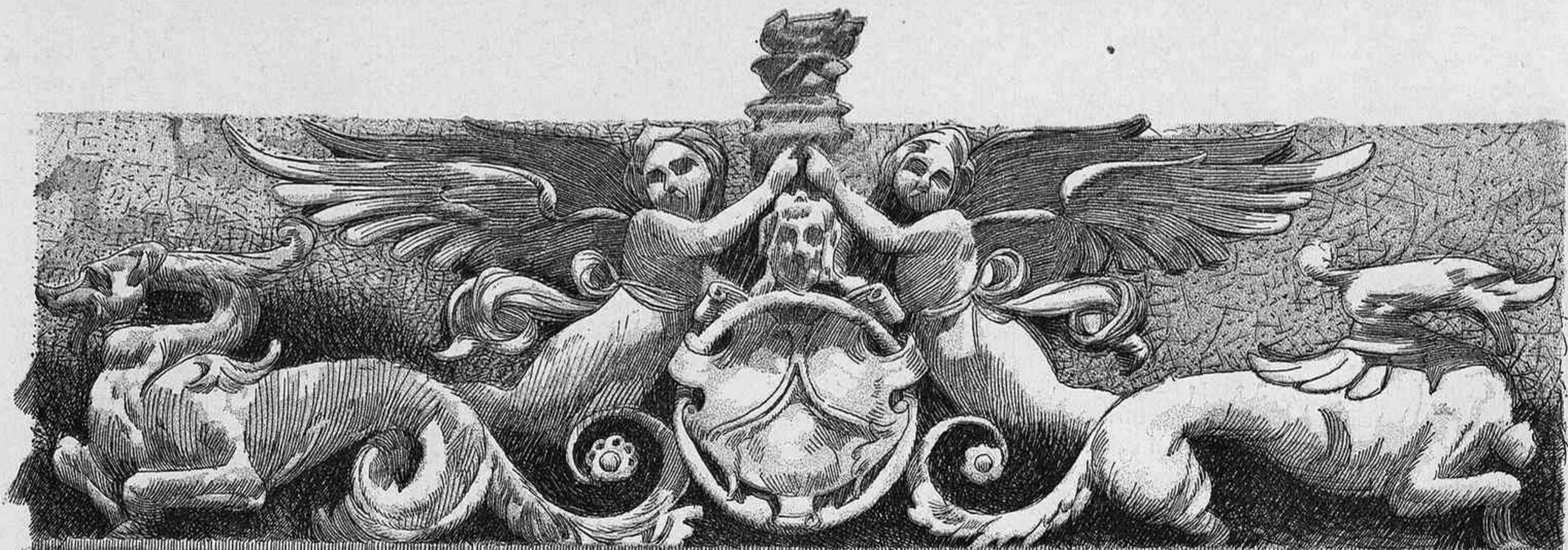
—El sahumario le perdonaríamos, respondió el estudiante. Y Cortado prosiguió diciendo:

—Cuanto más que cartas de descomunióon hay paulinas, y buena diligencia, que es madre de la buenaventura, aunque á la verdad no quisiera yo ser el llevador de la bolsa, porque si es que vuesa merced tiene alguna orden sacra, parecermeía á mí que había cometido algún grande incesto ó sacrilegio.

—Y ¿cómo que ha cometido sacrilegio?, dijo á esto adolorido el estudiante; que puesto caso que yo no soy sacerdote, sino sacristán de unas monjas, el dinero de la bolsa era del tercio de una capellanía que me dió á cobrar un sacerdote amigo mío, y es dinero sagrado y bendito.

—Con su pan se lo coma, dijo Rincón á este punto, no le arriendo la ganancia, día de juicio hay donde todo saldrá, como





dicen, en la colada, y entonces se verá quién fué Callejas, y el atrevido que se atrevió á tomar, hurtar y menoscabar el tercio de la capellanía: y ¿cuánto renta cada año, dígame, señor sacristán, por su vida?

—Renta la puta que me parió; y ¡estoy yo agora para decir lo que renta!, respondió el sacristán con algún tanto de demasiada cólera: decidme, hermano, si sabéis algo, si no quedad con Dios, que yo la quiero hacer pregonar.

—No me parece mal remedio ese, dijo Cortado, pero advierta vuesa merced no se le olviden las señas de la bolsa, ni la cantidad puntualmente del dinero que va en ella, que si yerra en un ardite, no parecerá en días del mundo, y esto le doy por hado.

—No hay que temer deso, respondió el sacristán, que lo tengo más en la memoria que el tocar de las campanas: no me erraré en un átomo.

Sacó en esto de la faldriquera un pañuelo randado para limpiarse el sudor que llovía de su rostro como de alquitara; y apenas le hubo visto Cortado, cuando le marcó por suyo; y habiéndose ido el sacristán, Cortado le siguió y le alcanzó en las gradas, donde le llamó y le retiró á una parte, y allí le comenzó á decir tantos disparates al modo de lo que llaman bernardinas, cerca del hurto y hallazgo de su bolsa, dándole buenas esperanzas, sin concluir jamás razón que comenzase, que el pobre sacristán estaba embelesado escuchándole; y como no acababa de entender lo que le decía, hacía que le repitiese la razón dos y tres veces. Estáble mirando Cortado á la cara atentamente, y no quitaba los ojos de sus ojos: el sacristán le miraba de la misma manera, estando colgado de sus palabras: este tan grande embelesamiento dió lugar á Cortado que concluyese su obra y sutilmente le sacó el pañuelo de la faldriquera, y despidiéndose dél, le dijo que á la tarde procurase de verle en aquel mismo lugar, porque él traía entre ojos que un muchacho de su mismo oficio y de su mismo tamaño, que era algo la noncillo, le había tomado la bolsa, y que él se obligaba á saberlo dentro de pocos ó de muchos días.

Con esto se consoló algo el sacristán, y se despidió de Cortado, el cual se vino donde estaba Rincón, que todo lo había visto un poco apartado dél, y más abajo estaba otro mozo de la esportilla que vió todo lo que había pasado, y cómo Cortado daba el pañuelo á Rincón; y llegándose á ellos les dijo:

—Díganme, señores galanes, ¿voacedes son de mala entrada ó no?

—No entendemos esa razón, señor galán, respondió Rincón.

—Qué, ¿no entrevan, señores murcios?, respondió el otro.

—No somos de Teba ni de Murcia, dijo Cortado; si otra cosa quiere, dígala; si no, váyase con Dios.

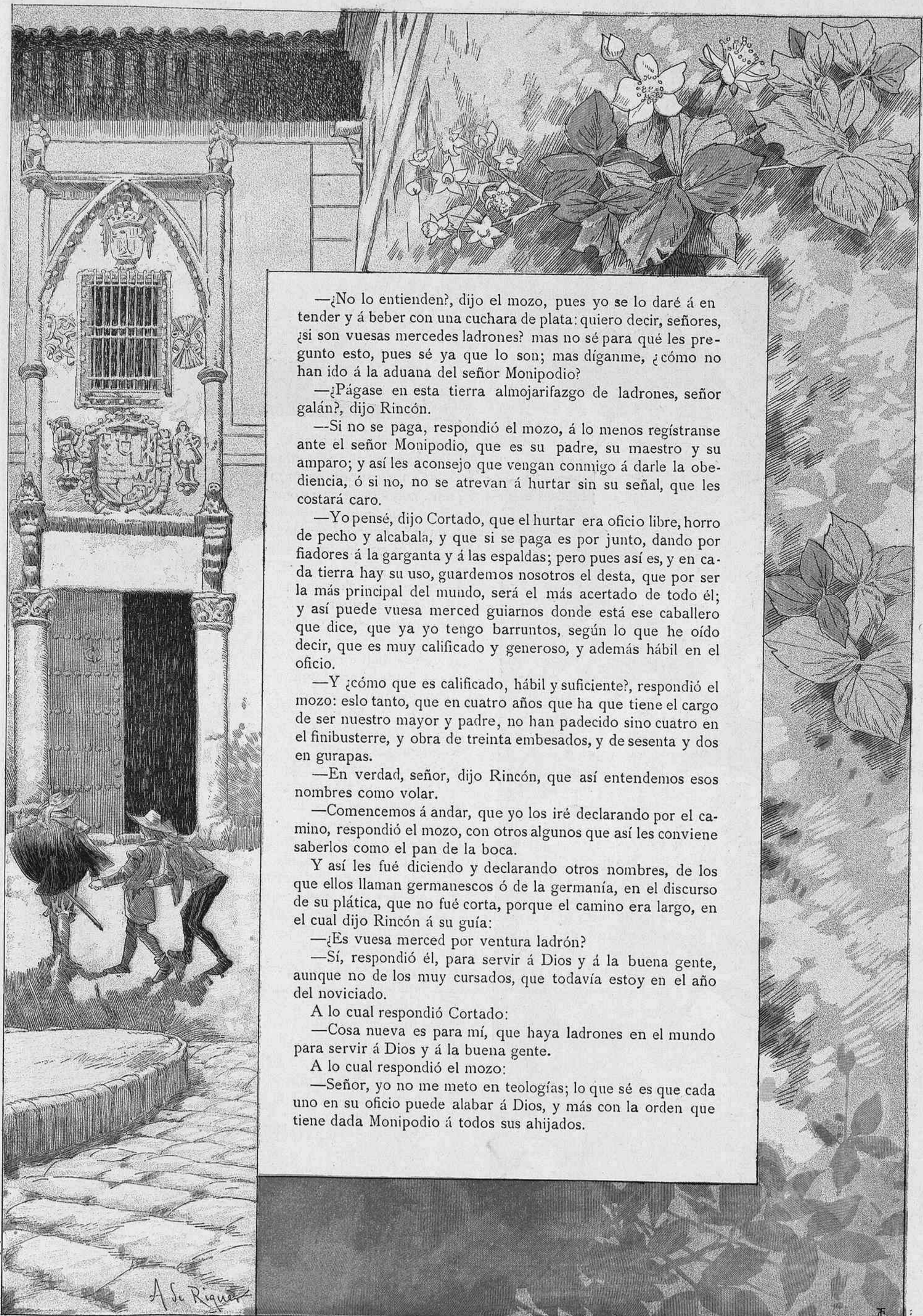


A. J. Reguera

96

www.fondosdearte.com





—¿No lo entienden?, dijo el mozo, pues yo se lo daré á entender y á beber con una cuchara de plata: quiero decir, señores, ¿si son vuestas mercedes ladrones? mas no sé para qué les pregunto esto, pues sé ya que lo son; mas díganme, ¿cómo no han ido á la aduana del señor Monipodio?

—¿Págase en esta tierra almojarifazgo de ladrones, señor galán?, dijo Rincón.

—Si no se paga, respondió el mozo, á lo menos regístranse ante el señor Monipodio, que es su padre, su maestro y su amparo; y así les aconsejo que vengan conmigo á darle la obediencia, ó si no, no se atrevan á hurtar sin su señal, que les costará caro.

—Yo pensé, dijo Cortado, que el hurtar era oficio libre, horro de pecho y alcabala, y que si se paga es por junto, dando por fiadores á la garganta y á las espaldas; pero pues así es, y en cada tierra hay su uso, guardemos nosotros el desta, que por ser la más principal del mundo, será el más acertado de todo él; y así puede vuesa merced guiarnos donde está ese caballero que dice, que ya yo tengo barruntos, según lo que he oído decir, que es muy calificado y generoso, y además hábil en el oficio.

—Y ¿cómo que es calificado, hábil y suficiente?, respondió el mozo: eslo tanto, que en cuatro años que ha que tiene el cargo de ser nuestro mayor y padre, no han padecido sino cuatro en el finibusterre, y obra de treinta embesados, y de sesenta y dos en gurapas.

—En verdad, señor, dijo Rincón, que así entendemos esos nombres como volar.

—Comencemos á andar, que yo los iré declarando por el camino, respondió el mozo, con otros algunos que así les conviene saberlos como el pan de la boca.

Y así les fué diciendo y declarando otros nombres, de los que ellos llaman germanescos ó de la germanía, en el discurso de su plática, que no fué corta, porque el camino era largo, en el cual dijo Rincón á su guía:

—¿Es vuesa merced por ventura ladrón?

—Sí, respondió él, para servir á Dios y á la buena gente, aunque no de los muy cursados, que todavía estoy en el año del noviciado.

A lo cual respondió Cortado:

—Cosa nueva es para mí, que haya ladrones en el mundo para servir á Dios y á la buena gente.

A lo cual respondió el mozo:

—Señor, yo no me meto en teologías; lo que sé es que cada uno en su oficio puede alabar á Dios, y más con la orden que tiene dada Monipodio á todos sus ahijados.

A. de Riquer



—Sin duda, dijo Rincón, debe de ser buena y santa, pues hace que los ladrones sirvan a Dios.

—Es tan santa y buena, replicó el mozo, que no sé yo si se podrá mejorar en nuestro arte. El tiene ordenado que de lo que hurtáremos demos alguna cosa ó limosna para el aceite de la lampara de una imagen muy devota que está en esta ciudad, y en verdad que hemos visto grandes cosas por esta buena obra; porque los dias pasados dieron tres ansias á un cuatrero que había murciado dos roznos, y con estar flaco y cuartanario, así los sufrió sin cantar, como si fueran nada; y esto atribuimos los del arte á su buena devoción, porque sus fuerzas no eran bastantes para sufrir el primer desconcierto del verdugo: y porque sé que me han de preguntar algunos vocablos de los que he dicho, quiero curarme en salud y decírselo antes que me lo pregunten: sepan voacedes que cuatrero es ladrón de bestias: ansia es el tormento: roznos los asnos, hablando con perdón: primer desconcierto es las primeras vueltas de cordel que da el verdugo: tenemos más, que rezamos nuestro rosario repartido en toda la semana, y algunos de nosotros no hurtamos el día del viernes, ni tenemos conversación con mujer que se llame María, el día del sábado.

—De perlas me parece todo eso, dijo Cortado; pero dígame vuesa merced, ¿hácese otra restitución, ó otra penitencia más de la dicha?

—En eso de restituir no hay que hablar, respondió el mozo, porque es cosa imposible por las muchas partes en que se divide lo hurtado, llevando cada uno de los ministros y contrayentes la suya, y así el primer hurtador no puede restituir nada; cuanto más que no hay quien nos mande hacer esta diligencia, á causa que nunca nos confesamos, y si sacan cartas de descomuniación, jamás llegan á nuestra noticia, porque jamás vamos á la iglesia al tiempo que se leen, sino en los días de jubileo, por la ganancia que nos ofrece el concurso de la mucha gente.

—¿Y con sólo eso que hacen, dicen esos señores, dijo Cortado, que su vida es santa y buena?

—Pues ¿qué tiene de mala?, replicó el mozo: ¿no es peor ser hereje ó renegado, ó matar á su padre y madre, ó ser solomico?

—Sodomita querrá decir vuesa merced, respondió Rincón.

—Eso digo, dijo el mozo.

—Todo es malo, replicó Cortado; pero pues nuestra suerte ha querido que entremos en esta cofradía, vuesa merced alargue el paso, que muero por verme con el señor Monipodio, de quien tantas virtudes se cuentan.

—Presto se les cumplirá su deseo, dijo el mozo, que ya desde aquí se descubre su casa: vuestas mercedes se queden á la puerta, que yo entraré á ver si está desocupado, porque estas son las horas cuando él suele dar audiencia.

—En buena sea, dijo Rincón.

Y adelantándose un poco el mozo, entró en una casa no muy buena, sino de muy mala apariencia; y los dos se quedaron esperando á la puerta: él salió luego y los llamó, y ellos entraron, y su guía les mandó esperar en un pequeño patio ladrillado que de puro limpio y aljofifado parecía que vertía carmín de lo más fino: al un lado estaba un banco de tres pies, y al otro un cantaro desbocado, con un jarrillo encima no menos falto que el cántaro: á otra parte estaba una estera de enea, y en el medio un tiesto, que en Sevilla llaman maceta de albahaca.

Miraban los mozos atentamente las alhajas de la casa, en tanto que bajaba el señor Monipodio, y viendo que tardaba, se atrevió Rincón á entrar en una sala baja de dos pequeñas que en el patio estaban, y vió en ella dos espadas de esgrima y dos broqueles de corcho pendientes de cuatro clavos, y una arca grande sin tapa ni cosa que la cubriese, y otras tres esteras de enea tendidas por el suelo: en la pared frontera estaba pegada á la pared una imagen de Nuestra Señora, destas de mala estampa, y más abajo pendía una esportilla de palma, y encajada en la pared una almofia blanca, por do coligió Rincón que la esportilla servía de cepo para limosna, y la almofia de tener agua bendita; y así era la verdad.

Estando en esto entraron en la casa dos mozos de hasta veinte años cada uno, vestidos de estudiantes, y de allí á poco dos de la esportilla y un ciego, y sin hablar palabra ninguna, se comenzaron á pasear por el patio: no tardó mucho cuando entraron dos viejos de bayeta con antojos que los hacían graves y dignos de ser respetados, con sendos rosarios de sonadoras cuentas en las manos: tras ellos entró una vieja halduda, y sin decir nada se fué á la sala, y habiendo tomado agua bendita con grandísima devoción, se puso de rodillas ante la imagen, y al cabo de una buena pieza, habiendo primero besado tres veces el suelo, y levantado los brazos y los ojos al cielo otras tantas, se levantó y echó su limosna en la esportilla, y se salió con los demás al patio. En resolución, en poco espacio se juntaron en el patio hasta catorce personas de diferentes trajes y oficios: llegaron también de los postreros dos bravos y bizarros mozos de bigotes largos, sombreros de grande falda, cuellos á la valona, medias de color, ligas de gran balumba, espadas de más de marca, sendos pistoletes cada uno en lugar de dagas, y sus broqueles pendientes de la pretina: los cuales así como entraron, pusieron los ojos al través en Rincón y Cortado á modo de que los extrañaban y no conocían, y llegándose á ellos les preguntaron si eran de la cofradía. Rincón respondió que sí, y muy servidores de sus mercedes.

Llegóse en esto la sazón y punto en que bajó el señor Mo-



A. de Riquelme  
76



monipodio, tan esperado como bien visto de toda aquella virtuosa compañía: parecía de edad de cuarenta y cinco á cuarenta y seis años, alto de cuerpo, moreno de rostro, cejijunto, barbinegro y muy espeso, los ojos hundidos: venía en camisa, y por la abertura de delante descubría un bosque, tanto era el vello que tenía en el pecho: traía cubierta una capa de bayeta casi hasta los pies, en los cuales traía unos zapatos enchanclados; cubríanle las piernas unos zaragüelles de lienzo anchos y largos hasta los tobillos; el sombrero era de los de la ampa, campanudo de copa y tendido de falda; atravesábale un tahalí por espalda y pechos, á do colgaba una espada ancha y corta, á modo de las del perrillo; las manos eran cortas y pelosas, los dedos gordos, y las uñas hembras y remachadas; las piernas no se le parecían, pero los pies eran descomunales de anchos y Juanetudos. En efecto, él representaba el más rústico y disforme bárbaro del mundo. Bajó con él la guía de los dos, y trabándoseles de las manos, los presentó ante Monipodio, diciendole:

—Estos son los dos buenos mancebos que á vuesa merced dije, mi señor Monipodio; vuesa merced los desamine y verá como son dignos de entrar en nuestra congregación.

—Eso haré yo de muy buena gana, respondió Monipodio.

Olvidábaseme de decir que así como Monipodio bajó, al punto todos los que aguardándole estaban, le hicieron una profunda y larga reverencia, excepto los dos bravos, que á medio mogate, como entre ellos se dice, le quitaron los capelos, y luego volvieron á su paseo. Por una parte del patio y por la otra se paseaba Monipodio, el cual preguntó á los nuevos el ejercicio, la patria y padres.

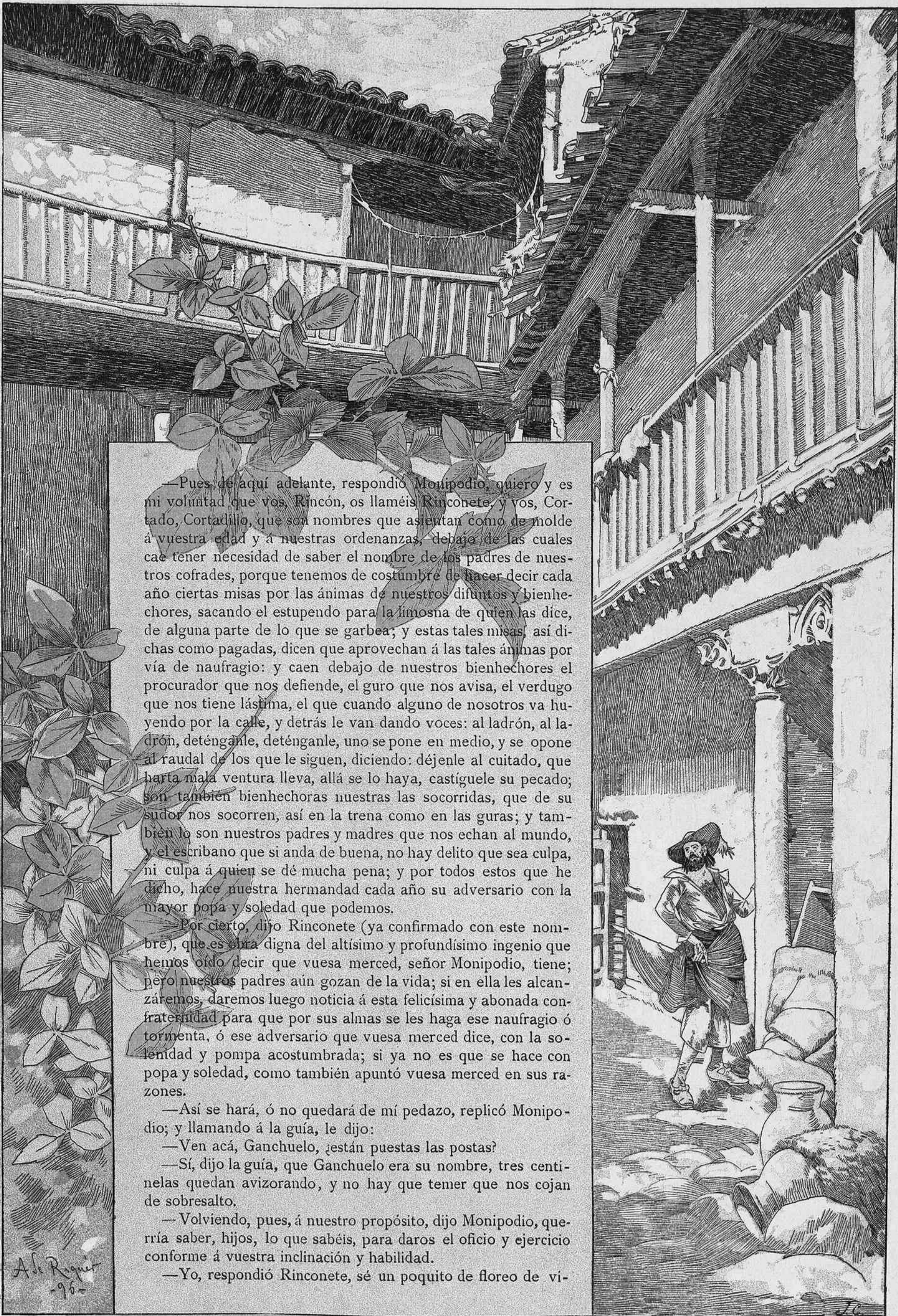
A lo cual Rincón respondió:

—El ejercicio ya está dicho, pues venimos ante vuesa merced; la patria no me parece de mucha importancia decirla, ni los padres tampoco, pues no se ha de hacer información para recibir algún hábito honroso.

A lo cual respondió Monipodio:

—Vos, hijo mío, estáis en lo cierto, y es cosa muy acertada encubrir eso que decís, porque si la suerte no corriere como debe, no es bien que quede asentado debajo de signo de escribano ni en el libro de las entradas: fulano, hijo de fulano, vecino de tal parte, tal día le ahorcaron, ó le azotaron, ó otra cosa semejante, que por lo menos suena mal á los buenos oídos; y así torno á decir que es provechoso documento callar la patria, encubrir los padres y mudar los propios nombres; aunque para entre nosotros no ha de haber nada encubierto, y sólo ahora quiero saber los nombres de los dos.

Rincón dijo el suyo, y Cortado también.



—Pues de aquí adelante, respondió Monipodio, quiero y es mi voluntad que vos, Rincón, os llaméis Rinconete, y vos, Cortado, Cortadillo, que son nombres que asientan como de molde á vuestra edad y á nuestras ordenanzas, debajo de las cuales cae tener necesidad de saber el nombre de los padres de nuestros cofrades, porque tenemos de costumbre de hacer decir cada año ciertas misas por las ánimas de nuestros difuntos y bienhechores, sacando el estupendo para la limosna de quien las dice, de alguna parte de lo que se garbea; y estas tales misas, así dichas como pagadas, dicen que aprovechan á las tales ánimas por vía de naufragio: y caen debajo de nuestros bienhechores el procurador que nos defiende, el guro que nos avisa, el verdugo que nos tiene lástima, el que cuando alguno de nosotros va huyendo por la calle, y detrás le van dando voces: al ladrón, al ladrón, deténganle, deténganle, uno se pone en medio, y se opone al raudal de los que le siguen, diciendo: déjenle al cuitado, que harta mala ventura lleva, allá se lo haya, castíguele su pecado; son también bienhechoras nuestras las socorridas, que de su sudor nos socorren, así en la trena como en las guras; y también lo son nuestros padres y madres que nos echan al mundo, y el escribano que si anda de buena, no hay delito que sea culpa, ni culpa á quien se dé mucha pena; y por todos estos que he dicho, hace nuestra hermandad cada año su adversario con la mayor popa y soledad que podemos.

—Por cierto, dijo Rinconete (ya confirmado con este nombre), que es otra digna del altísimo y profundísimo ingenio que hemos oído decir que vuesa merced, señor Monipodio, tiene; pero nuestros padres aún gozan de la vida; si en ella les alcanzáremos, daremos luego noticia á esta felicísima y abonada confraternidad para que por sus almas se les haga ese naufragio ó tormenta, ó ese adversario que vuesa merced dice, con la solemnidad y pompa acostumbrada; si ya no es que se hace con popa y soledad, como también apuntó vuesa merced en sus razones.

—Así se hará, ó no quedará de mí pedazo, replicó Monipodio; y llamando á la guía, le dijo:

—Ven acá, Ganchuelo, ¿están puestas las postas?

—Sí, dijo la guía, que Ganchuelo era su nombre, tres centinelas quedan avizorando, y no hay que temer que nos cojan de sobresalto.

—Volviendo, pues, á nuestro propósito, dijo Monipodio, querría saber, hijos, lo que sabéis, para daros el oficio y ejercicio conforme á vuestra inclinación y habilidad.

—Yo, respondió Rinconete, sé un poquito de floreo de vi-

Alí Rogier  
-96-

76



llano, enténdeme el retén: tengo buena vista para el humi-  
llo; que bien de la sola, de las cuatro y de las ocho; no se me  
va por pies el raspadillo, berrugueta y el colmillo; éntrome por  
la boca de abbo como por mi casa, y atreveríame á hacer un  
tercio de chanza mejor que un tercio de Nápoles, y á dar un  
astillazo al más pintado, mejor que dos reales prestados.

—Principios son, dijo Monipodio; pero todas ésas son flores  
de cantueso, viejas y tan usadas, que no hay principiante que  
no las sepa, y solo sirven para alguno que sea tan blanco que  
se deje matar de media noche abajo; pero andará el tiempo, y  
vernos hemos, que asentando sobre ese fundamento media do-  
cena de lecciones, yo espero en Dios que habéis de salir oficial  
famoso, y aun quizá maestro.

—Todo se hará para servir á vuesa merced y á los señores  
cofrades, respondió Rinconete.

—Y vos, Cortadillo, ¿qué sabéis?, preguntó Monipodio.

—Yo, respondió Cortadillo, sé la treta que dicen mete dos y  
saca cinco, y sé dar tiento á una faldriquera con mucha punta-  
lidad y destreza.

—¿Sabéis más?, dijo Monipodio.

—No, por mis grandes pecados, respondió Cortadillo.

—No os aflijáis, hijo, replicó Monipodio, que á puerto y á  
escuela habéis llegado, donde ni os anegaréis, ni dejaréis de salir  
muy bien aprovechado en todo aquello que más os conviniere;  
y en esto del ánimo, ¿cómo os va, hijos?

—¿Cómo nos ha de ir, respondió Rinconete, sino muy bien?  
Ánimo tenemos para acometer cualquiera empresa de las que  
tocaren á nuestro arte y ejercicio.

—Está bien, replicó Monipodio; pero querría yo que tam-  
bién le tuviédes para sufrir si fuese menester media docena  
de ansias, sin desplegar los labios y sin decir esta boca es mía.

—Ya sabemos aquí, dijo Cortadillo, señor Monipodio, qué  
quiere decir ansias, y para todo tenemos ánimos, porque no so-  
mos tan ignorantes, que no se nos alcance que lo que dice la  
lengua paga la gorja, y harta merced le hace el cielo al hombre  
atrevido, por no darle otro título, que le deja en su lengua su  
vida ó su muerte, como si tuviese más letras un no que un sí.

—Alto, no es menester más, dijo á esta sazón Monipodio  
digo que sola esta razón me convence, me obliga, me persuade  
y me fuerza á que desde luego asentéis por cofrades mayores,  
y que se os sobrelleve el año del noviciado.

—Yo soy dese parecer, dijo uno de los bravos, y á una voz  
lo confirmaron todos los presentes, que toda la plática habían  
estado escuchando, y pidieron á Monipodio que desde luego les  
concediese y permitiese gozar de las inmunidades de su cofradía,  
porque su presencia agradable y su buena plática lo merecía  
todo: él respondió que por dalles contento á todos, desde aquel

punto se las concedía, advirtiéndoles que las estimasen en mucho, porque era no pagar media anata del primer hurto que hiciesen; no hacer oficios menores en todo aquel año, conviene á saber, no llevar recaudo de ningún hermano mayor á la cárcel ni á la casa de parte de sus contribuyentes; piar el turco puro; hacer banquete cuándo, cómo y adónde quisieren, sin pedir licencia á su mayoral; entrar á la parte desde luego con lo que entrujasen los hermanos mayores, como uno dellos, y otras cosas que ellos tuvieron por merced señaladísima, y los demás con palabras muy comedidas las agradecieron mucho.

Estando en esto, entró un muchacho corriendo y desalentado, y dijo:

—El alguacil de los vagamundos viene encaminado á esta casa; pero no trae consigo gurullada.

—Nadie se alborote, dijo Monipodio, que es amigo, y nunca viene por nuestro daño: sosiéguese, que yo le saldré á hablar

Todos se sosegaron, que ya estaban algo sobresaltados, y Monipodio salió á la puerta, donde halló al alguacil, con el cual estuvo hablando un rato, y luego volvió á entrar Monipodio, y preguntó:

—¿A quién le cupo hoy la plaza de San Salvador?

—A mí, dijo el de la guía.

—Pues ¿cómo, dijo Monipodio, no se me ha manifestado una bolsilla de ámbar, que esta mañana en aquel mismo paraje dió al traste con quince escudos de oro y dos reales de á dos y no sé cuántos cuartos?

—Verdad es, dijo la guía, que hoy faltó esa bolsa; pero yo no la he tomado, ni puedo imaginar quién la tomase.

—No hay levas conmigo, replicó Monipodio, la bolsa ha de parecer, porque la pide el alguacil, que es amigo, y nos hace mil placeres al año.

Tornó á jurar el mozo que no sabía della: comenzóse á encolerizar Monipodio de manera que parecía que fuego vivo lanzaba por los ojos, diciendo:

—Nadie se burle con quebrantar la más mínima cosa de nuestra orden, que le costará la vida: manifiéstese la cica, y si se encubre por no pagar los derechos, yo le daré enteramente lo que le toca, y pondré lo demás de mi casa, porque en todas maneras ha de ir contento el alguacil.

Tornó de nuevo á jurar el mozo, y á maldecirse, diciendo que él no había tomado tal bolsa, ni vistola de sus ojos: todo lo cual fué poner más fuego á la cólera de Monipodio, y dar ocasión á que toda la junta se alborotase, viendo que se rompían sus estatutos y buenas ordenanzas.



Viendo Rinconete, pues, tanta disensión y alboroto, parecióle que sería bien sosegalle y dar contento á su mayor, que reventaba de rabia, y aconsejándose con su amigo Cortadillo, con parecer de entrambos sacó la bolsa del sacristán, y dijo.

—Cese toda cuestión, mis señores, que esta es la bolsa, sin faltarle nada de lo que el alguacil manifiesta, que hoy mi camarada Cortadillo le dió alcance con un pañuelo que al mismo dueño se lo quitó por añadidura.

Luego sacó Cortadillo el pañuelo y lo puso de manifiesto. Viendo lo cual Monipodio, dijo:

—Cortadillo el bueno (que con este título y renombre ha de quedar de aquí adelante) se quede con el pañuelo, y á mi cuenta se queda la satisfacción deste servicio, y la bolsa se ha de llevar el alguacil, que es de un sacristán pariente suyo, y conviene que se cumpla aquel refrán que dice: no es mucho que á quien te da la gallina entera, tú des una pierna della; más disimula este buen alguacil en un día, que nosotros le podemos ni solemos dar en ciento.

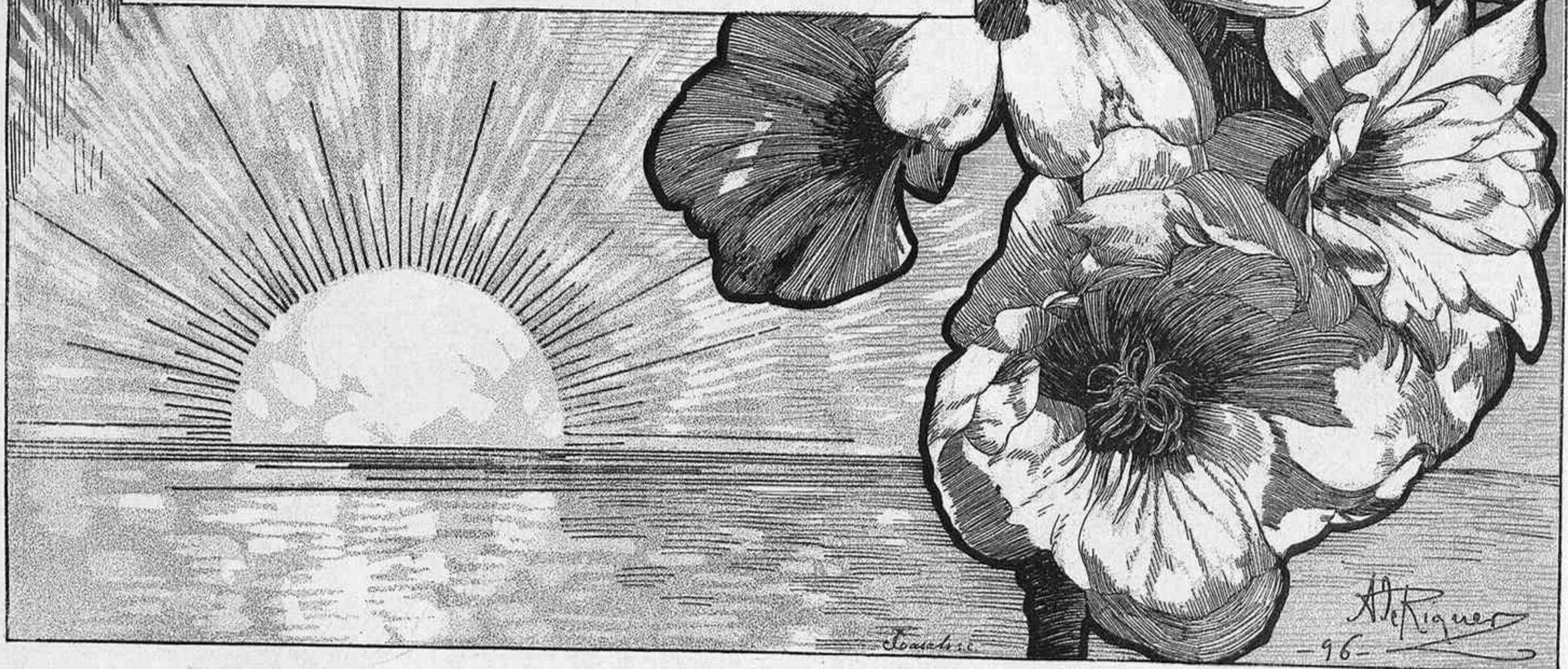
De común consentimiento aprobaron todos la hidalguía de los dos modernos y la sentencia y parecer de su mayoral, el cual salió á dar la bolsa al alguacil, y Cortadillo se quedó confirmado con el renombre de bueno, bien como si fuera D. Alonso Pérez de Guzmán el Bueno, que arrojó el cuchillo por los muros de Tarifa para degollar á su único hijo.

Al volver que volvió Monipodio, entraron con él dos mozas, afeitados los rostros, llenos de color los labios y de albayalde los pechos, cubiertas con medios mantos de anascote, llenas de desenfado y desvergüenza: señales claras por donde en viéndolas Rinconete y Cortadillo conocieron que eran de la casa llana, y no se engañaron en nada; y así como entraron se fueron con los brazos abiertos la una á Chiquiznaque y la otra á Maniferro, que éstos eran los nombres de los dos bravos; y el de Maniferro era porque traía una mano de hierro en lugar de otra que le habían cortado por justicia: ellos las abrazaron con grande regocijo, y les preguntaron si traían algo con qué mojar la canal maestra.

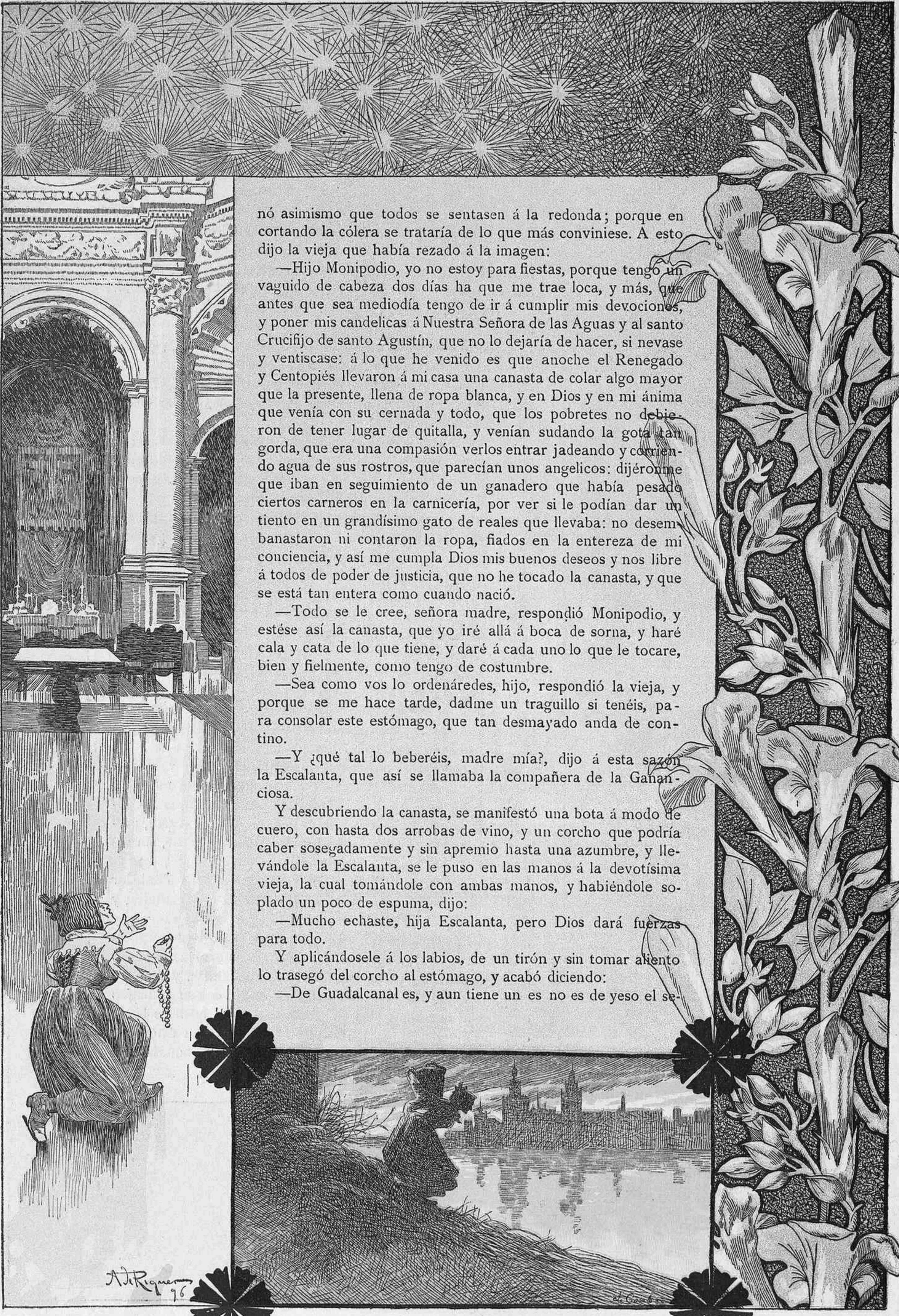
—Pues ¿había de faltar, diestro mío?, respondió la una, que se llamaba la Gananciosa: no tardará mucho á venir Silbatillo tu trainel con la canasta de colar atestada de lo que Dios ha sido servido.

Y así fué verdad, porque al instante entró un muchacho con una canasta de colar cubierta con una sábana.

Alegráronse todos con la entrada de Silbato, y al momento mandó sacar Monipodio una de las esteras de enea que estaban en el aposento, y tenderla en medio del patio; y orde-







nó asimismo que todos se sentasen á la redonda; porque en cortando la cólera se trataría de lo que más conviniese. A esto dijo la vieja que había rezado á la imagen:

—Hijo Monipodio, yo no estoy para fiestas, porque tengo un vaguido de cabeza dos días ha que me trae loca, y más, que antes que sea mediodía tengo de ir á cumplir mis devociones, y poner mis candelicas á Nuestra Señora de las Aguas y al santo Crucifijo de santo Agustín, que no lo dejaría de hacer, si nevase y ventiscase: á lo que he venido es que anoche el Renegado y Centopiés llevaron á mi casa una canasta de colar algo mayor que la presente, llena de ropa blanca, y en Dios y en mi ánima que venía con su cernada y todo, que los pobretes no debieron de tener lugar de quitalla, y venían sudando la gota tan gorda, que era una compasión verlos entrar jadeando y corriendo agua de sus rostros, que parecían unos angelicos: dijéronme que iban en seguimiento de un ganadero que había pesado ciertos carneros en la carnicería, por ver si le podían dar un tiento en un grandísimo gato de reales que llevaba: no desembastaron ni contaron la ropa, fiados en la entereza de mi conciencia, y así me cumpla Dios mis buenos deseos y nos libre á todos de poder de justicia, que no he tocado la canasta, y que se está tan entera como cuando nació.

—Todo se le cree, señora madre, respondió Monipodio, y estése así la canasta, que yo iré allá á boca de sorna, y haré cala y cata de lo que tiene, y daré á cada uno lo que le tocara, bien y fielmente, como tengo de costumbre.

—Sea como vos lo ordenáredes, hijo, respondió la vieja, y porque se me hace tarde, dadme un traguillo si tenéis, para consolar este estómago, que tan desmayado anda de continuo.

—Y ¿qué tal lo beberéis, madre mía?, dijo á esta sazón la Escalanta, que así se llamaba la compañera de la Gananciosa.

Y descubriendo la canasta, se manifestó una bota á modo de cuero, con hasta dos arrobas de vino, y un corcho que podría caber sosegadamente y sin apremio hasta una azumbre, y llevándole la Escalanta, se le puso en las manos á la devotísima vieja, la cual tomándole con ambas manos, y habiéndole soplado un poco de espuma, dijo:

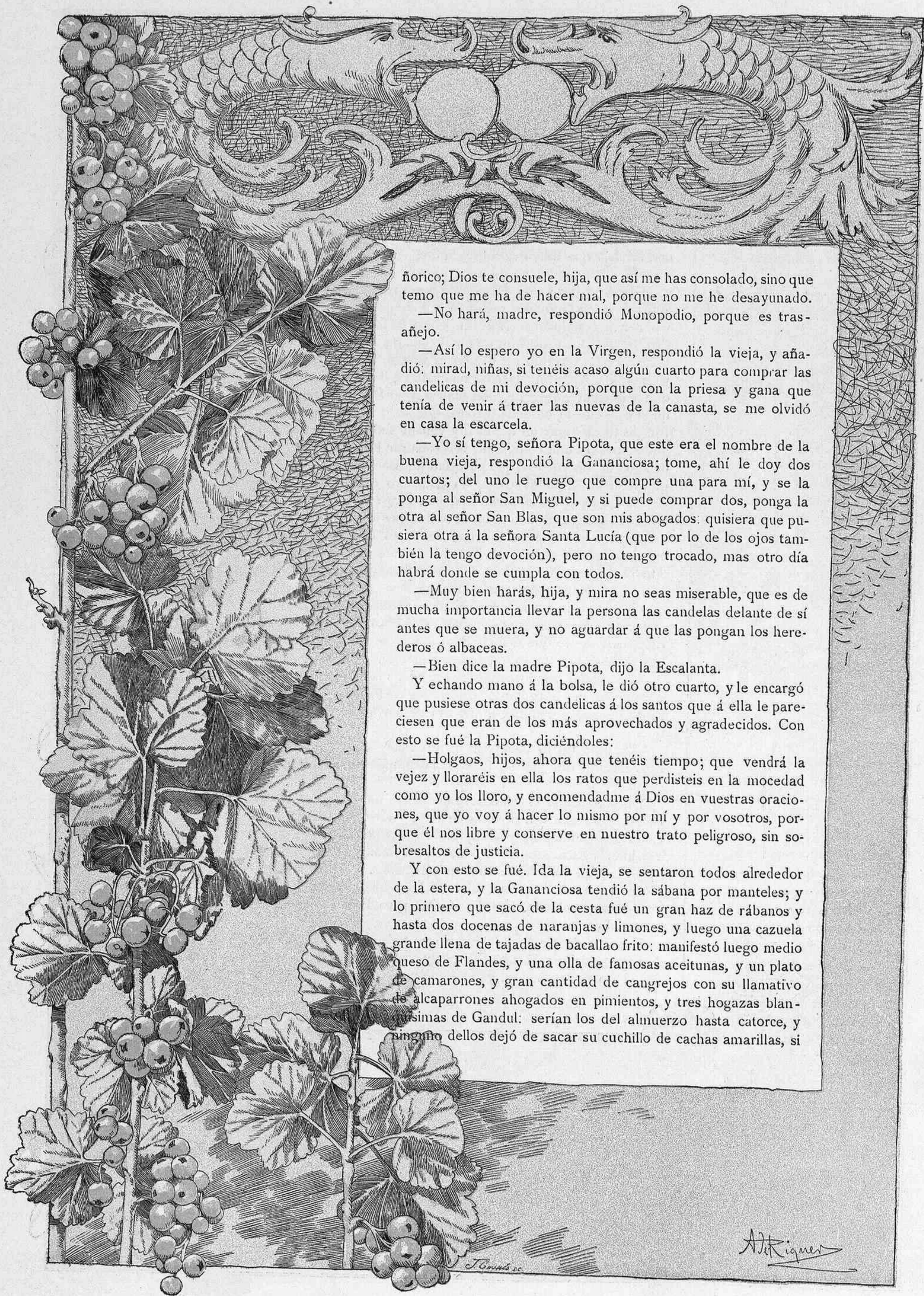
—Mucho echaste, hija Escalanta, pero Dios dará fuerzas para todo.

Y aplicándosele á los labios, de un tirón y sin tomar aliento lo trasegó del corcho al estómago, y acabó diciendo:

—De Guadalcanal es, y aun tiene un es no es de yeso el se-

A. Riquelme 96

d. G. G. G.



ñorico; Dios te consuele, hija, que así me has consolado, sino que temo que me ha de hacer mal, porque no me he desayunado.

—No hará, madre, respondió Monopodio, porque es tras-añojo.

—Así lo espero yo en la Virgen, respondió la vieja, y añadió: mirad, niñas, si tenéis acaso algún cuarto para comprar las candelicas de mi devoción, porque con la priesa y gana que tenía de venir á traer las nuevas de la canasta, se me olvidó en casa la escarcela.

—Yo sí tengo, señora Pipota, que este era el nombre de la buena vieja, respondió la Gananciosa; tome, ahí le doy dos cuartos; del uno le ruego que compre una para mí, y se la ponga al señor San Miguel, y si puede comprar dos, ponga la otra al señor San Blas, que son mis abogados: quisiera que pusiera otra á la señora Santa Lucía (que por lo de los ojos también la tengo devoción), pero no tengo trocado, mas otro día habrá donde se cumpla con todos.

—Muy bien harás, hija, y mira no seas miserable, que es de mucha importancia llevar la persona las candelas delante de sí antes que se muera, y no aguardar á que las pongan los herederos ó albaceas.

—Bien dice la madre Pipota, dijo la Escalanta.

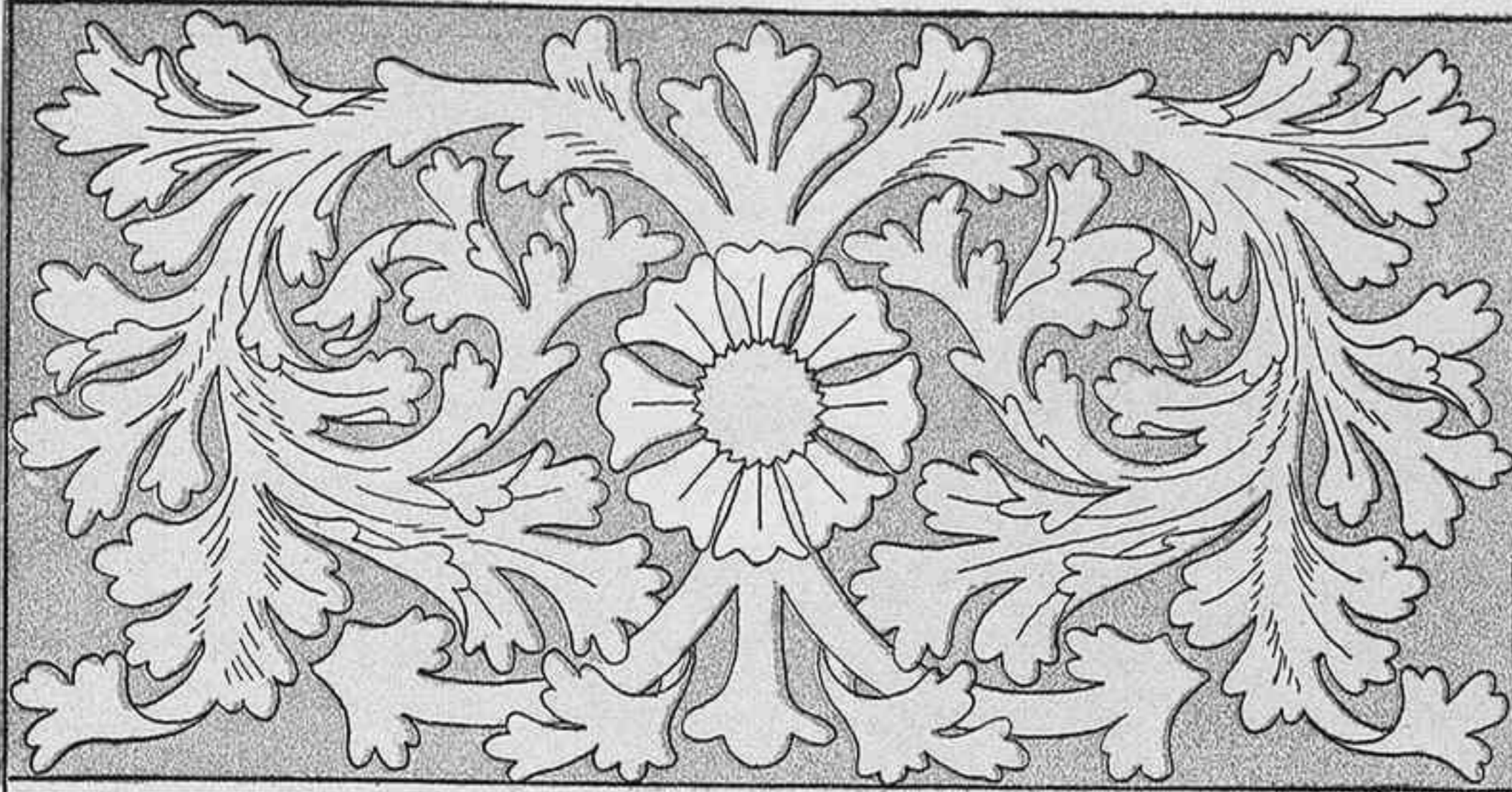
Y echando mano á la bolsa, le dió otro cuarto, y le encargó que pusiese otras dos candelicas á los santos que á ella le pareciesen que eran de los más aprovechados y agradecidos. Con esto se fué la Pipota, diciéndoles:

—Holgaos, hijos, ahora que tenéis tiempo; que vendrá la vejez y lloraréis en ella los ratos que perdisteis en la mocedad como yo los lloro, y encomendadme á Dios en vuestras oraciones, que yo voy á hacer lo mismo por mí y por vosotros, porque él nos libre y conserve en nuestro trato peligroso, sin sobresaltos de justicia.

Y con esto se fué. Ida la vieja, se sentaron todos alrededor de la estera, y la Gananciosa tendió la sábana por manteles; y lo primero que sacó de la cesta fué un gran haz de rábanos y hasta dos docenas de naranjas y limones, y luego una cazuela grande llena de tajadas de bacallao frito: manifestó luego medio queso de Flandes, y una olla de famosas aceitunas, y un plato de camarones, y gran cantidad de cangrejos con su llamativo de alcarrones ahogados en pimientos, y tres hogazas blancas de Gandul: serían los del almuerzo hasta catorce, y ninguno dellos dejó de sacar su cuchillo de cachas amarillas, si

A. Riquelme

J. Comas



no fué Rinconete, que sacó su media espada: á los dos viejos de bayeta y á la guía tocó el escanciar con el corcho de colmena. Mas apenas habían comenzado á dar asalto á las naranjas, cuando les dió á todos gran sobresalto los golpes que dieron á la puerta: mandóles Monipodio que se sosegasen, y entrando en la sala baja y descolgando un broquel, puesto mano á la espada, llegó á la puerta, y con voz hueca y espantosa preguntó:

—¿Quién llama?

Respondieron de fuera:

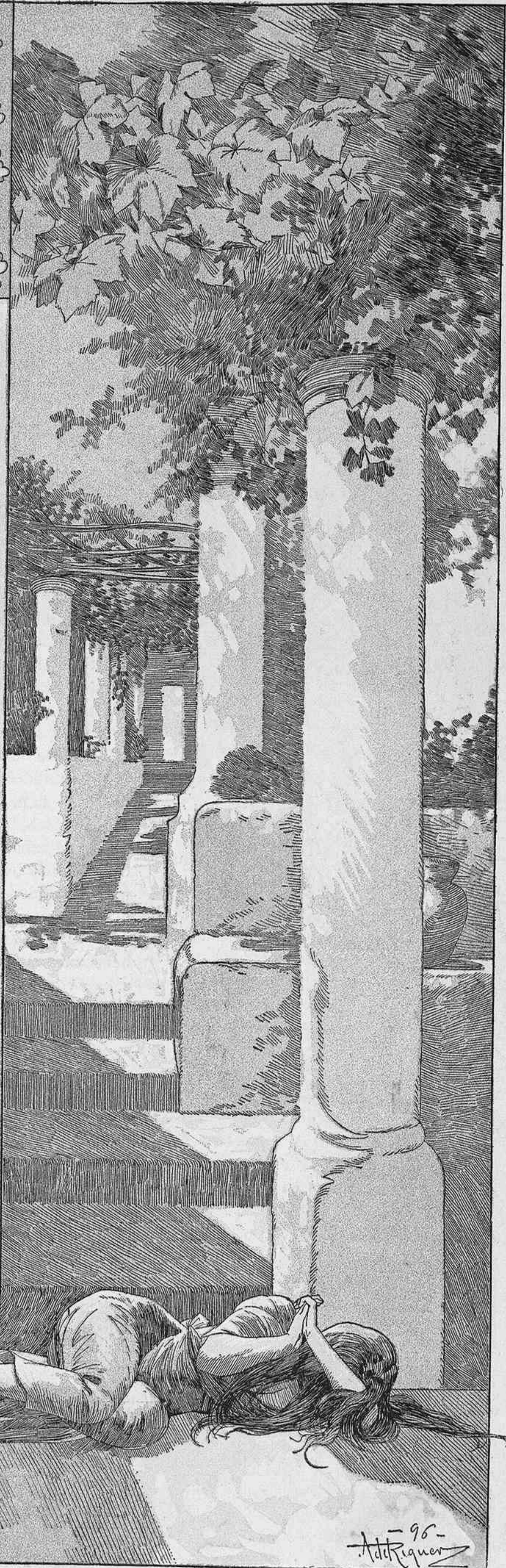
—Yo soy, que no es nadie, señor Monipodio: Tagarote soy, centinela desta mañana, y vengo á decir que viene aquí Juliana la Cariharta, toda desgrefñada y llorosa, que parece haberle sucedido algún desastre.

En esto llegó la que decía, sollozando, y sintiéndola Monipodio, abrió la puerta, y mandó á Tagarote que se volviese á su posta, y que de allí adelante avisase lo que viese, con menos estruendo y ruido: él dijo que así lo haría. Entró la Cariharta, que era una moza del jaez de las otras y del mismo oficio: venía descabellada, y la cara llena de tolondrones, y así como entró en el patio, se cayó en el suelo desmayada: acudieron á socorrerla la Gananciosa y la Escalanta, y desabrochándole el pecho, la hallaron toda denegrida y como magullada. Echáronle agua en el rostro, y ella volvió en sí diciendo á voces:

—La justicia de Dios y del rey venga sobre aquel ladrón desuellacaras, sobre aquel cobarde bajamanero, sobre aquel pícaro lendroso, que le he quitado más veces de la horca que tiene pelos en las barbas: desdichada de mí, mirad por quién he perdido y gastado mi mocedad y la flor de mis años, sino por un bellaco desalmado, facineroso é incorregible.

—Sosiégate, Cariharta, dijo á esta sazón Monipodio, que aquí estoy yo que te haré justicia; cuéntanos tu agravio, que más estarás tú en contarle que yo en hacerte vengada; dime si has habido algo con tu respeto; que si así es, y quieres venganza, no has menester más que boquear.

—¿Qué respeto?, respondió Juliana. respetada me vea yo en los infiernos, si más lo fuere de aquel león con las ovejas y cordero con los hombres: ¿con aquel había yo de comer más pan á manteles, ni yacer en uno? Primero me vea yo comida de adivas estas carnes, que me ha parado de la manera que ahora veréis.





—Alzándose al instante las faldas hasta la rodilla y aun un poco más, las descubrió llenas de cardenales.

—De esta manera, prosiguió, me ha parado aquel ingrato del Repolido, debiéndome más que á la madre que le parió: y ¿por qué pensáis que lo ha hecho?, montas que le dí yo ocasión para ello: no por cierto, no lo hizo más sino porque estando jugando y perdiendo, me envió á pedir con Cabrillas, su trainel, treinta reales, y no le envié más de veinte y cuatro, que el trabajo y afán con que yo los había ganado, ruego yo á los cielos que vaya en descuento de mis pecados; y en pago desta cortesía y buena obra, creyendo él que yo le sisaba algo de la cuenta que él allá en su imaginación había hecho de lo que yo podría tener, esta mañana me sacó al campo detrás de la huerta del Rey, y allí entre unos olivares me desnudó, y con la pretina, sin excusar ni recoger los hierros, que en malos grillos y hierros le vea yo, me dió tantos azotes, que me dejó por muerta: de la cual verdadera historia son buenos testigos estos cardenales que miráis.

Aquí tornó á levantar las voces, aquí volvió á pedir justicia, y aquí se la prometió de nuevo Monipodio y todos los bravos que allí estaban.

La Gananciosa tomó la mano á consolalla, diciéndole que ella diera de muy buena gana una de las mejores preseas que tenía, porque le hubiera pasado otro tanto con su querido.

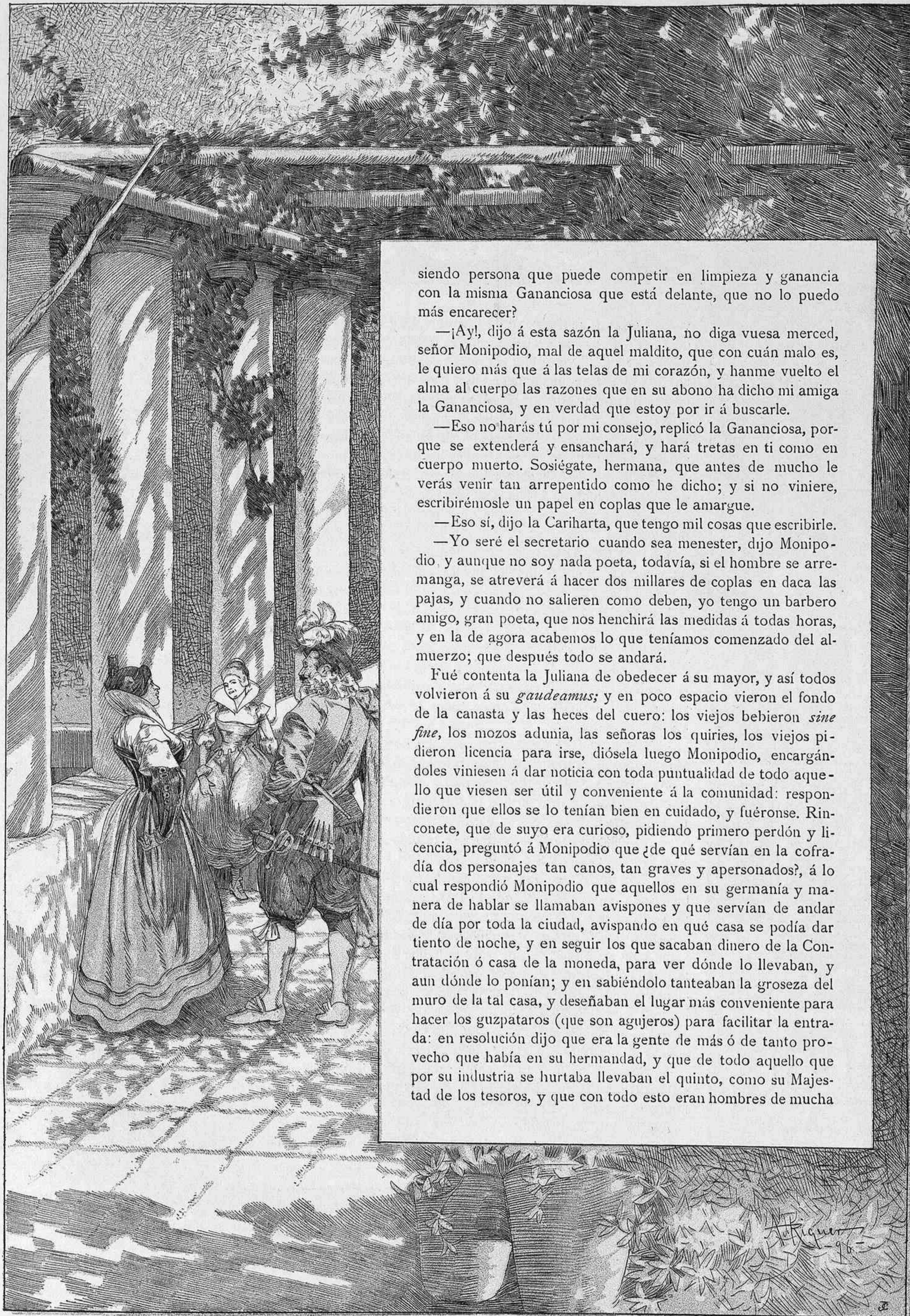
—Porque quiero, dijo, que sepas, hermana Cariharta, si no lo sabes, que á lo que se quiere bien se castiga, y cuando estos bellacones nos dan y azotan y acocean, entonces nos adoran; si no, confíesame una verdad por tu vida: después que te hubo Repolido castigado y brumado, ¿no te hizo alguna caricia?

—¿Cómo una?, respondió la llorosa, cien mil me hizo, y diera él un dedo de la mano porque me fuera con él á su posada, y aun me parece que casi se le saltaron las lágrimas de los ojos después de haberme molido.

—No hay dudar en eso, replicó la Gananciosa, y lloraría él de pena de ver cuál te había puesto; que en estos tales hombres y en tales casos no han cometido la culpa, cuando les viene el arrepentimiento: y tú verás, hermana, si no viene á buscarte antes que de aquí nos vamos, y á pedirte perdón de todo lo pasado, rindiéndosete como un cordero.

—En verdad, respondió Monipodio, que no ha de entrar por estas puertas el cobarde embesado, si primero no hace una manifiesta penitencia del cometido delito: ¿las manos había él de ser osado ponerlas en el rostro de la Cariharta ni en sus carnes,





siendo persona que puede competir en limpieza y ganancia con la misma Gananciosa que está delante, que no lo puedo más encarecer?

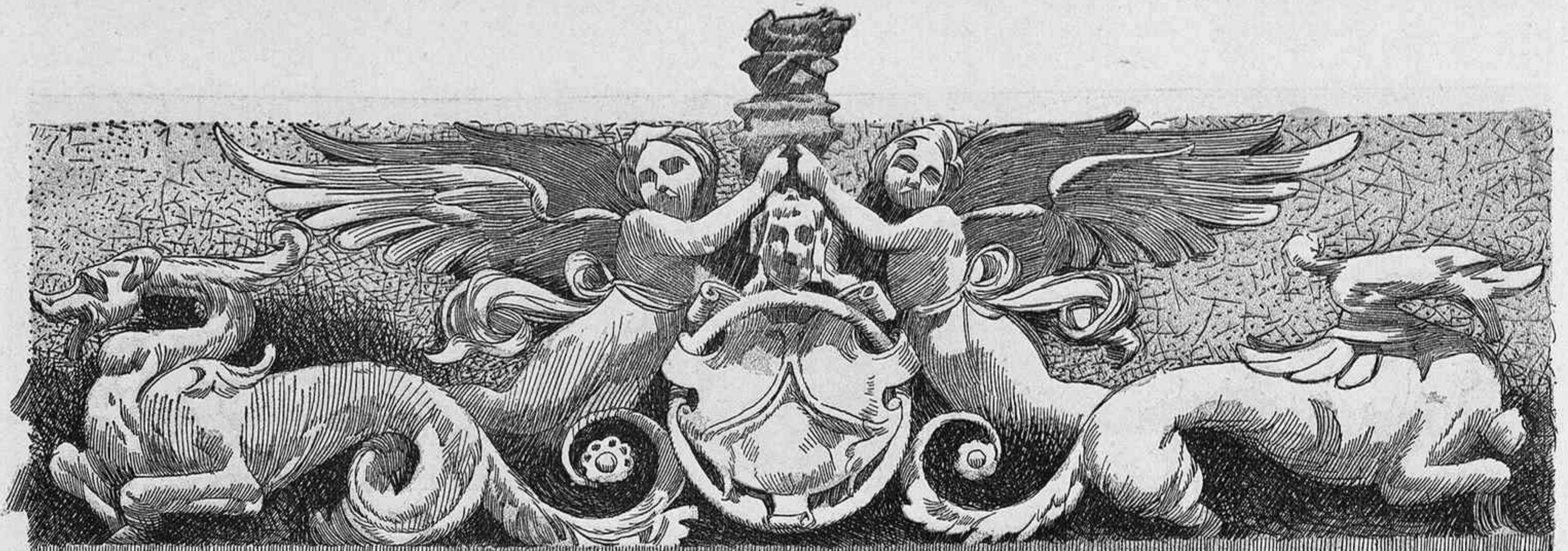
—¡Ay!, dijo á esta sazón la Juliana, no diga vuesa merced, señor Monipodio, mal de aquel maldito, que con cuán malo es, le quiero más que á las telas de mi corazón, y hanme vuelto el alma al cuerpo las razones que en su abono ha dicho mi amiga la Gananciosa, y en verdad que estoy por ir á buscarle.

—Eso no harás tú por mi consejo, replicó la Gananciosa, porque se extenderá y ensanchará, y hará tretas en ti como en cuerpo muerto. Sosiégate, hermana, que antes de mucho le verás venir tan arrepentido como he dicho; y si no viniere, escribiremosle un papel en coplas que le amargue.

—Eso sí, dijo la Cariharta, que tengo mil cosas que escribirle.

—Yo seré el secretario cuando sea menester, dijo Monipodio, y aunque no soy nada poeta, todavía, si el hombre se arregua, se atreverá á hacer dos millares de coplas en daga las pajas, y cuando no salieren como deben, yo tengo un barbero amigo, gran poeta, que nos henchirá las medidas á todas horas, y en la de agora acabemos lo que teníamos comenzado del almuerzo; que después todo se andará.

Fué contenta la Juliana de obedecer á su mayor, y así todos volvieron á su *gaudeamus*; y en poco espacio vieron el fondo de la canasta y las heces del cuero: los viejos bebieron *sine fine*, los mozos adunia, las señoras los quiries, los viejos pidieron licencia para irse, dióselo luego Monipodio, encargándoles viniesen á dar noticia con toda puntualidad de todo aquello que viesen ser útil y conveniente á la comunidad: respondieron que ellos se lo tenían bien en cuidado, y fuéronse. Rinconete, que de suyo era curioso, pidiendo primero perdón y licencia, preguntó á Monipodio que ¿de qué servían en la cofradía dos personajes tan canos, tan graves y apersonados?, á lo cual respondió Monipodio que aquellos en su germanía y manera de hablar se llamaban avispones y que servían de andar de día por toda la ciudad, avisgando en qué casa se podía dar tiento de noche, y en seguir los que sacaban dinero de la Contratación ó casa de la moneda, para ver dónde lo llevaban, y aun dónde lo ponían; y en sabiéndolo tanteaban la grosseza del muro de la tal casa, y deseñaban el lugar más conveniente para hacer los guzpataros (que son agujeros) para facilitar la entrada: en resolución dijo que era la gente de más ó de tanto provecho que había en su hermandad, y que de todo aquello que por su industria se hurtaba llevaban el quinto, como su Majestad de los tesoros, y que con todo esto eran hombres de mucha



verdad, y muy honrados, y de buena vida y fama, temerosos de Dios y de sus conciencias, que cada día oían misa con extraña devoción: y hay dellos tan comedidos, especialmente estos dos que de aquí se van agora, que se contentan con mucho menos de lo que por nuestros aranceles les toca: otros dos hay, que son palanquines, los cuales como por momentos mudan casas, saben las entradas y salidas de todas las de la ciudad, y cuáles pueden ser de provecho y cuáles no.

—Todo me parece de perlas, dijo Rinconete, y querría ser de algún provecho á tan famosa cofradía.

—Siempre favorece el cielo á los buenos deseos, dijo Monipodio.

Éstando en esta plática llamaron á la puerta; salió Monipodio á ver quién era, y preguntándolo, respondieron:

—Abra voacé, señor Monipodio, que el Repolido soy.

Oyó esta voz Cariharta, y alzando al cielo la suya, dijo:

—No le abra vuesa merced, señor Monipodio, no le abra á ese marinero de Tarpeya, á ese tigre de Ocaña.

No dejó por esto Monipodio de abrir á Repolido; pero viendo la Cariharta que le abría, se levantó corriendo y se entro en la sala de los broqueles, y cerrando tras sí la puerta, desde dentro á grandes voces decía:

—Quítenmelo de delante á ese gesto de por demas, á ese verdugo de inocentes, asombrador de palomas duendas.

Maniferro y Chiquiznaque tenían á Repolido, que en todas maneras quería entrar donde la Cariharta estaba; pero como no le dejaban, decía desde afuera:

—No haya más, enojada mía; por tu vida que te sosiegues, así te veas casada.

—¿Casada yo, malino?, respondió la Cariharta, mira en qué tecla toca: ya quisieras tú que lo fuera contigo, y antes lo sería yo con una notomía de muerte, que contigo.

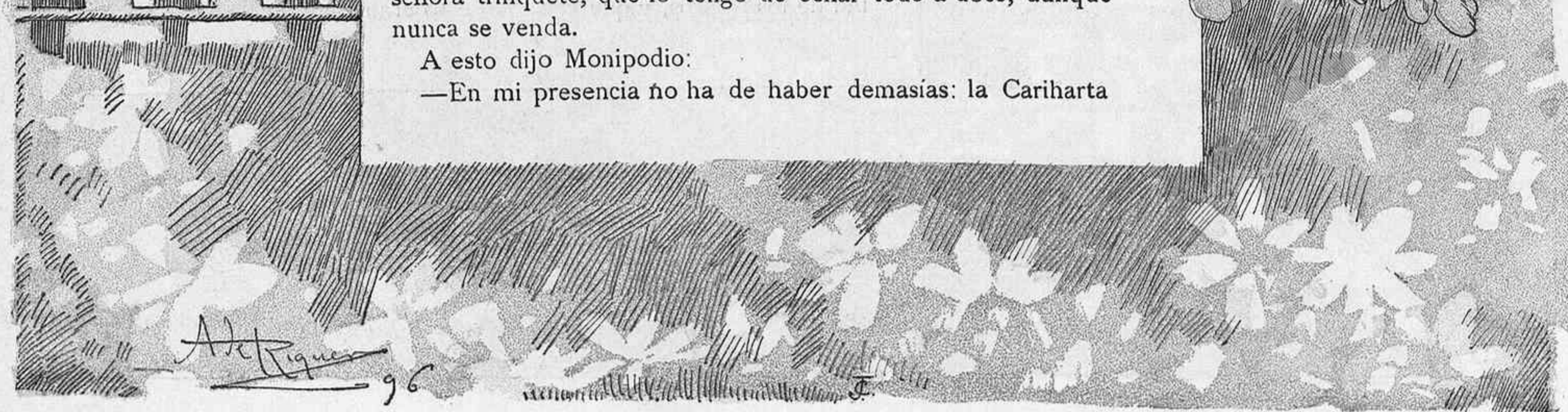
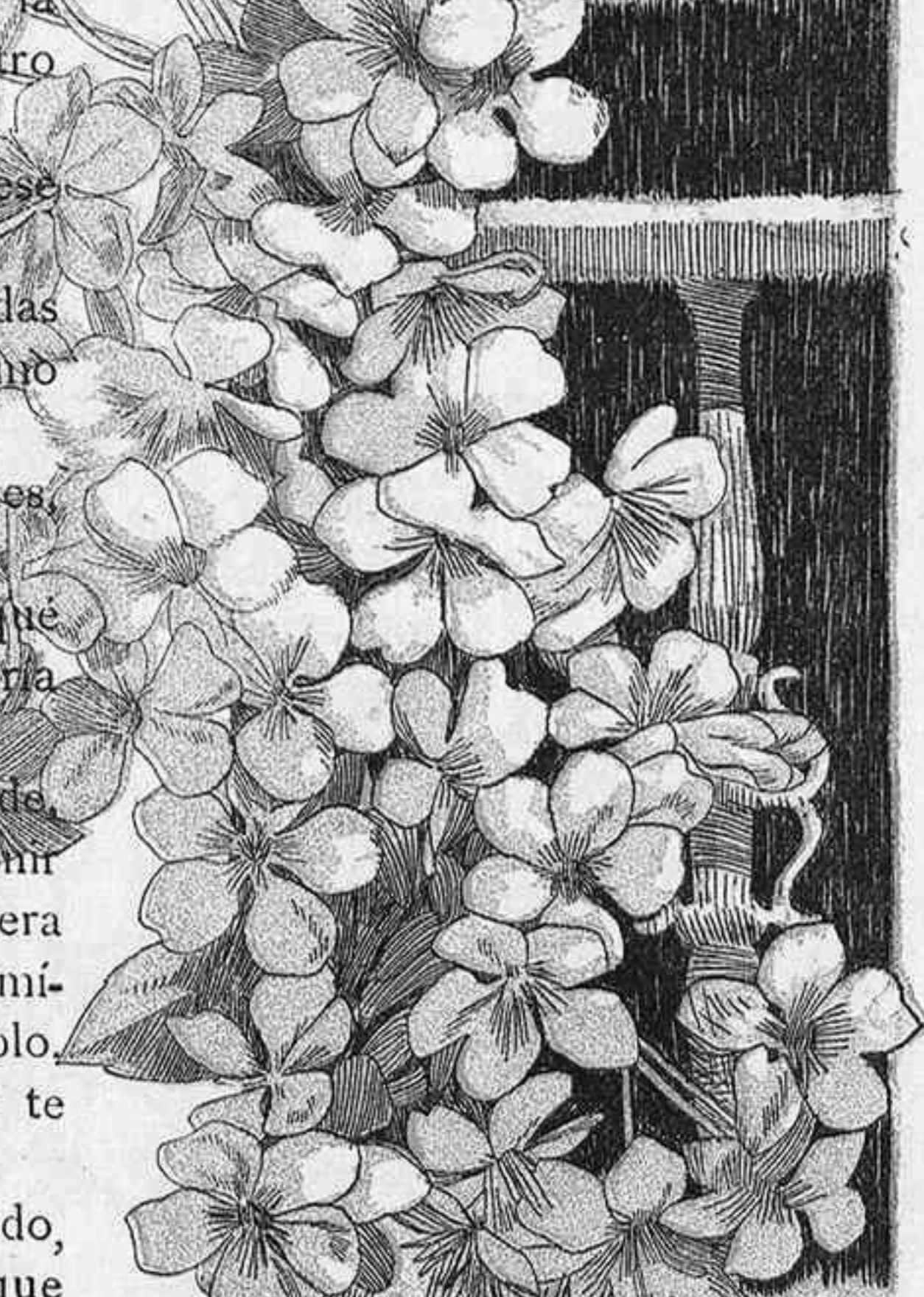
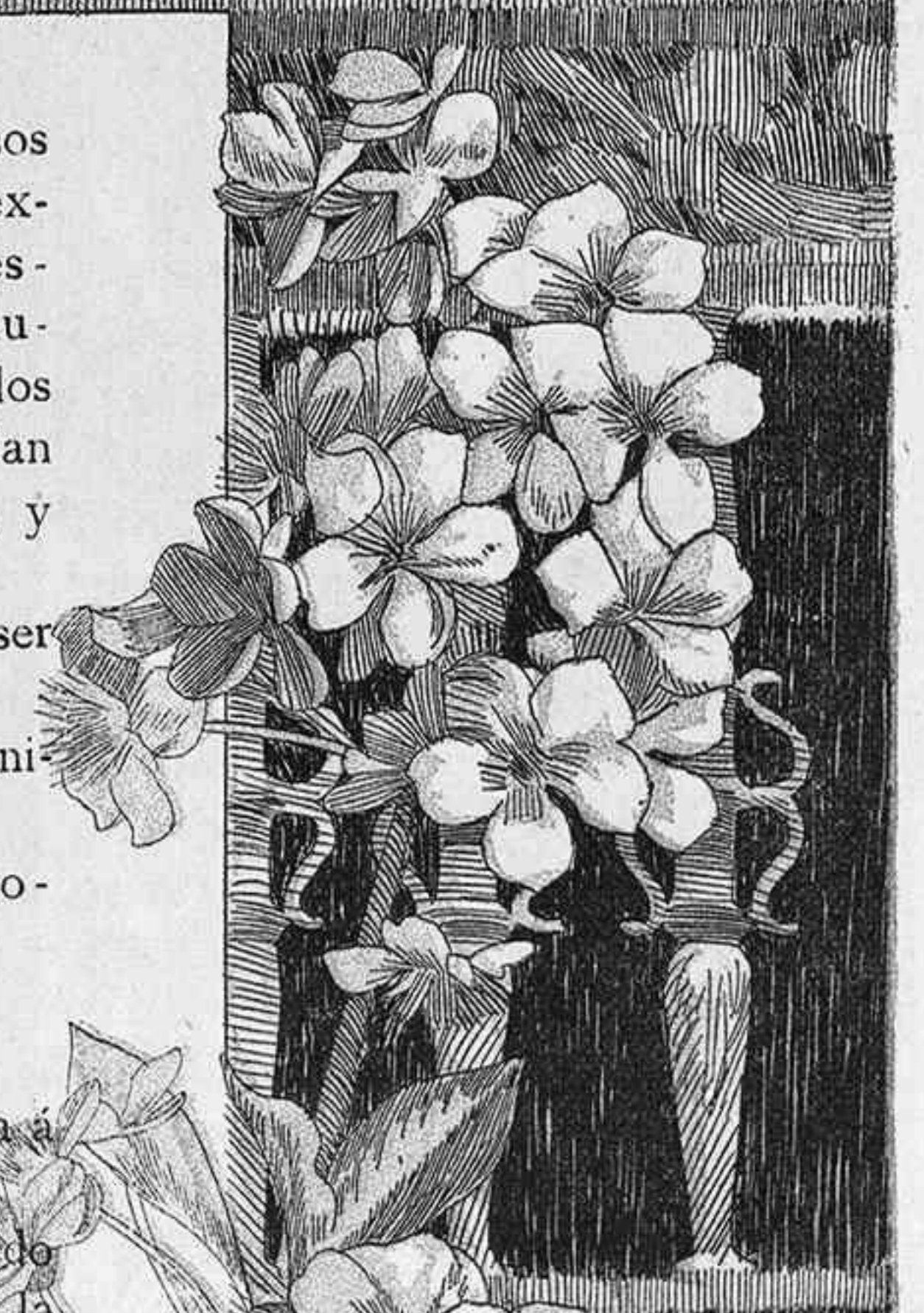
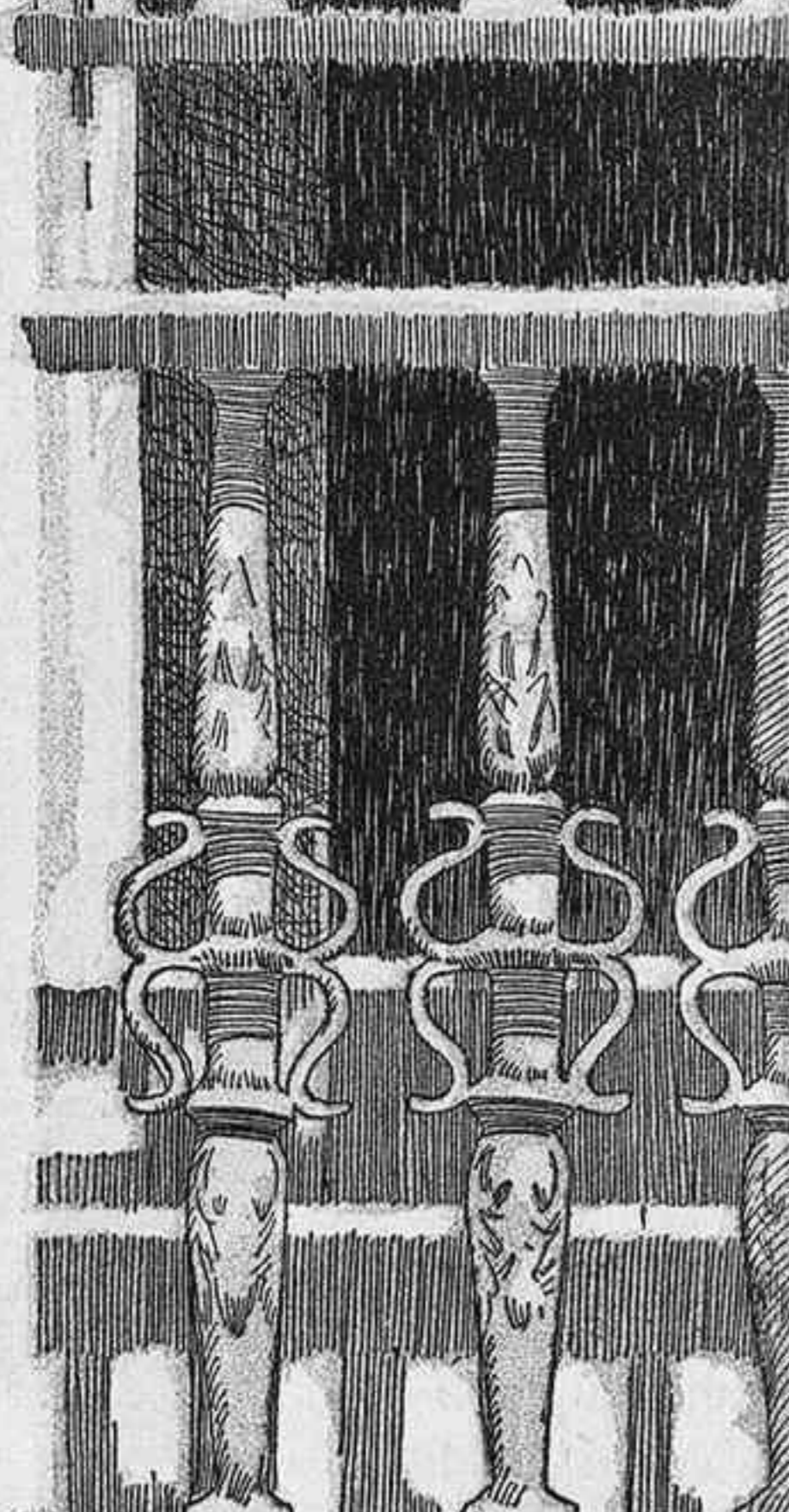
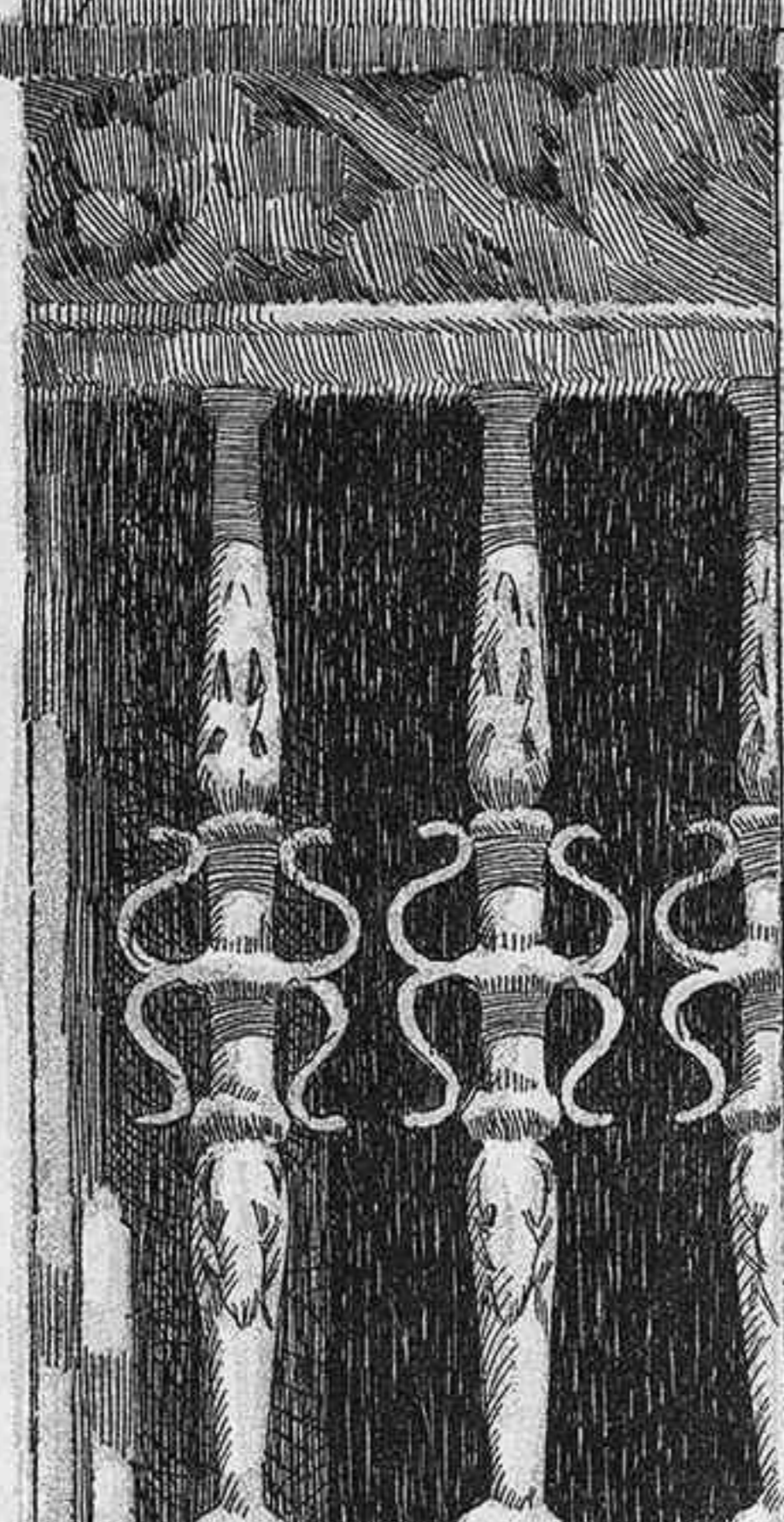
—¡Ea, boba!, replicó Repolido, acabemos ya, que es tarde, y mire no se ensanche por verme hablar tan manso, y venir tan rendido; porque ¡vive el dador! si se me sube la cólera al campanario, que sea peor la recaída que la caída; humíllese, y humillémonos todos, y no demos de comer al diablo.

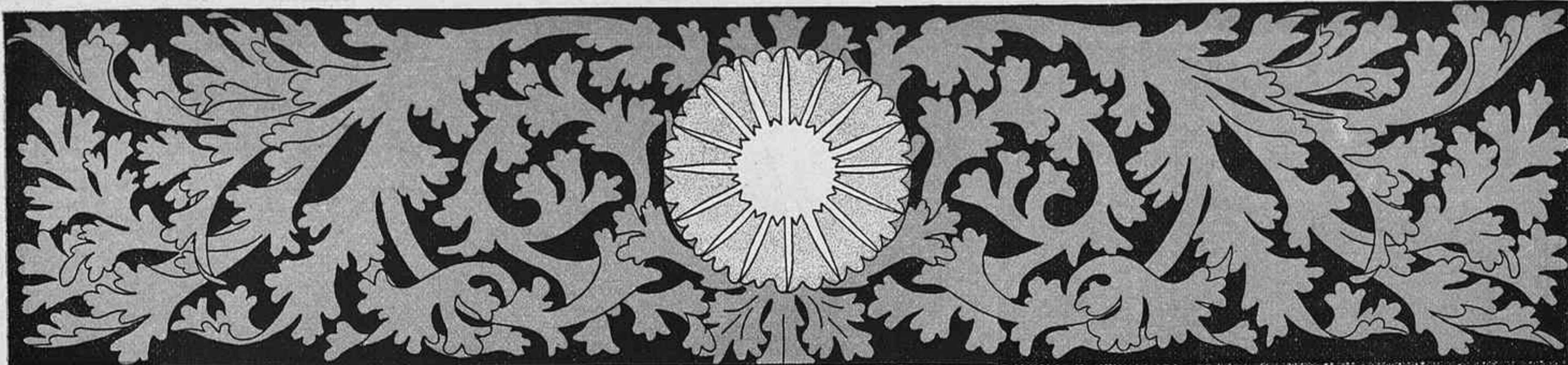
—Y aun de cenar le daría yo, dijo la Cariharta, porque te llevase donde nunca más mis ojos te viesen.

—¿No os digo yo?, dijo Repolido; por Dios que voy oliendo, señora trinquete, que lo tengo de echar todo á doce, aunque nunca se venda.

A esto dijo Monipodio:

—En mi presencia no ha de haber demasias: la Cariharta





saldra, no por amenazas, sino por amor mío, y todo se hará bien; que las riñas entre los que bien se quieren, son causa de mayor gusto cuando se hacen las paces: ¡ah, Juliana, ah niña, ah Cariharta mía, sal acá fuera por mi amor, que yo haré que el Repolido te pida perdón de rodillas!

—Como él eso haga, dijo la Escalanta, todas seremos en su favor y en rogar á Juliana salga acá fuera.

—Si esto ha de ir por vía de rendimiento que güela á menoscabo de la persona, dijo el Repolido, no me rendiré á un ejército formado de esguízaros, mas si es por vía de que la Cariharta gusta dello, no digo yo hincarme de rodillas, pero un clavo me hincaré por la frente en su servicio.

Riéronse desto Chiquiznaque y Maniferro, de lo cual se enojó tanto el Repolido, pensando que hacían burla dél, que dijo con muestras de infinita cólera:

—Cualquiera que se riere ó se pensare reir de lo que la Cariharta contra mí, ó yo contra ella, hemos dicho ó dijéremos, digo que miente y mentirá todas las veces que se riere ó lo pensare, como ya he dicho.

Miráronse Chiquiznaque y Maniferro de tan mal garbo y talle, que advirtió Monipodio que pararía en un gran mal, si no lo remediaba; y así, poniéndose luego en medio dellos, dijo:

—No pasen más adelante, caballeros; cesen aquí palabras mayores, y desháganse entre los dientes; y pues las que se han dicho no llegan á la cintura, nadie las tome por sí.

—Bien seguros estamos, respondió Chiquiznaque, que no se dijeron ni dirán semejantes monitorios por nosotros; que si se hubiera imaginado que se decían, en manos estaba el pandero que lo supieran bien tañer.

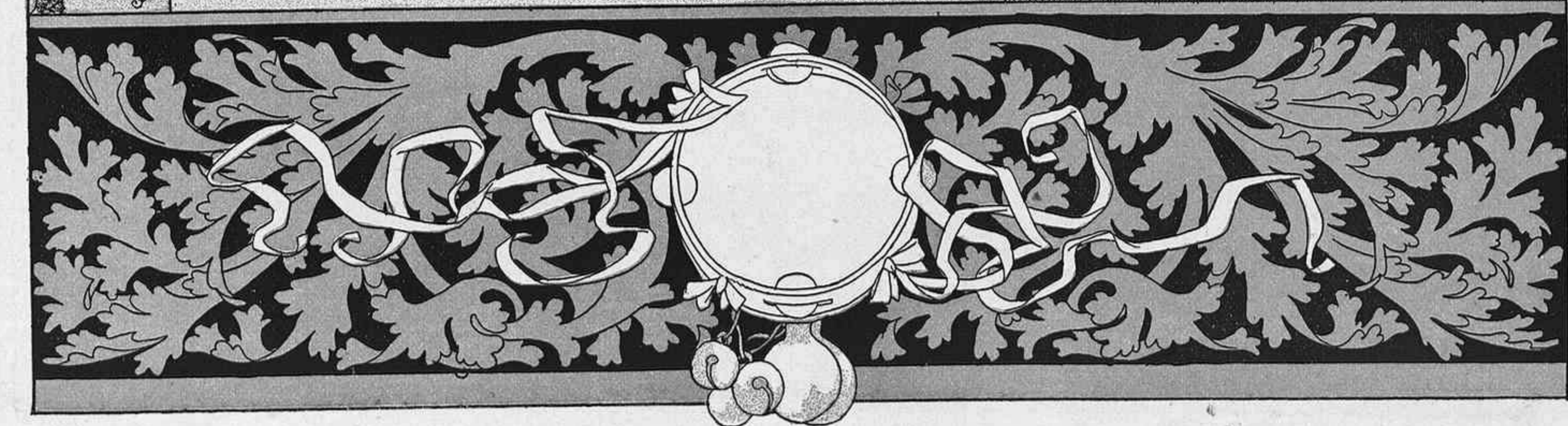
—También tenemos acá pandero, seor Chiquiznaque, replicó el Repolido, y también si fuere menester sabremos tocar los cascabeles, y ya he dicho que el que se huelga, miente; y quien otra cosa pensare, sígame, que con un palmo de espada menos hará el hombre que sea lo dicho dicho.

Y diciendo esto, se iba á salir por la puerta afuera.

Estábalo escuchando la Cariharta, y cuando sintió que se iba enojado, salió diciendo:

—Ténganle, no se vaya, que hará de las suyas: ¿no ven que va enojado, y es un Judas Macarelo en esto de la valentía? Vuelve acá, valentón del mundo y de mis ojos.

Y cerrando con él le asió fuertemente de la capa, y acudiendo también Monipodio le detuvieron. Chiquiznaque y Maniferro





no sabían si enojarse, ó si no, y estuvieronse quedos esperando lo que Repolido haría: el cual viéndose rogar de la Cariharta y de Monipodio, volvió diciendo:

—Nunca los amigos han de dar enojo á los amigos, ni hacer burla de los amigos, y más cuando ven que se enojan los amigos.

—No hay aquí amigo, respondió Manferro, que quiera enojar ni hacer burla de otro amigo; y pues todos somos amigos, dénse las manos los amigos.

A esto dijo Monipodio:

—Todos voacedes han hablado como buenos amigos, y como tales amigos se den las manos de amigos.

Dieronse las luego; y la Escalanta quitándose un chapín comenzó á tañer en él como en un pandero; la Gananciosa tomó una escoba de palma nueva, que allí se halló acaso, y rasgándola hizo un son, que aunque ronco y áspero, se concertaba con el del chapín. Monipodio rompió un plato, y hizo dos tejoletas que puestas entre dos dedos y repicadas con gran ligereza, llevaba el contrapunto al chapín y á la escoba.

Espantáronse Rinconete y Cortadillo de la nueva invención de la escoba, porque hasta entonces nunca la habían visto. Conociólo Manferro, y díjoles:

—¿Admiranse de la escoba?, pues bien hacen: pues música más presta y más sin pesadumbre, ni más barata no se ha inventado en el mundo: en verdad que oí decir el otro día á un estudiante, que ni el Negrofeo que sacó á la Arauz del infierno, ni Marión, que subió sobre el delfín y salió del mar como si viniera caballero sobre una mula de alquiler, ni el otro gran músico que hizo una ciudad que tenía cien puertas y otros tantos postigos, nunca inventaron mejor género de música tan fácil de prender, tan mañera de tocar, tan sin trastes, clavijas ni cuerdas y tan sin necesidad de templarse, y aun voto á tal, que dice que la inventó un galán desta ciudad, que se pica de ser un Héctor en la música.

—Eso creo yo muy bien, respondió Rinconete; pero escuchemos lo que quieren cantar nuestros músicos, que parece que la Gananciosa ha escupido, señal de que quiere cantar.

Y así era la verdad, porque Monipodio le había rogado que cantase algunas seguidillas de las que se usaban; mas la que comenzó primero fué la Escalanta, y con voz sutil y quebradiza cantó lo siguiente:

Por un sevillano, rufo á lo valón,  
Tengo socarrado todo el corazón.



Siguió la Gananciosa cantando:

Por un morenico de color verde,  
¿Cuál es la fogosa que no se pierde?

Y luego Monipodio, dándose gran prisa al meneo de sus tejoletas, dijo:

Riñen dos amantes, hácese la paz,  
Si el enojo es grande, es el gusto más.

No quiso la Cariharta pasar su gusto en silencio, porque tomando otro chapín se metió en danza, y acompañó á las demás, diciendo:

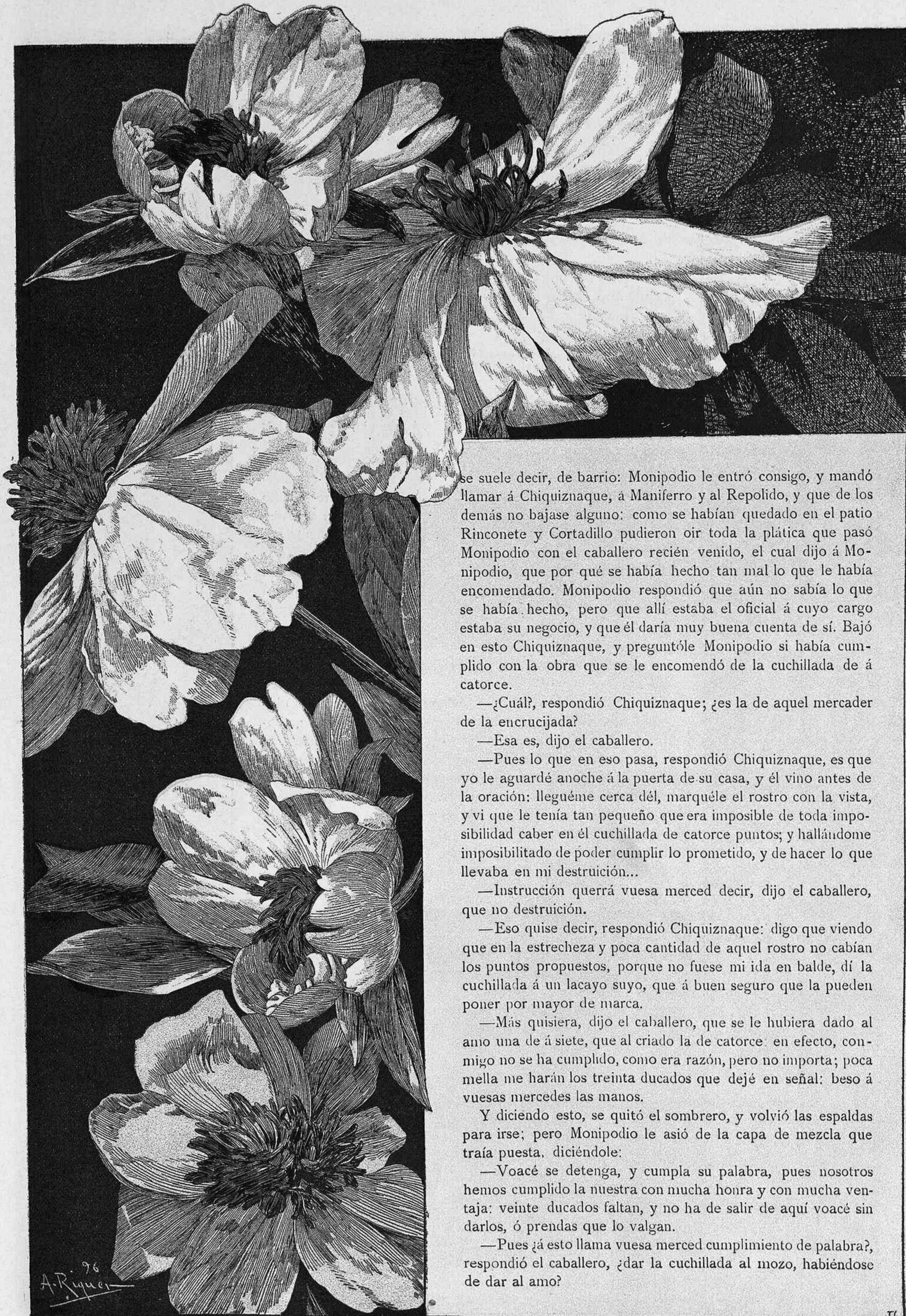
Detente, enojado, no me azotes más,  
Que si bien lo miras, á tus carnes das.

—Cántese á lo llano, dijo á esta sazón Repolido, y no se toquen historias pasadas, que no hay para qué: lo pasado sea pasado, y tómese otra vereda, y basta.

Talle llevaban de no acabar tan presto el comenzado cántico, si no sintieran que llamaban á la puerta apriesa, y con ella salió Monipodio á ver quién era, y la centinela le dijo cómo al cabo de la calle había asomado el alcalde de la justicia, y que delante dél venían el Tordillo y el Cernícalo, corchetes neutrales. Oyéronlo los de dentro, y alborotáronse todos, de manera que la Cariharta y la Escalanta se calzaron sus chapines al revés: dejó la escoba la Gananciosa, Monipodio sus tejoletas, y quedó en turbado silencio toda la música: enmudeció Chiquiznaque, pasmóse el Repolido y suspendióse Maniferro, y todos, cuál por una y cuál por otra parte, desaparecieron, subiéndose á las azoteas y tejados para escaparse y pasar por ellos á otra calle.

Nunca disparado arcabuz á deshora, ni trueno repentino espantó así á banda de descuidadas palomas, como puso en alboroto y espanto á toda aquella recogida compañía y buena gente la nueva de la venida del alcalde de la justicia y su corchetada: los dos novicios Rinconete y Cortadillo no sabían qué hacerse, y estuviéronse quedos, esperando ver en qué paraba aquella repentina borrasca, que no paró en más de volver la centinela á decir que el alcalde se había pasado de largo, sin dar muestra ni resabio de mala sospecha alguna. Y estando diciendo esto á Monipodio, llegó un caballero mozo á la puerta, vestido, como





se suele decir, de barrio: Monipodio le entró consigo, y mandó llamar á Chiquiznaque, á Maniferro y al Repolido, y que de los demás no bajase ninguno: como se habían quedado en el patio Rinconete y Cortadillo pudieron oír toda la plática que pasó Monipodio con el caballero recién venido, el cual dijo á Monipodio, que por qué se había hecho tan mal lo que le había encomendado. Monipodio respondió que aún no sabía lo que se había hecho, pero que allí estaba el oficial á cuyo cargo estaba su negocio, y que él daría muy buena cuenta de sí. Bajó en esto Chiquiznaque, y preguntóle Monipodio si había cumplido con la obra que se le encomendó de la cuchillada de á catorce.

—¿Cuál?, respondió Chiquiznaque; ¿es la de aquel mercader de la encrucijada?

—Esa es, dijo el caballero.

—Pues lo que en eso pasa, respondió Chiquiznaque, es que yo le aguardé anoche á la puerta de su casa, y él vino antes de la oración: lleguéme cerca dél, marquéle el rostro con la vista, y vi que le tenía tan pequeño que era imposible de toda imposibilidad caber en él cuchillada de catorce puntos; y hallándome imposibilitado de poder cumplir lo prometido, y de hacer lo que llevaba en mi destrucción...

—Instrucción querrá vuesa merced decir, dijo el caballero, que no destrucción.

—Eso quise decir, respondió Chiquiznaque: digo que viendo que en la estrechez y poca cantidad de aquel rostro no cabían los puntos propuestos, porque no fuese mi ida en balde, dí la cuchillada á un lacayo suyo, que á buen seguro que la pueden poner por mayor de marca.

—Más quisiera, dijo el caballero, que se le hubiera dado al amo una de á siete, que al criado la de catorce: en efecto, conmigo no se ha cumplido, como era razón, pero no importa; poca mella me harán los treinta ducados que dejé en señal: beso á vuestas mercedes las manos.

Y diciendo esto, se quitó el sombrero, y volvió las espaldas para irse; pero Monipodio le asió de la capa de mezcla que traía puesta, diciéndole:

—Voacé se detenga, y cumpla su palabra, pues nosotros hemos cumplido la nuestra con mucha honra y con mucha ventaja: veinte ducados faltan, y no ha de salir de aquí voacé sin darlos, ó prendas que lo valgan.

—Pues ¿á esto llama vuesa merced cumplimiento de palabra?, respondió el caballero, ¿dar la cuchillada al mozo, habiéndose de dar al amo?

—¡Qué bien está en la cuenta el señor!, dijo Chiquiznaque; bien parece que no se acuerda de aquel refrán que dice: Quien bien quiere á Beltrán, bien quiere á su can.

—Pues ¿en qué modo puede venir aquí á propósito este refrán?, replicó el caballero.

—¿Pues no es lo mismo, prosiguió Chiquiznaque, decir: quien mal quiere á Beltrán, mal quiere á su can?; y así Beltrán es el mercader, voacé le quiere mal, su lacayo es su can, y dando al can se da á Beltrán, y la deuda queda líquida, y trae aparejada ejecución: por eso no hay mas sino pagar luego sin apercibimiento de remate.

—Eso juro yo bien, añadió Monipodio, y de la boca me quitaste, Chiquiznaque amigo, todo cuanto aquí has dicho: y así voacé, señor galán, no se meta en puntillos con sus servidores y amigos, sino tome mi consejo y pague luego lo trabajado, y si fuere servido que se le dé otra al amo, de la cantidad que pueda llevar su rostro, haga cuenta que ya se la está curando.

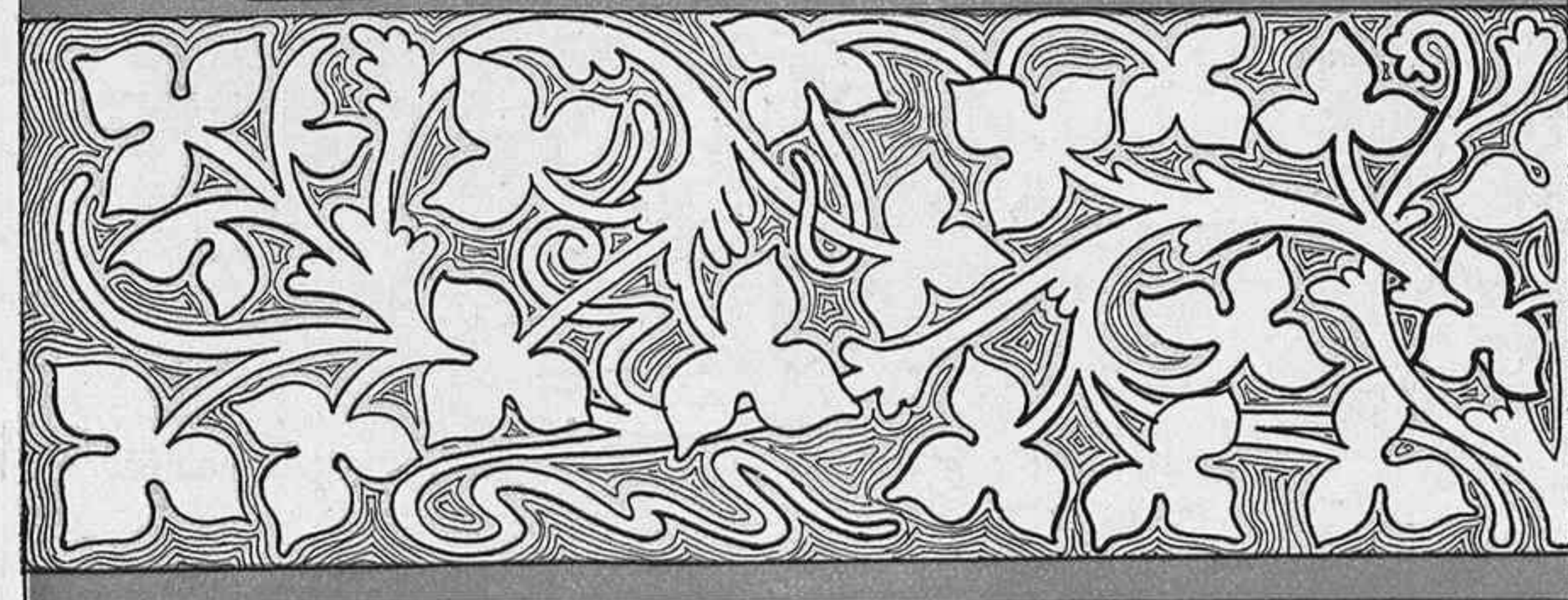
—Como eso sea, respondió el galán, de muy entera voluntad y gana pagaré la una y la otra por entero.

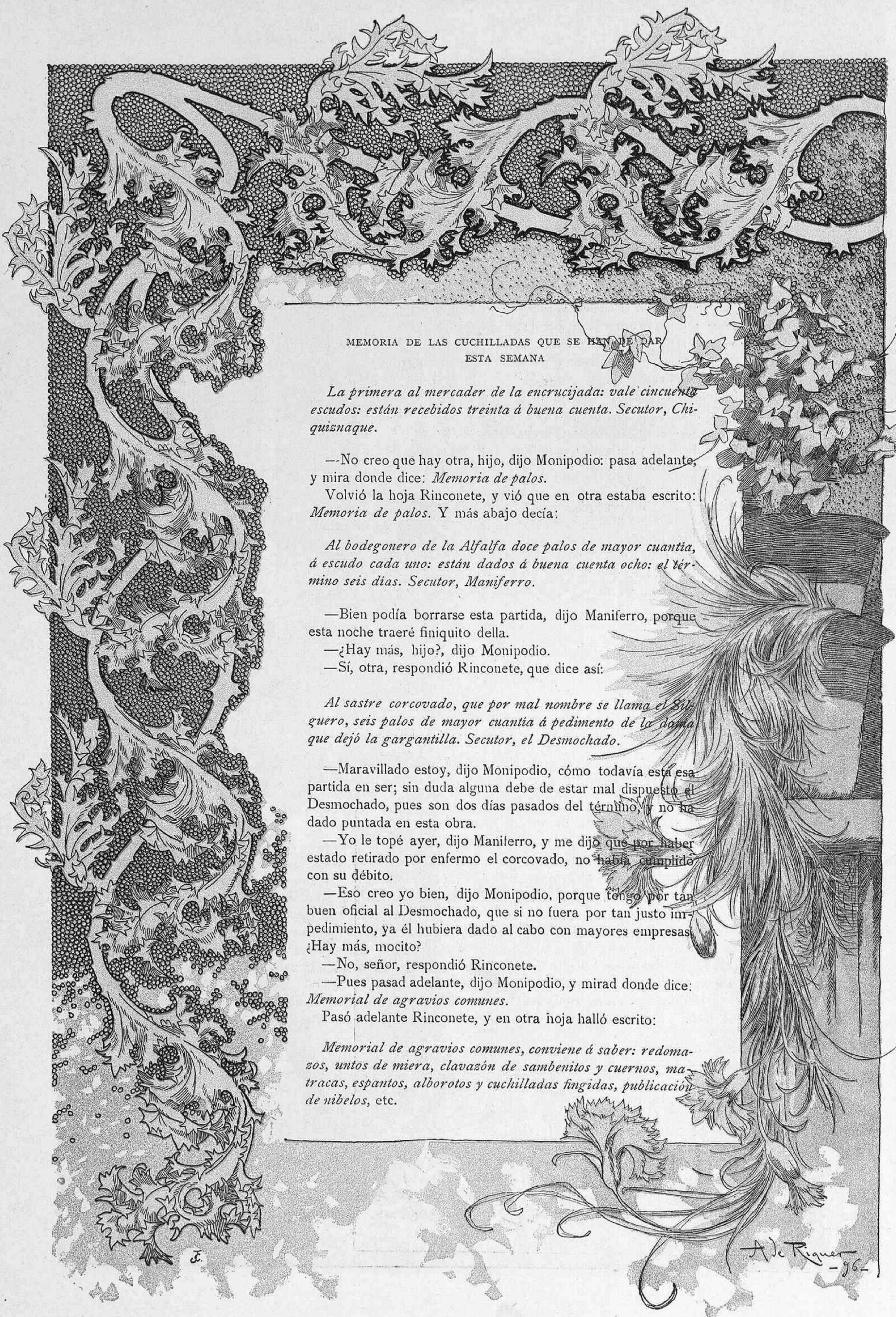
—No dude en esto, dijo Monipodio, más que en ser cristiano, que Chiquiznaque se la dará pintiparada, de manera que parezca que allí se le nació.

—Pues con esa seguridad y promesa, respondió el caballero, recíbese esta cadena en prendas de los veinte ducados atrasados y de cuarenta que ofrezco por la venidera cuchillada: pesa mil reales, y podría ser que se quedase rematada, porque traigo entre ojos que serán menester otros catorce puntos antes de mucho.

Quitóse en esto una cadena de vueltas menudas del cuello, y diósele á Monipodio, que al tocar y al peso bien vió que no era de alquimia. Monipodio la recibió con mucho contento y cortesía, porque era en extremo bien criado: la ejecución quedó á cargo de Chiquiznaque, que sólo tomó término de aquella noche.

Fuése muy satisfecho el caballero, y luego Monipodio llamó á todos los ausentes y azorados: bajaron todos, y poniéndose Monipodio en medio dellos, sacó un libro de memoria que traía en la capilla de la capa, y diósele á Rinconete que leyese, porque él no sabía leer. Abriólo Rinconete, y en la primera hoja vió que decía:





MEMORIA DE LAS CUCHILLADAS QUE SE HAN DE DAR  
ESTA SEMANA

*La primera al mercader de la encrucijada: vale cincuenta escudos: están recibidos treinta á buena cuenta. Secutor, Chiquiznaque.*

—No creo que hay otra, hijo, dijo Monipodio: pasa adelante, y mira donde dice: *Memoria de palos.*

Volvió la hoja Rinconete, y vió que en otra estaba escrito: *Memoria de palos.* Y más abajo decía:

*Al bodegonero de la Alfalfa doce palos de mayor cuantía, á escudo cada uno: están dados á buena cuenta ocho: el término seis días. Secutor, Maniferro.*

—Bien podía borrarse esta partida, dijo Maniferro, porque esta noche traeré finiquito della.

—¿Hay más, hijo?, dijo Monipodio.

—Sí, otra, respondió Rinconete, que dice así:

*Al sastre corcovado, que por mal nombre se llama el Silguero, seis palos de mayor cuantía á pedimento de la dama que dejó la gargantilla. Secutor, el Desmochado.*

—Maravillado estoy, dijo Monipodio, cómo todavía esta esa partida en ser; sin duda alguna debe de estar mal dispuesto el Desmochado, pues son dos días pasados del término, y no ha dado puntada en esta obra.

—Yo le topé ayer, dijo Maniferro, y me dijo que por haber estado retirado por enfermo el corcovado, no había cumplido con su débito.

—Eso creo yo bien, dijo Monipodio, porque tengo por tan buen oficial al Desmochado, que si no fuera por tan justo impedimento, ya él hubiera dado al cabo con mayores empresas: ¿Hay más, mocito?

—No, señor, respondió Rinconete.

—Pues pasad adelante, dijo Monipodio, y mirad donde dice: *Memorial de agravios comunes.*

Pasó adelante Rinconete, y en otra hoja halló escrito:

*Memorial de agravios comunes, conviene á saber: redomas, untos de miera, clavazón de sambenitos y cuernos, matracas, espantos, alborotos y cuchilladas fingidas, publicación de nibelos, etc.*



- Art Riquero '76 -

—¿Qué dice más abajo?, dijo Monipodio.

—Dice, dijo Rinconete, *unto de miera en la casa...*

—No se lea la casa, que ya yo sé dónde es, respondió Monipodio, y yo soy el tuautem y ejecutor de esa niñería, y están dados á buena cuenta cuatro escudos y el principal es ocho.

—Así es la verdad, dijo Rinconete, que todo eso está aquí escrito; y aun más abajo dice: *clavazón de cuernos*.

—Tampoco se lea, dijo Monipodio, la casa ni adónde, que basta que se les haga el agravio, sin que se diga en público, que es gran cargo de conciencia: á lo menos más querría yo clavar cien cuernos y otros tantos sambenitos, como se me pagase mi trabajo, que decillo sólo una vez, aunque fuese á la madre que me parió.

—El ejecutor desto es, dijo Rinconete, el Narigueta.

—Ya está eso hecho y pagado, dijo Monipodio; mirad si hay más, que si mal no me acuerdo, ha de haber ahí un espanto de veinte escudos: está dada la mitad, y el ejecutor es la comunidad toda, y el término es todo el mes en que estamos, y cumplirase al pie de la letra, sin que falte una tilde, y será una de las mejores cosas que hayan sucedido en esta ciudad de muchos tiempos á esta parte: dadme el libro, mancebo, que yo sé que no hay más, y sé también que anda muy flaco el oficio; pero tras este tiempo vendrá otro, y habrá que hacer más de lo que quisiéremos; que no se mueve la hoja sin la voluntad de Dios, y no hemos de hacer nosotros que se venga nadie por fuerza; cuanto más, que cada uno en su causa suele ser valiente, y no quiere pagar las hechuras de la obra que él se puede hacer por sus manos.

—Así es, dijo á esto el Repolido. Pero mire vuesa merced, señor Monipodio, lo que nos ordena y manda, que se va haciendo tarde, y va entrando el calor más que de paso.

—Lo que se ha de hacer, respondió Monipodio, es que todos se vayan á sus puestos, y nadie se mude hasta el domingo, que nos juntaremos en este mismo lugar, y se repartirá todo lo que hubiere caído, sin agraviar á nadie. A Rinconete el bueno y á Cortadillo se les da por distrito, hasta el domingo, desde la torre del Oro por defuera de la ciudad, hasta el postigo del Alcázar, donde se puede trabajar á sentadillas con sus flores: que yo he visto á otros de menos habilidad que ellos salir cada día con más de veinte reales en menudos, amén de la plata, con una baraja sola, y esa con cuatro naipes menos:

este distrito os enseñará Ganchoso; y aunque os extendáis hasta San Sebastián y Santelmo, importa poco, puesto que es justicia mera mista, que nadie se entre en pertenencia de nadie.

Besáronle la mano los dos por la merced que se les hacía, y ofreciéronse á hacer su oficio bien y fielmente, con toda diligencia y recato.

Sacó en esto Monipodio un papel doblado de la capilla de la capa, donde estaba la lista de los cofrades, y dijo á Rinconete que pusiese allí su nombre y el de Cortadillo; mas porque no había tintero le dió el papel para que lo llevase, y en el primer boticario los escribiese, poniendo: Rinconete y Cortadillo cofrades: noviciado ninguno: Rincónete floreo, Cortadillo bajón, y el día, mes y año, callando padres y patria. Estando en esto entró uno de los viejos avispones, y dijo:

—Vengo á decir á vuestras mercedes cómo agora topé en Gradas á Lobillo el de Málaga, y dícame que viene mejorado en su arte de tal manera, que con naípe limpio quitará el dinero al mismo Satanás, y que por venir maltratado no viene luego á registrarse, y á dar la sólita obediencia; pero que el domingo será aquí sin falta.

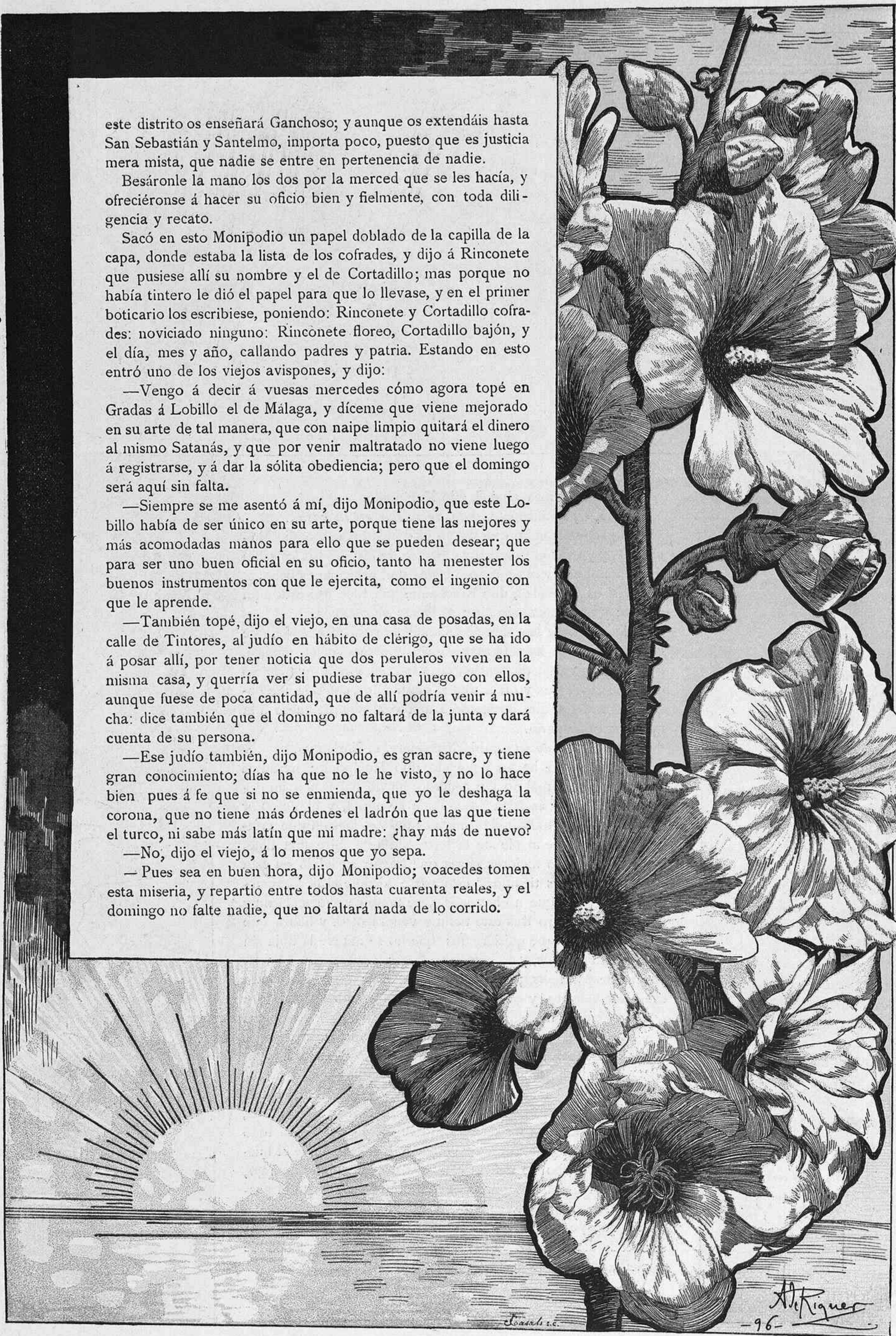
—Siempre se me asentó á mí, dijo Monipodio, que este Lobillo había de ser único en su arte, porque tiene las mejores y más acomodadas manos para ello que se pueden desear; que para ser uno buen oficial en su oficio, tanto ha menester los buenos instrumentos con que le ejercita, como el ingenio con que le aprende.

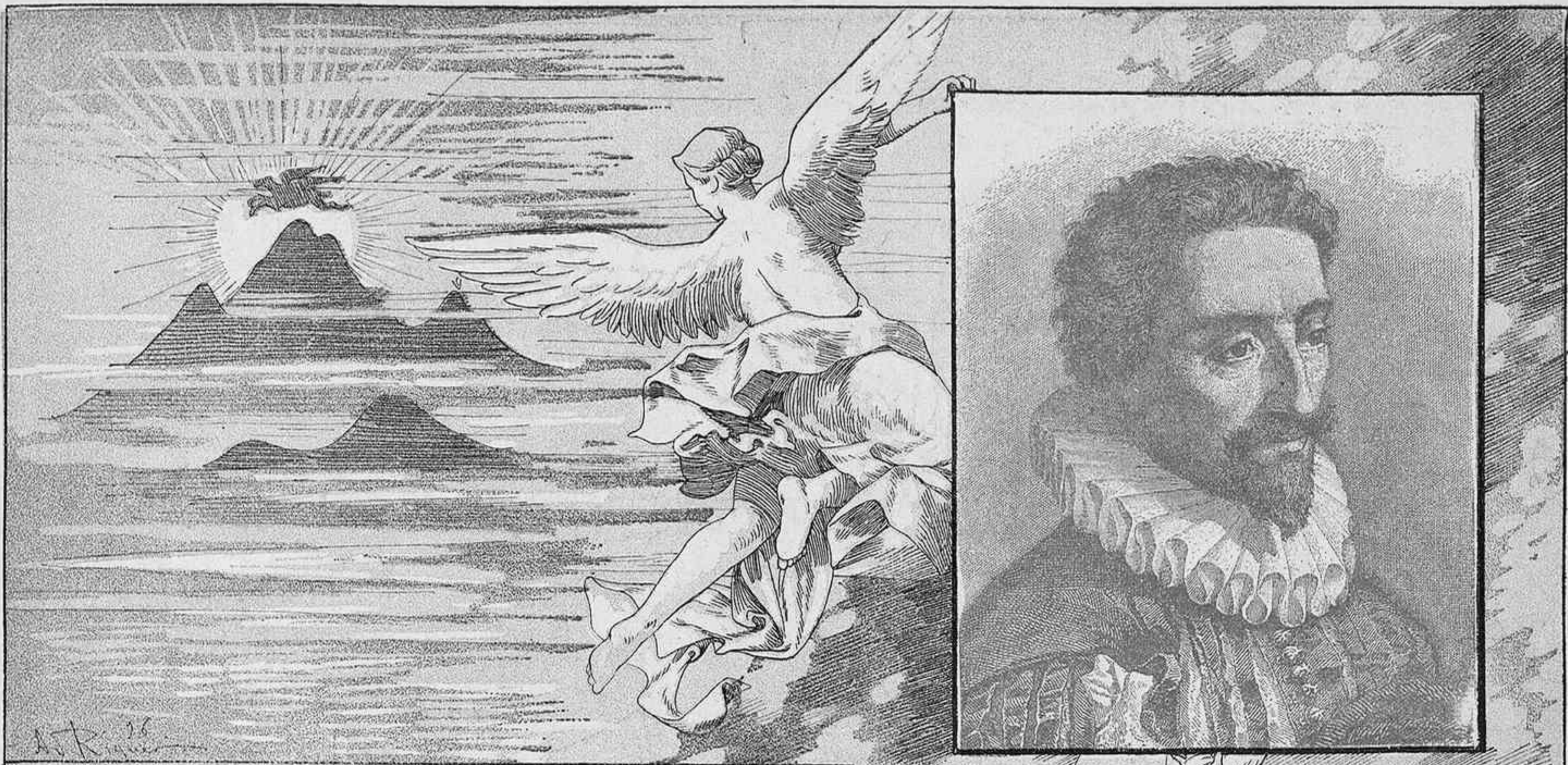
—También topé, dijo el viejo, en una casa de posadas, en la calle de Tintores, al judío en hábito de clérigo, que se ha ido á posar allí, por tener noticia que dos peruleros viven en la misma casa, y querría ver si pudiese trabar juego con ellos, aunque fuese de poca cantidad, que de allí podría venir á mucha: dice también que el domingo no faltará de la junta y dará cuenta de su persona.

—Ese judío también, dijo Monipodio, es gran sacre, y tiene gran conocimiento; días ha que no le he visto, y no lo hace bien pues á fe que si no se enmienda, que yo le deshaga la corona, que no tiene más órdenes el ladrón que las que tiene el turco, ni sabe más latín que mi madre: ¿hay más de nuevo?

—No, dijo el viejo, á lo menos que yo sepa.

—Pues sea en buen hora, dijo Monipodio; voacedes tomen esta miseria, y repartió entre todos hasta cuarenta reales, y el domingo no falte nadie, que no faltará nada de lo corrido.





Todos le volvieron las gracias: tornáronse á abrazar Repolido y la Cariharta: la Escalanta con Maniferro, y la Gananciosa con Chiquiznaque, concertando que aquella noche después de haber alzado de obra en la casa, se viesen en la de la Pipota, donde también dijo que iría Monipodio al registro de la canasta de colar, y que luego había de ir á cumplir y borrar la partida de la miera: abrazó á Rinconete y á Cortadillo, y echándoles su bendición los despidió, encargándoles que no tuviesen jamás posada cierta, ni de asiento, porque así convenía á la salud de todos. Acompañólos Ganchoso hasta enseñarles sus puestos, acordándoles que no faltasen el domingo, porque á lo que creía y pensaba, Monipodio había de leer una lición de oposición acerca de las cosas concernientes á su arte. Con esto se fué, dejando á los dos compañeros admirados de lo que habían visto.

Era Rinconete, aunque muchacho, de muy buen entendimiento, y tenía un buen natural, y como había andado con su padre en el ejercicio de las bulas, sabía algo de buen lenguaje, y dábale gran risa pensar en los vocablos que había oído á Monipodio y á los demás de su compañía y bendita comunidad; y más cuando por decir *per modum sufragii*, había dicho por modo de naufragio; y que sacaban el estipendio, por decir estipendio, de lo que se garbeaba; y cuando la Cariharta dijo que era Repolido como un marinero de Tarpeya y un tigre de Ocaña, por decir Hircania, con otras mil impertinencias: especialmente le cayó en gracia cuando dijo que el trabajo que había pasado en ganar los veinticuatro reales, lo recibiese el cielo en descuento de sus pecados; y sobre todo le admiraba la seguridad que tenían y la confianza de irse al cielo con no faltar á sus devociones, estando tan llenos de hurtos y de homicidios y ofensas de Dios; y reía de la otra buena vieja de la Pipota, que dejaba la canasta de colar hurtada, guardada en su casa, y se iba á poner las candelillas de cera á las imágenes, y con ello pensaba irse al cielo calzada y vestida: no menos le suspendía la obediencia y respeto que todos tenían á Monipodio, siendo un hombre bárbaro, rústico y desalmado: consideraba lo que había leído en su libro de memoria, y los ejercicios en que todos se ocupaban: finalmente, exageraba cuán descuidada justicia había en aquella tan famosa ciudad de Sevilla, pues casi al descubierto vivía en ella gente tan perniciosa y tan contraria á la misma naturaleza; y propuso en sí de aconsejar á su compañero no durase mucho en aquella vida tan





perada y tan mala, tan inquieta y tan libre y disoluta; pero con todo esto, llevado de sus pocos años y de su poca experiencia, pasó con ella adelante algunos meses, en los cuales le sucedieron cosas que piden más larga escritura. y así se deja para otra ocasión contar su vida y milagros, con los de su maestro Alonpodio, y otros sucesos de aquellos de la infame academia, que todos serán de grande consideración, y que podrán servir de ejemplo y aviso á los que los leyeren.

Terminada la anterior novela, juzgamos oportuno advertir á los lectores que hemos creído acertado no alterar en lo más mínimo el texto que supieron respetar la Academia Española y también otros eximios editores, prefiriendo sujetarnos estrictamente á lo mejor y más autorizado que hasta hoy ha visto la luz pública. Conste así para que no se tomen por errores ó descuidos algunos vocablos que no se conforman con su etimología y uso actual.

Unicamente nos hemos permitido emplear la ortografía acordada por la Real Academia Española, ya que la aplicación de esta reforma, además de no afectar en nada á la esencia de la festiva y picaresca novela de CERVANTES, imprime cierto carácter de actualidad á una de las producciones de doble y profunda crítica que inventó el principe de los escritores españoles.

-96-  
A de Riquier